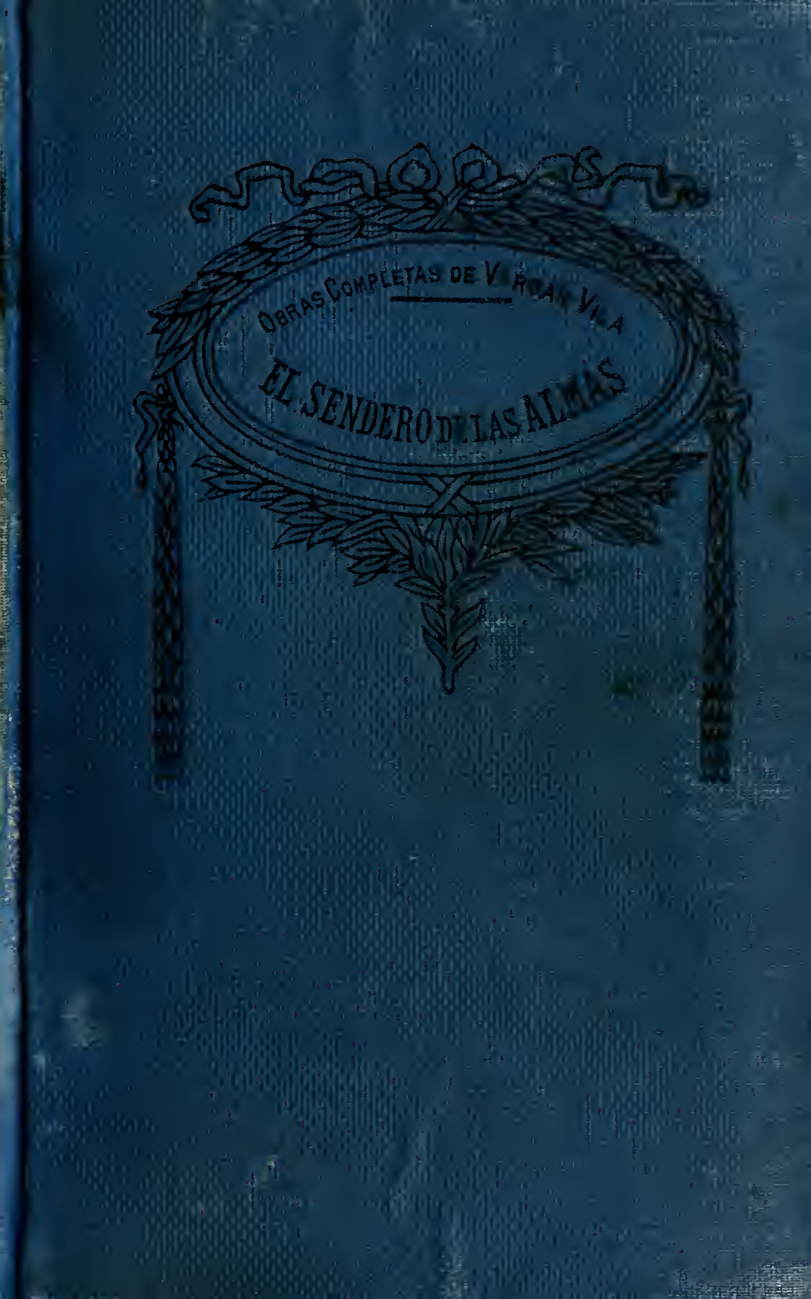


OBRAS COMPLETAS DE V RGA VILA
EL SENDERO D LAS AL AS

Obras completas de J. M. Vargas Vila

EL SENDERO DE LAS ALMAS

EDICIÓN DEFINITIVA
DEBIDAMENTE REVISADA Y CORREGIDA
POR EL AUTOR

:: Obras completas de Vargas Vila ::

NOVELAS

Aura o las Violetas.
Flor del Fango.
Rosa Mística.
Ibis.
Rosas de la Tarde.
Alba Roja.
La Simiente.
Delia (Lirio blanco).
Eleonora (Lirio Rojo).
Germania (Lirio negro).
El Camino del Triunfo.
La Conquista de Bizancio.
María Magdalena.
La Demencia de Job.
El Minotauro.
Los discípulos de Emaüs.
Los Parias.
Sobre las Viñas muertas.
Los Estetas de Teópolis.
El Final de un Sueño.
La Ubre de la Loba.
Salomé.
Cachorro de León.

LITERATURA

Prosas-Laudes.
Ars-Verba.
De sus Lises y de sus Rosas.
Libre Estética.
Sombras de Águilas.
Horario Reflexivo.
Archipiélago Sonoro.
Rubén Darío.

FILOSOFÍA

El Ritmo de la Vida.
Huerto Agnóstico.
La Voz de las Horas.
Del Rosal Pensante.
De los Viñedos de la Eternidad.

HISTORIA

La República Romana.
Los Césares de la Decadencia.
Los Divinos y los Humanos.
La Muerte del Cóndor.
Pretéritas.

Obras completas de J. M. VARGAS VILA

EL SENDERO DE LAS ALMAS

NOVELAS CORTAS

EDICIÓN DEFINITIVA



BARCELONA
RAMÓN SOPENA, Editor
PROVENZA, 93 A 97

Ramón Sopena, impresor y editor; Provenza, 93 a 97.—Barcelona

PREFACIO

PARA LA EDICIÓN DEFINITIVA

Crear, es el deber de todo Artista;
el Poeta, es aquel que crea, *dijo el griego;*
y, quien dice Poeta, dice Artista;
no hay Poeta verdadero, fuera del Arte;
y, no hay Artista verdadero fuera de la Poesía;
crear *normas de Belleza, eternas y vivaces, hechas para resistir el embate de sombras de los siglos;*
evocar *formas de Belleza, inertes, dormidas en el corazón, sin fuego de la Vida;*
revelar *la Belleza intangible, esparcida por el mundo espiritual en átomos de esplendor;*
fijar esa Belleza en modelos imperecederos, que fuercen el asombro, la admiración y, la gratitud de los siglos por venir;
ser un Constructor de Inmortalidad;
es, ser Artista...

Toda Obra de Arte, es un Poema;
es una Palabra de Belleza dicha al oído de los siglos, y, que no morirá jamás;

con el cincel, con el pincel, con la pluma maravillosa, es que han trazado los hombres, los únicos signos de Inmortalidad conocidos en ese Alfabeto del Misterio, que es la lengua de la Eternidad...

lo demás, todo es precario y miserable, polvo frágil y, perecedero, quc el huracán de la Vida lleva hacia las playas inmisericordes del Olvido...;

la Vida no vale sino por la cantidad de Belleza, que hay esparcida en ella;

y, el Artista, es el Mago prodigioso encargado de revelar al Mundo esa Belleza, y fijarla en formas inmortales;

y, tal vez la forma más augusta de la Belleza, es, el Dolor;

el Dolor, es el alma de la Vida;

y, la Vida misma;

porque el Amor, que tanto amamos, ¿qué otra cosa es que una forma del Dolor?...

la Vida es un Poema escrito por los dioses: un Poema de Dolor;

toda alma humana es una parte integrante de ese Poema; un átomo del Dolor Universal;

lleva la Tragedia en sí; porque vivir, es ya la más despiadada de todas las tragedias;

en el fondo de todo corazón, aun en el corazón de un niño, duerme la crisálida de un drama;

extraerla de allí, y, revelarla al Mundo, en una flor de Belleza y de Piedad, es la misión de ciertas formas de Arte, como el Teatro y la Novela;

el Arte del Novclador...

Arte de Creación.

Arte de Revelación.

Arte de Evocación;

crear tipos de Alma, *e infundirles una Vida Inmortal, como el alma misma;*

revclar el secreto de las almas, que yace larvado e inarticulado en el corazón inerme del Silencio...;

evocar los seres y las cosas pretéritas, y, ha-

cerlas vivir una Nueva Vida, bajo los cielos plácidos cantantes y, luminosos del Recuerdo;

ser un Creador, un Revelador y un Evocador de almas;

eso es ser un Novelista;

el Novelista, crea, según *el Arte...*

pero ¡ay! también según la Vida;

y, la Vida es fea;

la Vida, es mala;

la Vida es cruel;

los gestos animales de la Vida, son informes, grotescos y deformes;

¿cómo reproducirlos sin envilecer el Arte?...

ése es el secreto de los grandes novelistas;

ellos no salen nunca del Arte;

y fuerzan sus creaciones, todas, a entrar en él;

espiritualizan, idealizan, sinfonizan todo...: hasta el Horror;

ésa es su Fuerza;

dominan la Vida y la Verdad;

y, las fuerzan a entrar en el Dominio del Arte; sometidas, y vencidas.

¿Se puede conservar los fuertes lineamientos, y, el alma esencial de ese Arte ciclópeo, al aplicarlo a la estructura frágil, delicada, y mievre, *de la* Nouvelle? (1);

sí;

si aquel que lo maneja es un Artista, hecho a dar vida con su soplo a toda forma de creación;

---

(1) *Me veo obligado a usar y conservar este vocablo galicado porque a pesar de su riqueza tan decantada, no tiene nuestra lengua uno equivalente de* nouvelle, *para este género literario, que ha de traducirse, por Novela Corta...*

roman *dice el francés para la Novela a grandes tesis y vastos temas psicológicos, históricos o sociales;*

la nouvelle *es un producto esencial y, refinado de sensibilidad exquisita, de observación aguda, de emoción pasional y, de sutileza estética, que requiere más pureza de líneas, más diafanidad de horizontes, más gracia en el colorido y, una mayor delicadeza en el fondo del paisaje psíquico, que los que son necesarios a la amplia construcción de un* roman ;

difícil género es éste, tal como el Arte verdadero *lo concibe, y, el* verdadero *artista ha de ejecutarlo ;*

trabajo de orfebrería, de siderurgia mental y ornamental, que sólo los Benvenutos y della Robbia de las letras pueden ejecutar con maestría ;

dejar el bloque de mármol, que es la carne de los dioses, y, hacerse el ceramista del espíritu para dar a sus creaciones la fragilidad exquisita de una flor ;

dejar el cincel de Buonaroti, semejante al martillo de Encélado y no hacer temblar ya el granito bajo el golpe que lo modela, para hacerse el orfebre delicado, capaz de grabar un Poema como Maso Finiguena, en el motivo de una ánfora ;

ser el miniaturista de las almas complicado y sutil como un pintor de medallones de aquellos cincocentistas y septecentistas, que tan bien tradujeron y esculpieron en el metal, las almas hoscas y taciturnas y sin embargo tan divinamente ardidas de amor que reflejaron la trágica belleza de su vida en el espejo verde del Arno ;

---

nouvelle, *dice para estas delicadas miniaturas, estos comprimidos de la narración, en que el arte de condensar, es, el supremo arte ;*

cuento, *que es la calificación, que los nimios bedeles de la trivialidad, quieren dar en español a esta forma literaria, no le va bien, porque ella no abarca ni sintetiza, su espíritu ni su esencia, en veces tan complicados y tan sutiles, como los de la más vasta novela.*

difícil tarea para los que han sido pintores de grandes frescos murales a lo Ghirlandaio, reducir su arte hasta decorar con paisajes maravillosos los vidrios de una capilla gótica o hacer miniaturas de un preciosismo tal, que pudieran figurar sin desdoro en aquellos prodigiosos antifonarios del siglo XV, *que guarda la Biblioteca del convento de San Marcos, en Florencia;*

bien es cierto que aquel titanesco Andrea de Cione, apellidado Orcagna, dió el ejemplo, cuando después de haber agotado el trágico-grandioso decorando los muros del Campo Santo de Pisa, hizo los bajos relieves del tabernáculo gótico del «Or San Michel», en los cuales hay figuras de tan delicada ingenuidad y tal belleza de expresión, risueña y cándida que podrían compararse sin mengua con aquellos niños encantadores, que danzan y cantan en los frescos de Luca della Robbia en la Cantoria *del Museo del Duomo;*

y, eso, porque para el Genio, nada es imposible, por más que digan lo contrario, aquellos a los cuales les ha sido imposible tener Genio...

Un Museo de almas;

eso han sido, y eso son, mis treinta grandes novelas, de «Flor del Fango», a «Cachorro de León»;

y, ¿estas pequeñas novelas?

un Mvseo de almas también;

una colección de miniaturas psicológicas, ricas de Arte, de Verdad y colorido, como ciertos frescos de la Villa Pandolfini de Legnaia, que a la lejanía son apenas visibles y, tiemblan como un reflejo de miraje;

reales...; sí que lo son; reales como la vida que reproduzco en esas acuarelas diminutas donde no

falta el prestigio de un vago horizonte psicológico;

paisajes de almas, en algunos de los cuales el brillo de las lágrimas, finge aquellos cintillos de cristal, que la lluvia ciñe al ramaje de los rosales moribundos... cuando el otoño viene...

almas octubrales... es verdad... almas de Melancolía... algunas de ellas;

almas de Violencia otras;

pero, almas reales todas; almas verdaderas, almas humanas; diademadas de angustia, y con su aureola de Dolor Insuperable;

en el fondo de esos paisajes ideológicos y, pasionales, ellas viven una vida real, que yo les doy.

Y, nada más he de decir, sobre el espíritu y, el arte de este libro;

no he de ensayar ahora la didascalia de la novela;

réstame decir su origen y relatar su historia, como he prometido a mis lectores hacerlo con cada uno de mis libros;

tal es el fin de estos Prefacios;

y, así lo cumplo;

este libro no tiene historia;

todas las nouvelles, *que lo forman, escritas fueron en diversas épocas, y al azar de la vida;*

hoy las colecciono en este volumen que entra a formar parte de mis Obras Completas;

esta como ronda de horas, aladas y ligeras, va a zaga de mis treinta grandes novelas, recientemente editadas por la Casa Editorial Sopena, para la Edición Definitiva, *que ha de formar mi* OPERA OMNIA;

y, en cierto modo, las completa y las embellece,

como una cauda de filigranas donde temblarán pequeños ópalos votivos;

vaya este libro de Horas románticas y apasionadas, hacia las nobles manos de las almas devotas que me leen;

entrego al Tiempo este bouquet *de rosas psicológicas, prontas a desflorarse a la trémula caricia de sus dedos;*

sus pétalos guardarán siempre un temblor y un fulgor de Eternidad;

el Arte, es eterno, porque es divino.

VARGAS VILA.

1920.

OTOÑO SENTIMENTAL

OTOÑO SENTIMENTAL

Páginas de un Diario.

¡ Pobre Augusta Cossío ! ;

acabo de cerrarle los ojos para siempre ; aquellos divinos ojos tenebrosos, y, siento aún la impresión de sus párpados bajo mis dedos ;

sus párpados rebeldes a cerrarse definitivamente sobre sus pupilas de miosotis, esas pupilas cambiantes y, como marescentes, que habían sabido tan bien fingir la ceguera de Ana, en la *Città Morta*, de d'Annunzio, y, los furores de *Fedra*, y la resignación serena de *Ifigenia*, cuando su voz de encanto modulaba los prodigiosos versos de Racine ;

esas pupilas que la muerte parecía hacer aún más obscuras, tenebrosas, como dos pozos profundos, a la sombra de grandes cactos salvajes :

sus pupilas que al mirarme por última vez se hicieron feroces, con la ferocidad desesperada de una leona moribunda que ya no puede devorar ;

cuando llegué cerca a su lecho de muerte, ya no podía hablar ;

el estertor de la agonía, sonaba en su garganta, como un gargarismo trágico ;

tenía el rostro vuelto contra el muro ;

ya no oía nada ;

pero, cuando la monja que la asistía, la llamó fuertemente, para decirle que yo — su marido—, había llegado, pareció revivir toda en un arrebato de odio indescriptible ;

intentó erguir su busto y levantarse apoyando un brazo sobre la almohada ;

un rugido todo gutural, que era como el maullido de un chacal ultimado por el cazador, salió de esa garganta hecha a conmover las multitudes con sus grandes gritos clásicos, que igualaban y superaban el bello horror de la Tragedia Antigua ;

me miró fijamente, ferozmente, con sus ojos desmesuradamente abiertos en los cuales parecía haber capturado toda la sombra trágica de las noches de la Eternidad ;

y, cayó sobre la almohada ;

inerte, vencida... ;

estaba muerta ;

había un terrible gesto de violencia en aquella faz lívida, en la cual parecían haberse inmovilizado todos los rencores ;

el mentón, voluntarioso se alargaba enormemente, y, los ojos, cercados ahora, no del antimonio teatral, sino del cerco azul, imborrable, de la enfermedad, se hacían obscuros profundos, como dos pozos mefíticos, de los cuales se escapara un vaho de muerte, en grandes ráfagas mudas ;

estaba repugnante y odiosa de mirar ;

la monja, que rezaba con voz monótona, las oraciones de los agonizantes, cesó en ellas al verla morir y gritó :

—¡ Jesús !...

y, aspergió agua bendita sobre ella ;

las gotas cayeron y, temblaron sobre el horrible rostro contraído, como aljófares sobre una rosa

muerta, y rodaron sobre la garganta, y, sobre el pecho, haciéndole uno como irrisorio collar de cuentas de cristal, ¡a ella, que los había ceñido tan ricos, de perlas de *Ceilán* y de brillantes del *Transvaal!*;

la monja, acercándose a mí, y, tendiéndome la rama de hinojos con que acababa de aspergiar la muerta, me dijo con una voz sin emociones, como si hubiese sido invadida por el odio que expresaba aquella faz inerte:

—Ahora usted;

y, cuando lo hube hecho, añadió:

—Ciérrele usted los ojos;

me acerqué para hacerlo;

una última lágrima que los perlaba humedeció mis dedos;

tuve la certidumbre de que si en ese momento hubiese llevado a mis labios aquellos dedos así húmedos, habría caído muerto como por un rayo, intoxicado por aquel tósigo fatal; tan grande era el odio que se reflejaba en aquellas pupilas inexorables;

hice esfuerzos inauditos por cerrárselos;

los párpados se habían hecho duros, cual si fuesen de celuloide, y, sus largas pestañas, antes sedosas, se diría que ahora punzaban como espinas;

al fin pude dominarlos, y, quedaron apenas entrecerrados;

el azul gris acerado de las pupilas, brillaba entre el negro tenebroso de las pestañas, como las hojas de dos puñales que quisieran atravesarme las manos;

cuando logré, a medias, mi intento de cerrarle los ojos, me retiré del lecho;

la monja, que había continuado en decir sus oraciones, calló;

esperaba sin duda, que yo besara el cadáver de aquella que había sido mi mujer;

viendo que me retiraba sin hacerlo cubrió la faz

de la muerta con un paño y se postró de rodillas ante el lecho ;
continuó en rezar ;
yo abandoné la estancia... ;
y, heme aquí en el jardín, lleno de un sereno contento, pareciéndome un sueño, esto de ver rota mi cadena y recobrada mi libertad ;
me parecen más bellas las rosas que duermen bajo el refugio hospitalario de los árboles y, aquellas de una belleza ducal, que se abren en los grandes vasos de mayólica de la *loggia* ;
los jazmines del Cabo dan un perfume tan fuerte, que siento un vértigo...
¿no será mi felicidad la que me turba? ;
ya soy libre ;
¿podrá darse una felicidad mayor?
aquel cadáver que yace en el lecho tras de los cristales de una de esas ventanas, es mi cadena rota, mi cadena fundida por el rayo de la muerte ;
el cuerpo de aquella mujer, así inerme es mil veces más amado, que lo fuera cuando vivo temblaba de amor entre mis brazos...
llego a dudar de mi felicidad, y quiero entrar de nuevo, tocar el cadáver y, convencerme de que Augusta Cossío, mi mujer, está muerta, bien muerta...
pero, ¿a qué?
mi ventura es cierta ;
ya, soy libre...
cómo el eco de estas palabras parece turbar la poesía emocionante del jardín como un gran grito de Victoria ;
parece que una espada de luz, la espada de un Arcángel vencedor, atravesara el corazón del paisaje voluptuoso donde el sol pone notas de fuego, que son como el pentagrama incendiado de un Cántico de Amor ;
una embriaguez oculta me posee, una embria-

guez de felicidad, al ver destruído para siempre aquello que parecía indestructible ;

¡ oh ! cómo la Muerte es piadosa...

¡ cómo Dios, es bueno !...

*
* *

Ahora, sea lo primero avisar a Blanca, por medio de un despacho telegráfico en que le diga : «Augusta, ha muerto ; ven súbito» ;

¡ cómo exultará de placer !...

¡ pobre criatura !

es una sensitiva...

*
* *

El despacho ha partido ;

mientras Blanca llega y, el Mayordomo y, la servidumbre arreglan eso de preparar el cadáver y, expedirlo a *Lecco*, para ser sepultado allí en el suntuoso mausoleo que ella misma se erigió en vida, quiero repasar mi cuaderno de notas, y, evocar la bella y trágica figura de esa mujer que acaba de desaparecer en la Muerte, ¡ ay ! y la parte tan dolorosa que ella tomó en mi Vida... ;

¿cómo conocí yo a Augusta Cossío, ante la cual ahora la prensa del mundo batirá sus cobres más sonoros, y, los grandes rotativos exaltarán recordando sus triunfos escénicos, y, lo que ella y, sus admiradores llamaban — no sin razón — su Genio?

era en *Ostende ;*

la estación batía su pleno, como se dice en lenguaje de playas y, balnearios ;

el sol de un día de Agosto, caniculàr y abrasador, caldeaba la atmósfera y, los cuerpos en una temperatura senegalesa ;

el verde de los jardines principiaba a tornarse en un áureo languideciente y, los follajes tomaban un color de cadmio, agobiados, cual si una fiebre interior los consumiese ;

el *hall* del Hotel Imperial era como una bahía de mármol, en cuyas blancuras refrescantes, las parásitas y las mimosas de los jarrones hacían adornos de oricalco ;

los huéspedes que no habían ido a los baños, hacían corros, o tendidos más que sentados en los sillones de mimbre, se entregaban a charlas cosmopolitas, disertando unos sobre juego y sobre *sports*, silenciosos otros, ensoñadores, sintiéndose sin duda aguijoneados por las peores lascivias ante las desnudeces atrevidas de las mujeres, empeñadas en tantalizar los hombres, con el espectáculo de sus carnes cubiertas en algunas por telas vaporosas y desnudas en otras con la osadía de un reto a todos los deseos ;

de súbito hubo un rumor entre los concurrentes, y, un nombre circuló de boca en boca : — Augusta Cossío... Augusta Cossío...

los hombres volvieron a mirar con avidez ;

las mujeres con envidia ;

la Gran Trágica, acabó de descender la escalera, y, avanzó en el vestíbulo, como si estuviese en la escena ;

alta, erecta, majestuosa, consciente de su renombre y, de su gloria ;

el ligero matiz de excentricidad que la distinguió siempre, se acentuaba ese día en su *toilette* simplicísima y sin embargo extrañamente sugestiva ; era una túnica vaporosa, de sedalina jaspeada como una flor de amaranto, con mangas amplias que no llegaban a los codos, ceñida al talle con un cinturón de brocado, con una franja del mismo, que le caía a un lado a manera de estola ;

su sombrero era enorme de tul blanco, ornado de dos grandes lirios azules, que tenían el aire de

flores acuáticas emergiendo de las espumas de un oleaje ; lo ataba debajo de la barba con dos cintas violáceas que le caían sobre el pecho ;

se apoyaba en el mango de la sombrilla muy alta como si fuese un cetro ;

había algo de ateniense, y, mucho de versallesco en su tocado y en su actitud ;

¿era bella?

tal vez, sí...

de una belleza indescifrable y, toda espiritual, que había hecho decir a un cronista de teatros : «Augusta Cossío, no es *verdaderamente* bella, sino en escena, porque toda su belleza está en su genio» ;

pero, elegante, sí que lo era ; la elegancia residía en ella, en todos sus gestos, en todas sus actitudes, era como un perfume de su alma, algo de sí misma, que le era consubstancial e inseparable ;

y, yo, la hallé bella ;

bella en su rostro enjuto, con las mejillas consuntas de las grandes apasionadas del Arte o del Amor ; bella con la palidez mate de su cutis que tenía el tinte de un geranio muerto bajo los rigores del sol ; bella con su boca larga, delgada y sensual, aquella boca que era como una lira hecha para poner música a los gritos de Andrómaca, a los gemidos de Gioconda y, aun a los monólogos desesperantes de horror, de Lady Macbeth ; bella, con sus ojos profundos, de un azul tenebroso, que parecían irradiar el crepúsculo de millares de soles muertos sobre un mismo ocaso : el cuello delgado y císneo hecho para crear y modular la misteriosa música de las frases ; sus formas gráciles que se dirían adónicas, formas de una virgen o de un efebo ; los brazos largos, como hechos para el gran gesto desmesurado y, trágico ; y, las manos ; aquellas dos azucenas exangües, con dedos tentaculares en los cuales el brillo de las piedras de las sortijas fingía miriadas de insectos luminosos adheridos a las ramas de una enredadera florestal :

su marcha, era lenta,. orgullosa, pausada como si un ritmo de Melopeya presidiese sus movimientos ;

así pasó, respondiendo a los saludos, amable y grave ;

se veía que superior a su sexo, y, casi fuera de él, no aspiraba a despertar el Deseo, sino la Admiración ;

había ya desaparecido su silueta elegante entre saludos y genuflexiones, y se oía aún el rumorear de voces que decían :

—Augusta Cossío, Augusta Cossío ;

y, su nombre sonaba en el espacio fuliginoso, como una melodía misteriosa e inquietante.

*

* *

Aquella misma tarde, y en el mismo *hall* del Hotel, un amigo común, diplomático en vacancias, nos presentó el uno al otro :

—Es providencial — dijo ella, estrechándome la mano y con una viva emoción en los ojos y, en la voz— ; había venido aquí esperando encontrarnos ; en Cristianía, acabo de ver despedazar una obra vuestra ; sois demasiado mediterráneo para que el Norte pueda comprenderos y sobre todo para que artistas del Norte puedan interpretaros ; he sufrido enormemente viendo cómo Maddy-Sthorberg, rompía las ánforas de vuestras metáforas, y, hacía pedazos el cristal de vuestros versos ; en *Stockholm* quise veros, pero se me dijo que algo imprevisto os había obligado a partir ;

y, calló, como si hubiese encontrado inconveniente esta alusión a las causas que motivaron mi partida de *Stockholm ;*

¿conocía ella aquel desgraciado incidente de juego, que me había obligado a renunciar la Secretaría de la Embajada de mi país que allí desempe-

ñaba y buscar abrigo y olvido en una misión de inspección de consulados que me había sido confiada?

sospecho que sí;

me hizo el honor de invitarme para acompañarla en su mesa esa noche;

fuí;

tenía otros varios convidados a los cuales me presentó;

todos me conocían de nombre y algunos se dijeron lectores de mis libros;

comprendí que yo era el *clou* de la sesión, y, eso me disgustó, como siempre que mi celebridad literaria me ha obligado a llenar ese papel;

se habló de libros;

todas gentes de cultura y de una refinada educación, hicieron alusión a mis libros, especialmente a mis novelas, que la mayoría dijo haber leído.

Augusta Cossío, habló de mi teatro;

la fanatizaba, según su entusiasta decir;

lo defendió de la acusación de esoterismo que se arrojaba sobre él; lo halló límpido en el pensamiento y de tal musicalidad en la dicción, que: *recitarlo* — dijo — *es el más bello placer estético para una actriz apasionada por la euritmia del gesto y, la armonía de la palabra;*

sentirla hablar así, a ella, la grande intérprete del teatro nórdico, la *Hedda Gabler*, la *Nora*, la *Ellida Vangel* de la dramaturgia ibseniana, ella, que había dado muy recientemente la música de su dicción y, el impecable esplendor de sus grandes gestos trágicos, a las últimas creaciones del genio d'annunziano, y en *Ana* de la *Città Morta*, acababa de fanatizar los públicos de la *Riviére*, en una *tournée* que quedaría memorable por el fausto de las representaciones y, el genio maravilloso de la artista ¿cómo no había de ser grato a mi orgullo, el elogio de aquella que con Sarah, la divina Sarah, y Eleonora, la magnífica Eleonora, formaba la tri-

nidad del genio femenil sobre los escenarios del mundo?...

además yo, era muy desgraciado en ese momento, y, acababa de pasar una de las crisis morales más agudas de mi vida ; mi carrera diplomática había sido funesta y definitivamente rota, y tenía vital y urgente necesidad de rehacerme una posición en el mundo ;

yo, no sé si todo sentimental será un desgraciado, pero sí puedo asegurar que todo desgraciado es un sentimental, y, yo, lo era mucho en aquel momento, por eso sus palabras me fueron tan dulces, y, cayeron como un bálsamo lenitivo sobre mi corazón ;

una gran luz de esperanza brilló en mi horizonte, y despertó en mí una loca ambición... ; ¡ si Augusta Cossío, quisiera ser la intérprete de mis dramas, aclimatarlos en esos públicos reacios a comprenderlos y siempre imbuídos de las leyendas contra mí !... ; ¡ ah ! eso sería, mi fortuna rehecha y, mi gloria conquistada ;

como si respondiese a ese secreto y tumultuoso anhelo mío me preguntó si no había escrito nada para el teatro después de «La Vida es un Deseo», ese drama escrito para Honorina Stelli, y, que la joven cómica, muerta recientemente, no había tenido tiempo de llevar a la escena ;

hablamos de eso, y, de alguien a quien ella conocía, que me había amado mucho y, a quien yo, no había podido amar ; y, nos compadecimos ambos de aquel gran infortunio espiritual, que yo no había podido consolar ;

y, terminada la comida, nos separamos, ya espiritualmente amigos, y comulgando en unos mismos ideales de Arte y de Belleza.

*
* *

Después, nuestras relaciones se estrecharon;
su alma tuvo el temerario intento de llegar hasta mi alma y ver en ella; quiso inclinarse sobre el álveo obscuro y, trágico de donde fluyen todas mis creaciones;
y, la grande artista comprendió que había algo más trágico que su genio, y, era, el genio de mis dramas;
y, aspiró a que hiciera una tragedia para ella;
y, le hice: *Sakountala*, en la cual apartándome mucho de la fábula de Kalidasa, quise poner toda la poesía del Ramayana, estrechada en los cauces clásicos de la Tragedia griega, mas la musicalidad de la lírica latina;
la halló admirable y, se entregó al estudio de ella con pasión;
para aprenderla, para ensayarla, para combinar todos los secretos de la *mise en scene*, hasta su representación triunfal, hubimos de viajar juntos;
y, lo que había de suceder, sucedió;
fué al principio mi querida y luego mi mujer;
como Friedrich Hebbel, como Maurice Mæterlinck, como tantos otros, fuí el marido de la protagonista de mis dramas;
y, yo, el Conde Sergi, diplomático y escritor mundial, fuí como un cómico más, yendo de aquí para allá con la compañía de Augusta Cossío; aunque es verdad que guardábamos las distancias, yendo siempre en un tren distinto del de su compañía;
nuestro matrimonio se prestó a miles de comentarios, nada halagadores para mí;
se dijo que miserablemente arruinado sobre el tapete verde, yo había jugado y, ganado esa última partida, poniéndole la mano a los millones de Au-

gusta Cossío ; y, que ya había hallado manera de redorar mi escudo con el oro de los de ella ;

cuanto la Envidia inepta, puede inventar contra un escritor ya consagrado por la fama, se dijo contra mí ;

no se respetó sino mi talento ; y, se proclamó que yo había encontrado en Augusta Cossío, la única intérprete, a la altura de mis dramas ;

ella, se dió con pasión a interpretarlos, y, magnificó mis creaciones reproduciéndolas ;

hice personajes para ella, y, los superó encarnándolos ;

cada una de nuestras *tournées*, era una serie de triunfos artísticos y, de pingües rendimientos ;

ora fuera por delicadeza, ora por previsión, mis derechos de autor me fueron siempre pagados y ella guardó sus proventos de artista y, la gerencia de su compañía ;

yo, no fuí jefe de cómicos, ni puse ojo en la administración de su empresa para saber los enormes ingresos que tenía ;

mi orgullo me vedaba esos menesteres ;

había más intelectualidad que sentimentalidad, en nuestro amor, y, podía decirse bien, que nos admirábamos más que nos amábamos ;

no éramos ya jóvenes para eso ; ella se aproximaba a la cuarentena, y yo, la había ya dominado ; eso quitó a nuestra pasión todo arrebato, todo germen de sensibilidad morbosa que pudiera ocasionarnos inútiles celos y dolores ;

demasiado, o mejor dicho, justamente orgullosa de su nombre de artista, Augusta Cossío, no usó del mío, y del título a que él le daba derecho, sino cuando frecuentábamos alta sociedad, que era bien poco, por parte de ella, que la tenía en aversión, y así, nuestro escudo sólo sirvió para decorar la vajilla y ser bordado sobre las ropas de la cama ;

yo, no la amaba bastante para tener celos de su pasado, del cual sabía muy poca cosa, lo mismo

que sabía el público: que muy joven había sido la querida del Poeta polaco Casimiro Linonescky a quien había amado con delirio y, el cual la había cantado en versos admirables;

muerto éste, muy joven, devorado por la tisis y el alcohol, ella le había guardado un culto religioso y por largo tiempo había adornado con tocas de viuda su bella cabeza imperiosa, tan naturalmente trágica; su aire de dogaresa enlutecida, la hacía aún más interesante al corazón y, a los ojos de los públicos que la adoraban;

ése era un pasado bien trivial y, cuasi inocente, para una mujer del teatro;

yo, sospechaba que en ese pasado sentimental de Augusta Cossío había más teatralidad, que otra cosa, porque la actriz no abdicaba en ella ni aun en sus actitudes más íntimas;

no era una de esas mujeres que tienen el corazón a flor de piel, y, fácil de interrogar;

era reservada y fría; no había en ella ningún germen de romanticismo, ni de enfermiza idealidad;

demasiado llena de sí misma, su teatro la absorbía por completo, y, no vivía sino para él, y, casi podría decirse que en él;

así, aquel gesto de profunda tristeza, que notaba en ocasiones en ella, y, los largos ensimismamientos en que caía, no me inquietaban, y, no la interrogué jamás acerca de ellos;

no la amaba bastante para estar celoso de su pasado, ni temeroso del presente;

fué ella, quien un día, al terminar una excursión por Suiza, me dijo con esa voz musical, que era el encanto de los públicos y se hacía aún más bella en la intimidad:

—Hemos de hacer una excursión a *Lugano*...; ¿quieres? hace ya más de un año que no voy; y, la pobre niña muere de pena.

—¿Qué niña?

—Blanca ; mi sobrina...

—Tu sobrina...

—Sí... ; yo, tuve una hermana, que huyó de casa con un cómico y, fué a morir a Buenos Aires, dejando una niña de pocos meses, que yo recogí, y, la cual tengo en un colegio de damas inglesas, en los alrededores de Lugano ; perdona si no te lo había dicho antes, pero no quería que nada perturbara nuestra felicidad ;

hablando así, su voz se había hecho más cálida, llena de una mayor emoción, como si nuevas fuentes de ternura se hubiesen abierto en su corazón, al recuerdo de la huérfana ;

comprendí por qué no me había dicho antes nada ; temía sin duda, que yo viera en esa niña una próxima heredera de sus caudales, y, la odiara a causa de eso ;

superior a esas pequeñeces, no pude evitar el pensarlas, y, miré a mi mujer, con un desprecio tan grande que ella, no pudo menos que notarlo, y, dijo, con esa voz, lenta y profunda, que la hacía tan admirable en los monólogos :

—Se tiene su Pasado ; es necesario amar su Pasado...

—Bis, bis — dije yo, aplaudiendo, con tan desdeñosa impertinencia que ella quedó como petrificada.

*

* *

Ahondando muy poco en mi memoria, se presenta vivo y tenaz el recuerdo de aquel día ;

tras la blancura marmorescente del barandaje, el verde obscuro de las arboledas bajo el cielo de un azul adiamantado, que se diría, una mayólica de *Murano ;*

el casal, blanco también, como una enorme magnolia abierta entre el follaje ;

los corredores vastos, limpios, nítidos, se dirían

bahías de mármol, que hiciesen reposorios a la sombra bajo las enredaderas florecidas que enfestonaban las columnatas;

el *Parlour* — y, llamémosle así, porque aquel Pensionado de Señoritas era tenido por dos damas inglesas, y así llaman en inglés al locutorio—era alto, claro, ventilado, con un *confort* severo y elegante, como el que se estila en los grandes *cottages* de los alrededores de Londres.

Augusta Cossío, fué recibida con grandes ceremonias, como un antiguo conocimiento de la casa, que se sentía honrada, con la visita de aquella artista de reputación mundial;

mi mujer me presentó a las directoras, que se inclinaron ante mí con un gesto digno de los salones *d'autrefois*, un poco arcaico, pero, no carente de elegancia y, ya no la llamaron a ella sino Señora Condesa, deleitándose en ese título como en un rico manjar;

hicieron llamar a Blanca Cossío, a quien mi mujer hacía llevar su apellido, ínterin que la adoptaba como hija, según parecía ser su designio;

y, ésta apareció;

abrazó a su tía con efusión, y, me saludó con timidez, mirándome con curiosidad;

nada más bello que aquella niña ya entrada en la pubertad, magníficamente desarrollada en una amplitud de formas provocativa y, alarmante;

vestía de blanco y traía suelta la cabellera, negra y opulenta, recogida hacia atrás por una cinta roja, como la que le ceñía el talle;

los ojos no eran de ese azul marescente, cuasi gris, de los ojos de Augusta Cossío, sino negros, enormes, de un negro bituminoso, profundo, y, turbador; el cerco de las pestañas era tan espeso, que, proyectaba una sombra azul bajo los párpados; tan obscuras eran las ojeras, que se dirían trazadas al esfumino;

la nariz, pequeña, con un ligero temblor en los

cartílagos, como de un felino recién nacido que olfateara la ubre maternal;

la boca grande, despectiva, sensual, los dientes maravillosos de blancura en el coral vívido de las encías;

la garganta escultural; los senos desafiadores, ya voluminosos y erectos; las caderas de una opulencia desusada para su edad;

de toda ella emanaba un hálito de voluptuosidad de tal manera fascinador que se hacía enervante;

en la caricia blonda de la luz que caía sobre ella, la niña aparecía en su belleza triunfal con una atracción de Abismo.

Augusta Cossío, retrocedió asombrada de aquel desarrollo prematuro, pero, no pudo menos de sonreír a la hermosura triunfal de aquella que llevaba su misma sangre; y, pidió informes sobre su conducta;

las profesoras fueron parcas en el elogio de su discípula, quien según ellas, dejaba mucho que desear en asuntos de aplicación y disciplina.

Blanca, las oía sin inmutarse, y reía, con una impertinencia que se veía bien que le era habitual.

—Pronto se arrepentirá de habernos hecho sufrir tanto — dijo la de más edad de las profesoras — porque ya ha cumplido los quince años y, deberá ir a otro internado, para hacer en él los cursos superiores, a no ser que ustedes resuelvan algo en contrario.

Augusta me miró, como consultándome, qué íbamos a hacer de la preciosa niña;

yo, absorto en mirarla apenas si hice atención a ese gesto.

Blanca, se encargó de contestar por nosotros.

—¿Otro colegio? no; yo, me voy con mis tíos; ¿no es verdad? — dijo mirándonos alternativamente, con un gesto de súplica en los ojos sin dejar

el mohín de burla infantil, que le era característico;

yo, no supe qué responder.

Augusta, dijo:

—Ya veremos, ya veremos...

y, ensayó sermonear a su sobrina, con la voz más grave de sus horas teatrales;

¿por qué me pareció que esa voz temblaba con un tremor natural fuera de todo diapasón de arte y, el calor de una emoción tan sincera como yo no le había oído jamás?

—¿Tú también? ¿tú también? — dijo.

Blanca, interrumpiendo sin ningún respeto, la grave monotonía del discurso, rompió a reír tan jovial, tan estrepitosamente, que nos hizo reír a todos, inclusive a las profesoras que estaban habituadas a las extravagancias de este *enfant terrible*, del cual parecían empeñadas en desprenderse lo más pronto posible.

Augusta, siempre grave, como si estuviese en escena, se despidió, besando a su sobrina, larga y amorosamente;

yo, le extendí la mano:

—Y, usted... ¿no me besa? ¿no es usted también mi tío?... — dijo;

e inclinó hacia mí su bella cabeza, para que la besara en la frente;

y, la besé, apretándola fuertemente contra mis labios, y, ajando con placer los bucles de su negra cabellera, que se enredaron en mis dedos, suave como los estambres de una flor;

temblé...

y, me pareció que había besado el nimbo de una estrella;

ya en el coche, de regreso a la ciudad, Augusta, aún emocionada, me preguntó:

—Y, ¿qué vamos a hacer de esa niña?

—Casarla cuanto antes, para salir de ella.

—Casarla... ¿con quién?

—No faltará en tu compañía un cómico apto para ello ;

me miró con rencor ;

sus ojos taciturnos se hicieron casi feroces, como los de una loba que defiende su cachorro :

—Se ve que no la amas ;

y, por primera vez, después de nuestro matrimonio, su voz al hablarme careció de todo acento de ternura.

—Efectivamente — le repliqué ;

y, callamos...

el duelo de la gran noche naciente caía sobre nosotros y nos arropaba, como una mortaja impalpable ;

estábamos hoscos y distanciados ;

parecía como si la imagen de esta niña se hubiese alzado como un muro negro entre los dos :

y, aplastase con su peso, nuestra ventura.

*
* *

Nuestra última *tournée* por el Norte de Italia, Suiza, y el mediodía de Francia había sido una serie no interrumpida de triunfos incontestados y, de grandes rendimientos.

Augusta Cossío, en plena posesión de su genio, había sido insuperable como artista ;

los dos grandes dramas que yo había escrito últimamente para ella : «Nausica» y «El Sueño de Cleopatra» habían resultado maravillosos interpretados por ella cuya sensibilidad artística la hacía plasmable para todas las sensaciones, y, cuya voz de una musicalidad rara, se prestaba a las más extrañas entonaciones líricas, siendo en los momentos culminantes de la Tragedia, algo así como un pájaro divino que cantase en los labios entreabiertos de una estatua ;

terminada la jira artística y después de una le-

ve morada en *San Remo*, habíamos regresado a *Villa Augusta*, encantador *villino*, que yo había comprado ese mismo año en los alrededores de *Savona*, a las faldas del *Letimbro*, cerca al mar diáfano, a la sombra de los limoneros florecidos : y, al cual, había dado por deferencia, el nombre de mi mujer ;

allí encontramos una carta de las directoras del Pensionado en que se educaba Blanca, recordándonos que las vacaciones habían llegado y como era el último año que la niña debía estar en el colegio, nos suplicaban enviar por ella u ordenar su traslado a un Instituto superior, que las mismas señoras tenían como sucursal en Milán ;

¿qué íbamos a hacer?

yo, me opuse decididamente a que Blanca viniera a vivir con nosotros a pesar del vehemente deseo de mi mujer, que así lo quería ;

yo, amaba demasiado mi soledad para permitir que un ser extraño a mi corazón viniera a turbarla ;

era por amor a la soledad, que había permanecido soltero hasta pasados los cuarenta años ;

de la innúmeras queridas que había tenido en mi juventud, sólo dos habían vivido en *ménage* conmigo, y eso, por tan poco tiempo que apenas si conservaba recuerdo de ello ;

la compañía de mi mujer no se me había hecho aún odiosa porque ella amaba también la soledad y sabía respetar la mía ;

ante mi rehusa insistente Augusta Cossío, había terminado por ceder, no sin decirme :

—Es preciso que tarde o temprano, te resignes a la idea de que ella viva con nosotros ; no tiene en el mundo sino a mí ; y, yo no puedo ponerla en la calle ;

y, diciendo así, su voz se hacía cálida de emoción y sus ojos se humedecían.

—Contigo, vivirá.

—Conmigo, sea...

no nos amábamos bastante para que ciertos rozamientos sentimentales, pudieran irritarnos ;

en cambio la menor herida a nuestro orgullo, nos ocasionaba grandes rencores ;

hacía dos días que hablábamos muy poco, a causa de nuestra última discusión respecto a la suerte de Blanca ;

callábamos, como si viésemos que un pedazo de nuestra vida se iba a alejar de nosotros como el fragmento desprendido de un *iceberg* que se descongela ;

aquella mañana yo escribía ;

la ventana de mi despacho, situado en el piso superior de la casa dominaba una amplia perspectiva, un espléndido panorama de cielos, de bosques y, de mar ;

desde mi mesa de trabajo se veían perfectamente los montes de *Ceriale*, el convento de *Monte Carmelo* y la playa de *Spotorno*, hasta Vado ;

el camino en curvas suaves y armoniosas, como una serpiente de oro, enredada en los flancos de esmeralda de la montaña, venía desde *Savona* y pasaba por frente de las verjas de nuestra Villa, hacia *Albissola*, hasta perderse en *Varazze ;*

yo, no ponía atención a la magnífica belleza de los parajes circundantes ;

las escenas y los personajes de mi drama : *Teodora,* que escribía entonces me absorbían de tal manera, que no me apercibí de la llegada de un coche que se detuvo ante la puerta de la casa ;

fué el sonar de la campanilla el que me hizo alzar la cabeza ;

era el cochero el que tocaba desesperadamente ;

adentro del coche, se veían los faldamentos del traje de una mujer y las botas primorosas que calzaban sus pies ;

un criado llegó para abrir ;

la viajera descendió del carruaje ;

bajo el ancho sombrero de paja adornado de

enormes ababoles azules y atado con una cinta del mismo color en forma de barboquejo, no se distinguían bien las facciones de su rostro ;

la opulencia de sus formas se mostraba con una gracia tentadora al haldear elegante con que avanzó hacia la puerta ;

el coche venía cargado de maletas que los criados se apresuraron a bajar :

al entrar en el *viale* que conducía a la casa creí reconocer a la viajera ;

sí...

no había duda...

era Blanca Cossío... ;

¿cómo había venido?

¿quién la había autorizado para ello?...

¿era Augusta Cossío, quien la había llamado sin prevenirme, burlando así mi autoridad?

sentí un sordo rencor renacer en mi corazón ;

no tuve mucho tiempo para guardarlo, porque a poco estar sentí abrir con estrépito la puerta de mi despacho, y, ella, Blanca Cossío, entró como un huracán, ruidosa y, alegre, no siguiendo sino precediendo a mi mujer, quien mostraba en el rostro una real contrariedad.

—*Bon jour, mon cher oncle*—me dijo en francés, haciendo una reverencia, que habría hecho honor a la última dama cortesana del Rey Sol ;

y antes de que yo le hubiese respuesto, me tendió los brazos, me abrazó y me besó en ambas mejillas ;

le devolví el abrazo y el beso sin hallar palabra que decirla.

Augusta Cossío, me sacó del apuro diciendo verdaderamente enfadada :

—¿No ves?... se ha hecho expulsar del colegio, y, sin esperar órdenes nuestras, se nos presenta aquí tan fresca...

—Como una lechuga, y, dispuesta a serviros de

ensalada por algún tiempo — interrumpió Blanca, que parecía encantada de la aventura;

se descalzó los guantes y, los puso sobre mi mesa de escribir; un penetrante olor de heliotropo se escapaba de ellos, que conservaron las formas de sus manos y, eran como dos pomos vacíos que hubiesen contenido una esencia preciosa;

se quitó el sombrero, arregló los rizos de su cabellera, mirándose para ello en los cristales de la librería;

se sentó en una gran poltrona, poniendo su enorme sombrero sobre el regazo y con una inagotable volubilidad continuó en decir:

—Las viejas se hacían insoportables, especialmente Miss Edith, que me había tomado entre ceja y ceja, y, como la pobre las tiene siempre fruncidas ya veréis qué posición la mía, haciendo equilibrios en un pararrayo; nada; que no podíamos sufrirnos, y como yo no podía durar más tiempo allí porque había ya llegado a la edad reglamentaria y, las inglesas son muy cuidadosas en eso de las reglas, me pusieron a la puerta; sí; *mes chers*, ésa es la expresión, y, como vosotros no íbais a buscarme, y, era preciso estucar mi habitación para darla a una nueva alumna inglesa, una especie de huso con faldas, tan fea como Miss Edith, mi maestra, a quien Dios confunda, accedieron a mis deseos y me despacharon con todos mis bagajes, entre los cuales, es preciso decirlo, no figura ningún premio, y me *voici* cayendo entre vosotros como una mosca en un vaso de helado, según lo caluroso del recibimiento que me habéis hecho.

calló un instante, se encaró conmigo, y haciendo un mohín de niño pronto a llorar, me dijo:

—Tío, *caro tío*: yo te ruego, desarma a mi augusta tía, o mejor dicho, a mi tía Augusta, y, dile que me perdone, que me guarde con vosotros todo el verano y, que luego me encierre en cualquier co-

legio que no esté lejos de *San Remo*, donde tengo un novio despampanante ;

y, esto diciendo tiró el sombrero al suelo, se puso en pie, alzó los brazos, poniéndolos en forma de anza, entrechocó los dedos produciendo un ruido de castañetas, ensayó un paso de baile del más puro estilo flamenco y parándose ante mí dijo :

Salute! Salute!...

y, tomando con el extremo de sus dedos, el halda de su traje se inclinó en una profunda reverencia, haciendo una figura de minué deliciosamente hilarizante ;

reímos ;

estábamos desarmados ;

la preciosa criatura había triunfado.

Augusta Cossío, a cuya gravedad estatuaria la risa parecía vedada, cual si temiese descomponer con ella la actitud siempre trágica de sus facciones, al verme reír, rió de tan buena gana, como no la había visto reír nunca, feliz de que me hubiese desarmado aquel ser en el cual parecía concentrar toda su adoración ;

no era una sentimental Augusta Cossío ; y así, como en el teatro no amaba lo romántico, no lo amaba tampoco en la Vida ;

lo hallaba falso y fuera del Arte :

una vez segura de habernos aplacado, Blanca dió rienda suelta a su verbo alerta y endiablado :

las pobres señoras Bocker, que la habían educado, le merecieron las peores burlas y los más ridículos conceptos ; nos contó las mil farsas que les había jugado y las diabluras a que se entregaba en el colegio, lo cual nos explicó las razones de esa expulsión velada a la cual debíamos su presencia allí ;

pero, ya nos habíamos amercendeado de ella, y, reímos como chiquillos de las chiquilladas que ella nos contaba ;

ese día, en la mesa no habló sino de modas, de-

tallando las últimas hasta en sus más nimios detalles :

—Parece — la dije — que hubieras estudiado para modista.

—*Magari* (1) — me contestó, guiñando los ojos con un gesto encantador que le era habitual ;

en la tarde, cuando salimos al paseo cotidiano, que por la carretera solíamos dar Augusta y yo, ella quiso venir y se empeñó en pasar al pescante para guiar desde él, el tiro de jacas tordas que llevaba el coche, con gran asombro del auriga, un mocetón robusto y cándido que empurpuraba cuantas veces ella le rozaba el rostro con el seno, en el empeño de arrendar bien las bestias rebeldes a su nueva guía ;

en la noche, cuando después de cenar yo, leía a Augusta el acto de mi drama, escrito aquel día, Blanca, ensayó charlotear primero, bostezó luego, y se quedó al fin, dormida como un niño sobre un sofá.

*

* *

La vida se hizo para nosotros más animada, más bella, más dulce, con la presencia de aquella deliciosa criatura que parecía venida allí para consolarnos, para alegrarnos, para embellecer nuestra hosca soledad, llena únicamente con las visiones de nuestro Arte ;

la casa que era como una jaula vacía, se sintió de súbito poblada de extrañas músicas, que eran las músicas de su voz y, era como si en ella hubiese caído un divino pájaro, un ruiseñor celeste, enviado para alegrar con sus cantos el huerto hermético de nuestra soledad : soledad egoísta como la de todos los artistas enamorados de su propio Ensueño ;

el reflejo sombrío de sus ojos parecía haberlo lle-

---

(1) Ojalá.

nado todo de un nuevo resplandor y los seres y las cosas parecían como ebrios de ella, cual si el olor de su cabellera, color de mosto espeso, nos hubiese embriagado a todos;

su presencia llenaba la casa como una divina luz;

mi estudio, que nunca había tenido flores — pues mi mujer fué siempre ajena a estas delicadezas—, las tuvo desde entonces;

ya no me senté nunca a escribir sin hallar sobre mi mesa de trabajo un ramo de claveles, de rosas de *Arabia* o de jazmines del *Cabo*, húmedos aún por el rocío matinal;

los jardines se llenaron con el eco de sus cánticos que eran como un correr de fuentes y un triscar de pájaros llenando de músicas la melancolía languideciente de los parajes;

gozaba en hablar con los jardineros y en desconcertarlos por las actitudes atrevidas que ensayaba ante ellos;

era a ese respecto de una audacia ilimitada;

un día, que fuimos en *auto* hasta *Aneglia* y nos detuvimos en el *buffet* de la Estación para comer allí, flirteó de tal manera con el joven telegrafista que allí había, que hube de llamarle la atención;

se rió en mi cara con una risa sincera e incontenible:

—Míster Becker, Mister Becker — dijo, dándome el apellido de sus viejas maestras — ¿tú también eres enemigo del *flirt*, del delicioso *flirt*, el más encantador de los deportes?... ¿no ves, caro mío, que ese pobre chico es medio tuerto, y lo que yo quiero es conjurar el mal de ojo, porque los tuertos traen la *jettatura?*

Augusta Cossío le celebró el chiste;

yo, no;

¿por qué?

no lo sé;

todo me parecía encantador en ella, menos verla flirtear con otro:

—Tomas demasiado en serio el papel de papá mío — me dijo una vez que le hacía observaciones sobre la actitud un poco descocada que había tenido en presencia de un joven cómico, venido para hacernos visita y, había añadido— : tú no eres tan viejo como para eso, y, si lo eres, no hay un viejo tan chic, como tú, eres la suprema elegancia ;

y me abrazó ; me besó en la frente, y escapó...

el aire quedó lleno de su perfume y del eco delicioso de su voz...

y yo quedé tembloroso, alelado, viéndola alejarse, cual si se hubiese llevado mi alma entre sus labios ;

en tanto, una inercia, deliciosa, inexplicable se apoderaba de mí ; una como divina fiebre que me impedía trabajar, no era la fiebre de la ensoñación, la fiebre de la creación, que siempre me poseían y a las cuales debía mis mejores obras ; era una fiebre extraña de la cual tenía recuerdos muy lejanos, y, me rememoraba los años ya remotos de mi primera juventud, por no decir de mi adolescencia ;

mi drama no avanzaba ;

yo, que siempre había sentido la voluptuosidad del trabajo mental y me abstraía cuatro o cinco horas diarias para escribir, no resistía ya dos, y las hallaba demasiado largas, tal era la necesidad que sentía de bajar al jardín para ver a Blanca, para hablar con ella, reír de sus niñerías, y ser en realidad el juguete de sus caprichos ;

llegó a dominarnos de tal modo que ya no le hacíamos observación alguna ni aun a sus menores extravagancias ;

mi mujer, absorta en el estudio de sus papeles para la próxima temporada, le prestaba cada día menos atención ;

solos casi todo el día Blanca y yo, nos entregábamos a toda clase de fantasías por los jardines de la Villa, o dábamos largos paseos a caballo por la *strada romana*, hasta *Pegli*, donde ella amaba mu-

cho visitar los jardines de la *Villa Pallavicini*, perderse entre el laberinto de estalactitas de la gruta, o navegar en el lago subterráneo, llena de un miedo infantil, que la hacía abrazarse a mí como un niño asustado ;

y, fué allí en el*Belvedere* del Castillo medioeval, en el fenecer de una admirable tarde estival, que ponía en nuestra sangre la complicidad de todos sus ardores, lejos de las miradas del guarda, alejado por un espléndido *pour-boire* que lo que debía suceder, sucedió y, ella fué mía ;

se dió a mí, con una pasión brutal, desaforada, que tenía todos los furores de la histeria.

Augusta Cossío, enamorada de su arte, entregada por completo al estudio de él, no se apercibió de nada ;

además, no me amaba lo bastante para estar celosa de mí.

Blanca, hecha más bella aún por la pasión, irradiaba de sí efluvios calóricos de voluptuosidad ;

parecía que todo el azul broncíneo de los mares circundantes, todo el oro de las playas flavescentes y la mórbida languidez de los jardines mediterráneos, se hubiesen reunido en sus ojos, en sus labios, en su seno perfumado y cálido para hacerme la oblación de sus caricias ;

nada de idealidades en nuestro amor hecho todo de violencias carnales, y, bien podría decirse que de brutalidades encantadoras ; ninguna aria romantizante, dijo sus notas de flauta a la hora del amor, que no tuvo otra música, que la música de los besos desaforados ;

no hubo criatura menos dada al Ensueño en la hora del Amor, que aquella niña que parecía querer devorar el mundo en la herida que hacía en mis labios al morderlos más que besarlos en los espasmos definitivos de la pasión ; sus ojos, hechos metalescentes, se inmovilizaban en un gesto de éxtasis, cuando yo me inclinaba sobre ellos para mirarme

en sus pupilas como en dos lagos de azogue hechos quietos bajo la luna ;

el viejo poeta que había en mí, quedó como hipnotizado, inmóvil, en aquella mar de éxtasis carnales, y, el hombre de amor que parecía adormecido por la edad, despertó violento como en los mejores días de sus grandes batallas ; Fausto sentimental que bebía en el pomo de coral de aquellos labios, todas las esencias resurrectoras de la fuerza pasional ;

en la exaltación divina que nos poseía, la Vida parecía haber borrado sus límites ante nosotros ;

no quiso la Fatalidad que nuestro idilio durase largo tiempo sin ser trágicamente interrumpido ;

mi mujer y yo dormíamos en dos habitaciones distintas, que se comunicaban ;

una noche Augusta se sintió enferma y, quiso tomar una medicina que había en un pequeño botiquín del cual yo tenía la llave ;

fué a pedírmela ;

halló el lecho deshecho, pero yo no estaba en él ;

viendo mis ropas sobre una silla, creyó que alguna urgente necesidad me hubiese llamado fuera y esperó ;

viendo que tardaba y sintiéndose más mal fué a buscarme al sitio donde creyó que debía estar ;

no me halló en él ;

una súbita luz iluminó entonces su cerebro :

fué a la habitación de Blanca ;

rendidos después de un largo combate de amor, nos habíamos dormido en brazos uno del otro, sin cerrar las puertas ;

el ruido del botón de la luz eléctrica al girar, y, el vivo resplandor de ésta nos despertó ;

abrimos los ojos somnolientos.

Augusta Cossío, cerca al lecho nos miraba atónita ;

nunca los ojos de la gran trágica habían tenido

tal mirada de horror ni sus labios habían hecho el gesto de ahogar grito más terrible ;

llevó a sus ojos unas de sus largas manos pálidas como para no ver el horror de aquella traición y, nos volvió la espalda y se alejó grave, silenciosa, el pecho sacudido de sollozos ;

sin una palabra, sin una queja...

el orgullo de aquella mujer era superior a todos los dolores ;

cuando ella hubo partido nos miramos.

Blanca, reía...

—Vaya un susto que nos ha dado, parecía un fantasma ; qué fea es sin pintarse — dijo, y, continuaba en reír ;

yo, no podía compartir su inconsciencia de la gravedad de nuestra situación y en vano quise explicársela ;

yo, comprendí que el exilio de Blanca sería decretado al día siguiente, tal vez después de escenas muy penosas ;

y, resolví evitarlo :

no tenía el valor de dejarla partir sola ;

su amor era ya una lava ardiente que circulaba en mis venas y, no se había de eliminar jamás ;

era necesario partir inmediatamente, y, así se lo dije ;

eso la encantó ;

mientras ella preparaba algunas ropas precisas y, menudos objetos de su *toilette*, yo recogía mi libro de cheques y, los originales de mi drama inconcluso, y, partimos cuando las primeras luces del alba iluminaban el jardín con un resplandor de orfebrería ;

fuimos a pie hasta la estación cercana donde tomamos el primer tren que partía para Génova, con el objeto de embarcarnos allí ;

¿para dónde?

no lo sabíamos aún ;

pero no tuvimos que huir de nadie ni de nada,

porque Augusta Cossío, no nos persiguió, ni hizo el menor gesto contra nosotros ;

refugiados en un hotel, en *Sampierdarena,* apuramos el filtro de nuestras caricias y, emprendimos luego, en el primer vapor salido para *Palermo,* un viaje de nupcias que duró dos meses ;

regresamos al fin de la estación invernal, y nos detuvimos en *Viaregio* con el fin de tomar algunos informes sobre mi mujer ;

supimos que ésta había dejado a *Villa Augusta* y, se había refugiado en una suntuosa posesión que tenía sobre el lago de *Lecco,* no lejos de donde Manzoni hizo vivir su idilio de los *Promessi Sposi;*

los periódicos no anunciaban ninguna próxima jira de la grande artista ;

el orgullo de Augusta Cossío, había ahogado el germen de todo escándalo ;

durante este año, sólo supimos por alguna Revista teatral, que su enfermedad al corazón se había agravado tanto, que había tenido que renunciar a una *tournée* por los Estados Unidos, que le habría dado grandes rendimientos ;

al fin, hace tres días que recibí un despacho de *Lecco,* sin firma, y, que era sin duda, de la monja enfermera, en que se me anunciaba que mi mujer estaba moribunda, y, se me rogaba venir ;

y, vine ;

y, la vi morir ;

y, le cerré los ojos ;

nunca olvidaré la mirada de odio de aquellos ojos que parecían querer quemarme los dedos, cuando los puse sobre sus párpados rebeldes a cerrarse ;

pobre Augusta Cossío, murió odiándome ;

es verdad que nunca me había amado mucho ;

ni yo tampoco ;

yo, era su Poeta preferido, aquel que creaba para ella, los personajes más bellos para encarnar su genio ;

y, ella era la artista que mejor me interpretaba,

aquella que sabía dar mayor relieve a los personajes de mis dramas, y, añadir la más bella música verbal, a la música de mis versos ;

ningún gran amor ha muerto en nosotros ;

es una compañía artístico-comercial que se disuelve, al morir Augusta Cossío ;

paz a su tumba ;

algo de la paz que ha huído de mi corazón atormentado.

*

* *

Blanca ha venido ;

fuí a buscarla a la *gare ;*

tuve que hacerle reproches por lo inadecuado de su traje, que aunque negro, estaba recargado de adornos, donde había notas de color subido ;

la seguían tres aspirantes de la Escuela Naval, con los cuales habría flirteado sin duda, en el trayecto y los cuales se desbandaron al oír cómo ella me llamaba al verme en el andén diciéndome :

—Papá, papá...

llegados al suntuoso *villino* donde había muerto Augusta Cossío, Blanca no tenía ojos, sino para mirar los jardines, las fuentes y las estatuas, que lo enmarcaban y lo decoraban en un espectáculo de fastuosidad ;

en todo pensaba menos en la muerta ;

no quería entrar a la cámara mortuoria, donde yacía el cadáver en lujoso ataúd, sobre paños negros con ramazones de lilos de plata y cirios mortuorios, en grandes candelabros de metal ;

entró cogida de mi mano, y miedosa como un niño ;

no quería mirar la muerta y se tapaba las narices con el pañuelo diciendo que ya estaba mal oliente ;

cuando la monja le extendió la rama de boj húmeda en agua bendita para que aspergiara el ca-

dáver no supo hacerlo y, quedó lela, mirando la religiosa que era medio jorobada y, caminaba renqueando :

—Mira a Sor Armadillo — me dijo, e intentó reír ;

se contuvo ante mi gesto de reproche ;

la monja que la oyó le dirigió una mirada fulminatoria.

*
* *

Hemos tenido necesidad de ir a comer a un Restaurante de la ciudad porque Augusta Cossío no tenía servicio, y eran las hermanas enfermeras quienes la atendían últimamente.

*
* *

Una multitud enorme de gentes de *Lecco* y de las poblaciones cercanas, ha desfilado ante el cadáver de Augusta Cossío, haciendo así homenaje al genio de la grande artista ;

yo me he negado a ver y a recibir a nadie ;

eso ha hecho hablar a los periódicos del dolor inconsolable del viudo, al cual se une el dolor del gran poeta que ha visto desaparecer la mejor intérprete de sus obras ;

el mundo es muy divertido a causa de su cretinismo.

*
* *

Hemos sepultado a Augusta Cossío, en el suntuoso mausoleo que ella misma había hecho construir : un bello monumento estilo griego predecadente, una bella Obra de Arte ; de una simplicidad encantadora ; la diosa de la Tragedia, que lo decora como único ornamento, domina con el gran

gesto augusto de su brazo extendido al horizonte el diáfano azul del lago, la cinta moaré del *Adda* y la altura dolomítica del *Resegone.*

*
* *

El Notario de la ciudad, en cuya Notaría estaba depositado el testamento de Augusta Cossío, ha venido a darme conocimiento de él;
deja todos sus bienes a la Escuela de Declamación de Milano, y a un Asilo de Huérfanos de Artistas, que ella misma ayudó a fundar;
eso me deja indiferente;
nunca pensé en heredar a aquella que por un capricho de la suerte fué mi mujer;
sólo me deja como legado, un legajo de papeles;
son las cartas del poeta polonés, que fué su primer amante; y, en las cuales habla con una gran ternura de su hija;
¿qué hija?
Blanca:
eso se desprende de un esbozo de testamento, hecho primero y anulado luego, en el cual Augusta dejaba toda su fortuna a esta hija tan amada, y, me nombraba su tutor;
la carta en que me hacía la confesión de su maternidad estaba entre las del poeta alcohólico que la había amado tanto;
¡pobre Blanca!... ha perdido su herencia...
pero, no ha de faltarle nada mientras yo viva;
ahora siento que la amo más, como si la muerta al castigarla la hiciera más sagrada para mi corazón.

*
* *

Blanca, no ha demostrado ninguna emoción al saber que Augusta Cossío, era su madre, sólo tuvo

un gesto de despecho al saber que la desheredaba :

—Felizmente, tú eres rico—dijo—y, ahora te vas a casar conmigo, ¿verdad? y así seré la condesa Sergi, lo cual es siempre mejor que ser la hija de una cómica, hija de Fedra, y nieta de *Minos* y de *Pasiphaé*... ¡ uf ! qué horror...

y rompió a reír estrepitosamente.

*
* *

Hemos regresado a *Villa Augusta* libres y felices...

atravesamos días de un sereno amor en estos lugares donde nació nuestra pasión y, donde los paisajes parecen tener voces reminiscentes que nos hablan de ese cercano y delicioso pasado...

Blanca es ajena a todas esas emociones ;

esta niña no tiene la memoria del sentimiento, y casi podría decirse que no tiene corazón ;

todo ideal que no sea el del placer está proscrito de su cerebro ;

amar... amar... amar... pero en el sentido de la carne...

ése es su solo sueño...

el poeta dipsómano que fué su padre, dejó en ella este funesto germen de degeneración ;

una degenerada ;

¡ cuánto trabajo me cuesta hacerme a mí mismo esta confesión !

*
* *

Nuestra vida corre como un gran río de Amor que nos lleva...

¿hacia dónde?

el temperamento de Blanca es excesivo y alarmante ;

sus fantasías pasan los límites del decoro y dan pábulo a las murmuraciones de la servidumbre;

su exquisita locura me contagia, y, me presto con ella a las peores extravagancias...

la casta mansedumbre de las flores parece enrojecer con el impudor de nuestras licencias...

la deliciosa demencia de nuestros éxtasis sensuales, ha hecho de todos los sitios de los jardines reposorios de nuestras voluptuosidades...

morir...

¿qué me importa si muero mirándome en sus grandes ojos, hechos desmesurados por el poder de las insondables lujurias?...

*
* *

Blanca se aburre enormemente en *Villa Augusta*;

esta cárcel de mármoles y, follajes como ella dice, principia a hacérsele odiosa:

—Yo no quiero estar aquí encerrada — ha dicho—; tú te haces viejo y aunque eres supremamente elegante, el espectáculo de tu elegancia no es bastante a consolarme de la ausencia de otros espectáculos mejores; yo, quiero vivir, divertirme, gozar mi vida; no hay sino una juventud; ¿crees que voy a consumir la mía en esta claustración de amor, envejeciendo al lado tuyo, cerca al fantasma de Augusta Cossío, viendo ajarse mi juventud en esos espejos que reflejaron sus gestos trágicos, cerca a estos rosales inermes, que presenciaron nuestros primeras caricias, y verán al fin la fatiga de nuestro amor?... no, *caro mío*, no; si te haces celoso, y quieres tenerme encerrada aquí, me escapo aunque sea con el *chauffeur;*

y, me miró suplicante;

todas las sirenas de los mares del Amor, se asomaron a sus ojos, y cantaron en ellos; la romanza inolvidable, del amor que nunca muere;

y, me tendió los brazos;
y, se colgó a mi cuello...
y, me cubrió de besos...
y, huyó, tarareando una canción luisquincentista, y, ensayando un paso de gavota;
y, se perdió en las frondas del jardín, como una libélula de oro en la tarde luminosa;
sí...; lo hará como lo dice;
se escapará con el *chauffeur* si no la saco de aquí;
se escapará...
y, ¿qué será de mí sin ella?
siento que no podría vivir, sin el vino que bebo en la copa de sus labios y, la fuerza que me da el calor de sus ojos magnetizantes;
no hay otro aire respirable para mis pulmones, que el aire que ella respira;
no hay más paisajes amados para mi corazón que aquellos que han recibido la santificación de sus miradas;
para mí, el mundo no existe sino retratado en el cristal de sus pupilas, prisionero del cerco tenebroso de sus pestañas;
se diría que ha sorbido mi alma, que me la ha robado; mi ser, parece ahogado, desaparecido en las ondas de este insondable amor... tan humano, y, sin embargo ilimitado como si viviese más allá de la humanidad...
mis libros yacen quietos en sus anaqueles: mi pluma se enmohece sin trabajo; mi último drama está aún inconcluso;
es verdad que ya no será interpretado por el alma trágica, los grandes gestos impecables y la divina voz pasional de Augusta Cossío, pero, también es cierto que después de la muerte de ésta y, sabiendo que tengo en cartera esa producción, las dos únicas artistas de nuestra escena, que valen algo, me lo han pedido;
pero, todo ha muerto en mí...
todo, hasta el amor de la Gloria...

todo... absorbido por esta pasión fatal...
fatal... sí;
porque ella amenaza devorar todo lo noble que hay en mí...
todo... hasta mi genio.

*
* *

Sus caprichos son mi ley;
el resorte de la Voluntad empieza a romperse en mí;
ella quiere partir, y es preciso que partamos...
¿a dónde?
ella misma no lo sabrá decir...
a viajar, a divertirse...
acaso a encontrar otro amor que haya de suplir al mío...
¡oh! *comme l'amour est bête...*
y, es a causa de su bestialidad que nos domina.

*
* *

Henos aquí en viaje;
lo primero que Blanca me ha exigido al partir es que no lleve libros:
—Tus libros me fastidian — ha dicho—, no hay nada más aburrido que un hombre que lee;
ella, no lee nada...
ni siquiera novelas de amor;
dice que el amor debe vivirse y, no leerse;
no muestra predilección por el Teatro; la sombra de Augusta Cossío parece alejarla de él;
no ama sino el Café-Concierto; es su Ideal;
no hay noche que no me exija llevarla a un Music-Hall;
el público de aquellos sitios parece atraerla con la fuerza de un imán;

se siente fascinada por él como un pájaro por una serpiente ;

cuando en los entreactos, ora en el *foyer*, ora en el *promenoir*, se ve mezclada al cocotaje espléndido que por allí circula, y siente las miradas de los hombres, pesadas de deseos, posarse sobre su cuerpo, que el atrevimiento de las *toilettes* deja casi desnudo, yo, la siento feliz, sus ojos se hacen fosforescentes de concupiscencias, los cartílagos de sus narices se dilatan, como las de una bestia en celo, y de toda ella emana un hálito de voluptuosidad casi bestial ;

lo que de pubescente, de exquisito, de tardía infantilidad había en ella, y, la hacía un *enfant gâté*, adorable, en sus caprichos, ha desaparecido ; es ahora voluntariosa, imperativa y el raudal de sus ternuras parece agotarse lentamente ;

las artistas y las cocotas absorben por completo, su atención y, su admiración ; no tiene ojos sino para ellas ; copia sus gestos, sus actitudes y, sus *toilettes*, con una fidelidad alarmante ;

ayer, que para hacerle reproches y, algo enfadado con ella por cierta libertad de maneras que comienza a serle habitual desde que frecuenta esos sitios, le dije :

—Cualquiera te confundiría con una cocota.

Y ella replicó :

—¿De veras? ¿tanto así me he elegantizado?

y, mostró tal felicidad en el semblante, que me dejó asombrado ;

siento que un áspid nace en el corazón de este lirio que ayer perfumaba mi vida con su candor.

*
* *

Hemos tenido que cambiar súbitamente de Hotel porque las asiduidades de un oficial del Ejército por Blanca, han comenzado a hacerse alarmantes ;

ayer, los sorprendí en un coloquio atrevido que ha podido finir muy mal ;

fuí prudente porque mi situación es embarazosa ;

se hacen comentarios sobre el extraño *ménage* que hacemos Blanca y yo ;

para los unos, ella es mi hijastra ; para los otros, es mi querida, y para los más atrevidos de pensamiento, es ambas cosas a la vez ; sólo ésos están en la verdad ;

como yo viajo siempre con mi nombre propio, mi nombre de escritor, Conrado Ricci, unos dicen Señorita Ricci, otros Señora Ricci — y esto la enfada—, otros que saben de mi título, le dicen por lo bajo : condesita ;

ella prefiere pasar por mi hija ;

eso no es difícil ;

yo, he cumplido ya cuarenta y ocho años ; dos pasos más, y cantaré el aria de la cincuentena, de que habla Stendhal ; ella no tiene aún diez y ocho, y, a causa de los mimos de que la rodeo, conserva todavía cosas de niña ;

esta diferencia de edades principia a ser la tristeza de mi Vida...

a esta hora crepuscular, el sendero del Amor, lleva directamente a la derrota ;

la dulce melancolía de este crepúsculo no dice nada al corazón, hambriento de victorias.

*

* *

Henos aquí en el Hotel *Majestic ;*

aquí estamos más aislados a causa de lo alto de los precios ;

un público de ingleses, yankis y, rusos acaudalados ;

las *toilettes* cocotescas de Blanca, llaman la atención, pero todos la hallan supremamente elegante ;

unos la creen una cocota de alto rango que via-

ja en *ménage* improvisado ; otros, la creen una artista ; quiénes nos suponen un matrimonio en viaje de novios ; pero, todos admiran su belleza, su prodigiosa belleza que enloquece los hombres ; las mujeres se muestran celosas ;

sabiéndome en la ciudad algunos diaristas y reporteros de revistas literarias me han visitado para preguntarme qué trabajos tengo en cartera y, si pienso dar algo para el teatro ;

algunos han añadido frases de admiración para el talento fenecido de Augusta Cossío ; ¿por qué he creído ver un oculto reproche en esa admirativa evocación de la gran muerta?

estos reportajes han venido a recordarme, lo que el torbellino de esta pasión me ha hecho olvidar, que soy el gran escritor de que ellos hablan, y he puesto fuera los manuscritos de mi drama «El Sueño de Cleopatra», interrumpido a la aparición de Blanca en el camino de mi Vida...

y, ensayo continuarlo...

vano empeño ;

para vivir la Tragedia he dejado de escribirla ;

los periódicos han publicado mi retrato y anunciado mi llegada a esta ciudad ;

eso ha hecho revivir mi nombre, un poco olvidado...

en el *fumoir* del Hotel, sobre los queridones del salón, en las manos de las señoras, veo ejemplares de mis novelas ;

eso consuela un poco mi orgullo...

¡cómo el corazón del hombre es ilimitado!

*
* *

Las ligerezas de Blanca empiezan a ponerme en ridículo ;

todo campo le parece bueno para sus coqueterías ;

las horas que pasamos en el comedor son horas

de verdadera tortura para mí, porque es imposible evitar que sostenga un *coloquio de ojos* con alguno, como ella dice tan desenfadadamente...

y, luego, los *flirt* en el salón ;

eso es abominable...

las señoras empiezan a hacerle el vacío...

y, los hombres a rodearla, cada día con más insistencia ;

y, ¡ ay de mí si le hago alguna observación !...

en el acto me dice :

—Si has de tiranizarme así, te dejo plantado, y, me voy con el primero que me lo proponga...

y, lo hará... lo hará...

eso me hace sufrir enormemente ;

empiezo a sentirme fatigado para luchar...

y, siento que todas mis energías se ahogan en los pozos ignescentes de sus divinos ojos de Esfinge.

*

* *

Sin consultar a Blanca he alquilado un apartamiento amueblado y, nos hemos trasladado a él ;

eso la ha contrariado mucho ;

al saber que tenemos servicio en casa, y, las sesiones de *flirt* se acaban, porque no vamos a comer a Restaurante, su indignación ha subido de punto ;

casi fuera de sí me ha dicho :

—¿ Crees que voy a estar toda la vida en este *tête-à-tête* con la momia perfumada del caballero de d'Orsay, con el cadáver embalsamado de Brumel ?

y, escapó furiosa...

¿ de dónde ha sacado eso de d'Orsay y de Brumel ?

¡ oh ! ya recuerdo ; son palabras de un diario que me insultaba hace poco ; tiene pasión por los periódicos que me insultan ; corta las caricaturas que

se hacen contra mí, y, me las enseña a cada momento...

en cambio los periódicos que me son fieles, no le merecen ningún cariño...

se hace mala y procaz...

¿qué obscuros y lejanos atavismos surgen en ella?...

*
* *

Todos los grandes Teatros de la ciudad, a comenzar por el de la *Scala*, me han enviado tarjetas y palcos gratis, como obsequio;

no he logrado que Blanca vaya a ninguno de ellos: *ça m'embête*, ha dicho, y no ha dado otra razón;

en cambio, no hay Music-Hall, Salón de *Variétés* y Cafés-Conciertos, que no hayamos conocido, aun los más bajos, aquellos en que la infamia llega a su apogeo;

es indescriptible lo que ella goza en esos medios, mientras más canallescos más encantadores para ella;

se ha hecho presentar todas las estrellas de Cafés-Conciertos, aun aquellas de los más abyectos, y, es feliz de recibirlas en nuestro apartamiento y organizar fiestas en su *honor;*

se me ha escapado esta palabra, que no tiene que ver nada con esa gente.

Blanca, ha establecido para ellas sus tardes de recibo;

y, lo que ella llama sus *tes*, es algo ignominioso, por la canalla lírica, que concurre a ellos;

las cocotas más inmundas se disputan el honor de estos *tes* en casa de *la Ricci* como la llaman;

¿a dónde ha ido a parar la gloria de mi nombre?

*
* *

Ha hecho su aparición, un *divo*, que nos presentaron la otra noche en *Kursaal Diana*.

Blanca, se aficiona a él terriblemente;

es un *flirt* ignominioso el de ese *divo* ambiguo, que tiene más el aire de un rufián, que de un cantante.

*
* *

Blanca quiere dedicarse al Teatro como cancionista;

y, me ha puesto el dilema imperativo: o la dejo seguir lo que ella llama su vocación, o se va como partiquina en una compañía de Opereta, que el *divo* organiza para llevar a Buenos Aires;

capitulo;

que sea cancionista;

pero, que no me deje;

que no se vaya con ese *divo* hermafrodita, que empieza a corromperla con su aliento.

*
* *

Dos grandes maestros para enseñarle las canciones; uno francés y otro italiano;

cuatro sesiones por día;

la vecindad se alarma;

tiene un oído de tumba, y una voz de cencerro;

pero, es tan bella;

ensaya actitudes tan provocativas, que de seguro triunfará en el Teatro;

de seguro que triunfará...

será una estrella pornográfica de primer orden...

¿de dónde ese fondo de canallería que vive en ella?

*
* *

¡ Cómo es de inexorable la *ley de herencia !...*
la afición de Blanca a los licores, toma proporciones alarmantes ;
el *morbus* paterno se desarrolla en ella, con una inexorabilidad científica fatal ;
casi no hay día que no se embriague...

*
* *

Mi casa se ha convertido en una especie de *foyer*, de *Music-Hall :*
hay un desfile permanente de artistas, y de cocotas, que vienen a ayudar a Blanca en sus ensayos, y, a prepararla lo mejor posible para su aparición en público :
—*Ça será épatant, mon cher, épatant*—me decía una artista de *varietés*, que hacía toda clase de *varietés*, sin ningún arte, y deshonraba la canción francesa destrozándola en un barrio de arrabal...
—Despampanante, chico, despampanante — me decía una española que enviada a Milán, para estudiar el *bel canto*, había fracasado por falta manifiesta de aptitudes, y, se había refugiado en la canción, como en la forma más aprovechable de la prostitución, y añadía— : Es una suerte loca la de esta chica ; nuestra suprema aspiración, es principiar por cancionistas, y, acabar por queridas de un viejo rico ; y, ésta ha empezado por donde todas queremos acabar ;
no la estrangulé para vengarme de los públicos de *Music-Hall*, condenándolos a oír por algún tiempo, los berridos pentagrámicos de esa vaca lírica.

*
* *

Se aproxima el día del *debut* de Blanca ;
dos mil liras, he debido pagar, al empresario que la *contrata*, para que pueda cantar en el ALCÁZAR ;
cinco mil liras para trajes, hechos en París, Torino, y Milano ;
y, una suma, casi igual para cronistas de diarios, que han de anunciar la aparición de la NUOVA *Stella*, en los cielos del Arte ;
he envilecido mi nombre de escritor, valiéndome de él para recomendarla a periodistas amigos, a quienes he sentado a mi mesa para presentarlos ;
ella está radiante de ventura ;
ha escogido por nombre de combate el de BIANCA STELLA.

*
* *

El *debut* de Blanca ha tenido lugar...
estrepitoso...
el Teatro, era apenas capaz para contener la *claque*, enviada y, pagada por nosotros ;
el *plafond* estuvo a punto de desplomarse al ruido de los aplausos a tres liras por persona ;
quinientas liras, en ramos y coronas ;
una apoteosis de mi bolsillo ;
los diarios fueron muy gentiles con ella, y todos hablaron de su hermosura, que efectivamente, era fascinadora ;
los otros, hablaron de su elegancia insuperable ;
y, auténtica sin duda, porque casi todos sus trajes habían venido directamente de París ;
la apoteosis delirante, se repitió todas las noches ; hasta aquella en que se suspendió el pago de la *claque ;*
ese día fué el fracaso ;

ha habido necesidad de emigrar para un teatro más modesto :

allí el público menos culto ha sido menos tolerante ;

y, heme aquí obligado a salir de Milán, e ir a las poblaciones pequeñas a llevarles la nueva estrella.

*

* *

Blanca principia a tener el *record* de la canción, no picaresca que eso sería aristocratizar mucho, el vocablo, ni aun canallesca siquiera, sino obscena ;

el *couplet* inmundo es su caballo de batalla ; y con él triunfa ;

la obscenidad de sus decires, no es superada sino por, la obscenidad de sus gestos y sus *deshabillés* paradisíacos que han llamado ya la atención de las autoridades ;

como es tan poderosamente, tan sujestivamente bella, hace furor en estos públicos de brutos en orgasmo ;

pero, los *Music-Halls* de cierta nombradía, no quieren ya de ella...

se ha encanallado mucho, para aparecer en otros escenarios, que no sean los de los teatros de suburbios.

*

* *

Blanca ha quedado sin contrata ;

para consolarse se embriaga ignominiosamente ;

quiere arrastrarme todas las noches a las grandes *brasseries*, y, a los salones de *varietés*, donde se reunen los noctámbulos y los *noceurs* ;

yo, la acompaño contra mi voluntad, porque me ha dicho que de no hacerlo así, irá sola...

su conducta en esos lugares es ignominiosa ;
supera por sus actitudes escandalosas a todas las demás artistas y cocotas de que se rodea.

*
* *

Hemos conocido un Empresario de Teatros mitad italiano, mitad gaucho, que quiere llevar a Blanca a la República Argentina ;
yo, me opongo a ello ;
este *Ménager*, me parece un *racoleur de femmes ;*
sí ; este falso Empresario es un reclutador de mujeres para las casas de prostitución de allende el mar...
y, ha puesto sus ojos sobre Blanca, es decir sobre mi corazón.

*
* *

Hoy he dicho a Blanca :
—Ese hombre no es un Empresario, es un rufián ; él no te llevará a ningún Teatro en Buenos Aires, sino a una casa de prostitución.
—Tanto da — me respondió friamente — y, luego añadió con un furor reconcentrado en la voz— : lo que yo deseo es ser libre, verme lejos de ti, lejos de tu tiranía...
y, al decir esto me miraba con odio. con un odio tan grande, que yo no hubiera sospechado jamás.

*
* *

Comprendo que Blanca ama al sucio proxeneta, que quiere embaucarla para llevársela a Buenos Aires, y, al cual he prohibido poner los pies en mi casa ;
sospecho que se ven en casa de Colette, una co-

cota parisiense, que, sin duda quiere partir también para América ;

prohibo a Blanca ir a esa casa ;

por toda respuesta me ríe en la faz, se pone el sombrero y, sale tarareando el *couplet* de una canción, injuriosa para mí...

*

* *

Blanca, no ha venido a cenar ;

la he esperado hasta media noche ;

salgo en su busca.

*

* *

He recorrido en vano todas las *brasseries*, los cafés, los *foyers* de teatros, los restaurantes de noche, todos los lugares de placer, donde se reune la gente alegre ;

no la he hallado en ninguno...

el alba me sorprendió en un café de la *Galería Vittorio*...

he regresado a casa, esperando que sea hora de poder ir en *Qüestura*, para denunciar la desaparición de Blanca, y, poder saber así, a dónde está, a dónde se la llevan...

cuando me preparo a salir, recibo una carta suya, en la cual me dice que parte para la Argentina, que no la siga ; que yo no tengo ningún derecho para detenerla, porque no soy ni su padre, ni su hermano, ni su pariente ; que huye de mí porque me detesta ; que escapa a mi tiranía, que no quiere saber nada de mí, que quiere ser libre lejos de mí porque : *la sombra de un viejo, como la del manzanillo enferma todo lo que cubre*...

ni una palabra de amor ;

ni una palabra de consuelo...

por todo adiós un insulto...
¿qué le he hecho yo?...
amarla... amarla con delirio... amarla hasta las lágrimas...
lloro... sí... lloro por ella...
¿a qué enmascarar mi infamia?
todo amor envilece...
y, envilecerse es la única gloria posible en el Amor.

*
* *

Renuncio a denunciar a la Policía la desaparición de *Bianca Stella;*
no tengo ningún derecho para perseguirla;
ella misma me lo dice;
y, tiene razón...
no tengo otro derecho que el de mi amor...; este pobre amor solo mío; mi amor mutilado por su ingratitud...
ese amor al cual no le queda sino una ala, y, no pudiendo volar se arrastra miserablemente tras de ella.

*
* *

Sí;
yo podría hacer detener a Blanca, y, a su acompañante, porque registrando mis papeles veo que me falta un fajo de billetes de banco, que tenía en mi escritorio;
poca cosa...
tres mil liras...
pero bastante, para hacerla detener y encarcelar...
¿yo? ¿yo, hacerla perseguir, hacerla aprisionar, causarle un dolor, hacerla verter una lágrima?...
no; no, no...

primero morir que torturar su corazón...
su ingrato corazón, por el cual sufro todas las torturas.

*
* *

He averiguado cuándo salen vapores para la Argentina y de qué puertos;
sale uno de Génova, otro de Marsella...
¿en cuál se embarcarán ellos?

*
* *

¡Ya lo sé! Ya lo sé;
parto con mi pasaje en el bolsillo para tomar el mismo vapor en que ella va;
yo, la salvaré;
yo, la arrebataré a las manos de ese miserable, que quiere explotarla;
el Amor me da fuerzas juveniles para ir en su seguimiento...
lo muy triste del Amor es que en él donde acaba el Idilio, principia la Tragedia;
y, yo, siento que entro violentamente en ella...

*
* *

Llego tarde...
el buque que lleva a Blanca ha partido esta mañana...
heme aquí condenado a esperar quince días la salida de un nuevo buque;
¿qué haré de mi tiempo?
¿qué haré de mi desesperación?

*
* *

Leo una noticia horrible ;
un submarino ha torpedeado en plena mar el buque en que iba Blanca ;
ciento ochenta ahogados...
los pocos sobrevivientes han sido recogidos por un buque que los desembarcará aquí ;
voy a las oficinas de la compañía naviera a tomar informes ;
en la lista de los sobrevivientes está la cancionista *Bianca Stella ;*
susulto de alegría ;
el inmundo individuo que la acompañaba ha perecido...
que los peces le sean piadosos, y sus huesos no vean el sol.

*
* *

¡ Cómo son largos estos días de espera !...
he estado a punto de caer enfermo de angustia.

*
* *

Hoy llegan los náufragos ;
voy a su encuentro.

*
* *

Blanca desembarca ;
no viene sola ;
un individuo de aspecto sospechoso la acompaña ;
ella, trae por todo equipaje, un maletín de mano ;
tiene el aire fatigado y sufriente ;

voy hacia ella ;
finge no haberme visto ;
le hablo ;
me acoge muy fríamente...
acepta mi hospitalidad, pero diciéndome :
—Por pocas horas, ¡ eh !... porque yo tengo un amigo entre los náufragos ;
sentía tan vehemente deseo de tenerla entre mis brazos y cubrirla de besos, que no dije nada ;
y, dormimos juntos ;
y, cuando esta mañana he despertado, ella había partido ;
no iba sola ;
la acompañaba mi cartera y, el dinero que había en ella.

*
* *

Hoy veo en un anuncio la reaparición de Bianca Stella en *el Fauno*, un cafetín para marineros, sito en una de las callejuelas más cercanas al puerto ;
voy allá ;
el ambiente es canallesco ; el aire irrespirable ;
hay un vocerío asordador ;
las artistas desde el escenario, apostrofan al público, que las corea ;
regurgita la bestialidad en los rostros y en las palabras ;
cuando Bianca Stella, sale a la escena, la aplauden con frenesí ;
viene casi desnuda y, canta los más obscenos *couplets*, con movimientos desopilantes de lascivia ;
se contorsiona, mueve las caderas en gestos de hacer enrojecer una estatua ;
en una de esas gesticulaciones saltó un agrafe de su corsé, y un pecho salió afuera...
uno de sus divinos pechos esculturales, por los cuales yo había enloquecido...
el público aplaudió furiosamente ;

ella reía a carcajadas...
vacilaba en la escena ;
se veía que estaba ebria ;
me apercibió en el único palco ocupado, donde ya mi indumentaria elegante había llamado la atención de aquel público mal oliente, y señalándome con el dedo me espetó una copla insultante, que terminaba diciendo :

aquel viejo con smoking,
me parece un Canguró

acentuaba la última palabra sin duda para las necesidades de la rima y llevando una de sus manos a la nariz me hizo el gesto insolente de Gavroche ;
todo el público volvió a mirar hacia el palco y río a costa mía ;
yo, soporté ese chaparrón de burlas, lleno de una enorme piedad por aquella que me insultaba ;
cuando terminada la función, las artistas bajaron al sucio tugurio, que hacía las veces de *foyer*, ella corrió a sentarse sobre las rodillas de su hombre, un golfo afeitado y con el cabello peinado a bucles, el cual emigraba de limpiabotas a Buenos Aires, y, se había salvado del naufragio ;
escapé de allí con el corazón transido de dolor.

*
* *

Hoy la he visto ; hace un momento, en un callejón sombrío donde el Destino me llevó ;
iba mal trajeada, sin sombrero, los cabellos en desorden y del brazo de su hombre ;
daba traspiés, ignominiosamente ebria ;
ambos me vieron ;
él quiso pararse y hacer el valiente, pero ella lo arrastró tirándolo del brazo ; y se alejaron riendo ;
el ruido soez de aquellas carcajadas, parece perseguirme hasta aquí y, no me deja dormir.

*
* *

Dicen los diarios de hoy, que la antigua cancionista Bianca Stella, ha sido arrestada, con otras gentes del mal vivir, comprometida en un robo de alhajas, hecho por el *Rizos*, chulo mal afamado, que le sirve de rufián ;

siento una gran piedad por esa desventurada criatura ; y voy a interesarme por ella ;

la traje aquí y durmió conmigo ;

esta mañana, aún en la cama, apoyando un codo sobre la almohada y sosteniendo con la mano su cabeza aún muy bella, me dijo, mirándome con un resplandor de odio en las pupilas :

—Si yo te hubiera matado anoche mientras dormías, ¡ qué sensación hoy en la ciudad ! ¡ ah ! cómo hubieran pregonado los vendedores de diarios : «La muerte de Conrado Ricci ; el gran escritor asesinado por su antigua querida.»

¡ qué reclamo para mí ; qué reclamo ! ; pero tú no tienes ni revólver, ni puñal, ni nada con que poder matarte...

y, así diciendo me miró con desprecio ; se vistió apresuradamente ; y salió ;

no ensayé detenerla ; dando gracias al cielo, de que amaestrado por el robo que me hizo el otro día, yo, había guardado al entrar mi dinero y, mi revóver, en una habitación vecina, bajo llave.

*
* *

Hoy, me ha dicho un camarero del Hotel, que la conoce por haberla oído cantar, y, haberla visto conmigo alguna vez :

—¿ Sabe usted dónde está la Bianca Stella ?

—No.

—Pues, en las Siete Puertas;
las Siete Puertas es el nombre de la casa de prostitución más asquerosa y, de más baja clase de toda la Ciudad.

*
* *

Llevado por los más viles designios, he ido a las Siete Puertas.
Blanca, no está ya allí;
ha sido expulsada por ebria y por escandalosa;
se dedica ahora a buscar hombres, en las callejuelas de los suburbios.

¿Qué maldito instinto me llevó anoche, hasta ese dédalo de callejuelas obscuras que desembocan en el puerto?
yo, no lo sé;
pero, ello es que al llegar al punto donde varias de esas callejas se bifurcan, para formar una plazoleta, en la cual las palmeras hacen sombra hospitalaria sobre los bancos de piedra, oí los acentos de una disputa;
tres marineros ebrios, discutían con una mujer, y, se veía que después de haber usado de ella, la brutalizaban por no pagarle;
me acerqué al grupo;
la mujer, prendida al cuello de uno de los hombres, pugnaba por detenerlo;
éste, se desprendió de ella, la arrojó por tierra y, se encarnizó en darle puntapiés;
me interpuse para defender a aquella infeliz;
los marineros hicieron frente;
uno de ellos estaba armado y, disparó, sin duda al aire para amedrentarme;

asustados de su propio disparo, echaron a correr hacia el puerto ;

eran marineros de uno de los buques de guerra, allí anclados ;

me acerqué a la mujer, que estaba tendida en tierra, y, tan ebria que apenas pudo balbucear al verme :

—¿Tú también? ¿tú también quieres? ven — y, ensayó levantar sus ropas, medio rotas en la lucha ;

la alcé del suelo, y la miré en la faz ;

era Blanca ;

ella también me reconoció, y me rechazó brutalmente diciendo :

—Contigo no ; contigo no...

y, me cubrió de improperios ;

entonces, la traje hacia mí :

apoye el cañón de mi revólver entre sus dos cejas ; y disparé ;

murió sin quejarse ;

la acosté sobre el banco y, me alejé, porque sentí que llegaba gente ;

me escondí entre un grupo de palmeras ;

los que llegaban, eran carabineros del puerto, que traían presos a los tres marineros que huían ;

el ruido del disparo los había hecho acudir, y habían topado de manos a boca, con los marinos que corrían ;

el que tenía el revólver temblaba ;

al ver muerta la mujer se cubrió el rostro con la mano.

—Cobarde — dijo el jefe de los carabineros—, matar a una mujer...

me alejé de allí, y, me perdí en las tinieblas de las calles adyacentes.

*

* *

Hoy los vendedores de periódicos vocean : *¡El crimen del Puerto! ¡Una mujer asesinada!*

y, los diarios relatan el asesinato de una prostituta ejecutado por un marinero del vapor *Kastel*, anclado en el puerto;

como la ciudad está en estado de guerra, el marinero ha sido sometido a Consejo de guerra sumarísimo y si es condenado será ejecutado a las veinticuatro horas de dictada la sentencia...

un escalofrío recorre todo mi cuerpo.

*
* *

Han sido éstos, días de terrible expectación;

el marinero ha sido condenado a muerte, y será ejecutado al aclarar el alba de mañana.

*
* *

Leo en los diarios que al amanecer de hoy, a bordo del *Kastel*, ha sido fusilado el asesino de Bianca Stella;

¡qué alegría tan grande me posee!...

me siento absolutamente feliz...

el cielo me parece más bello, y la tierra más habitable...

puedo decir con el Poeta:

hoy el cielo y la tierra me sonríen;
hoy creo en Dios.

SABINA

SABINA

En el atardecer delicioso, la Ciudad mágica y latina, se envolvía en la niebla vespertina, que tenía tonalidades armoniosas de ámbar y, de cobalto;

diseñábanse en lo alto de los cielos repletos de crepúsculos, como grandes corpúsculos erráticos, los ópalos cabalísticos de las estrellas;

las nubes, de una blancura de poliargita, resplandeciente, como la del hielo impoluto, se teñían de una orla carmesí, que parecía enredada, en los rosales invisibles de un jardín misterioso oculto tras el valladar de las tinieblas;

la Noche, insaciable, se aprestaba a devorar el cadáver del Sol, arrojado hecho cenizas, al columbario inmenso de su seno;

la grande Urbe, inquieta y tumultuosa, rumoreaba, como la mar apacible y azul, que se domina a sus pies, resplandeciente, con la caricia de los lejanos astros que surgían;

la calle populosa, sobre la cual el arbolado daba cariñosa sombra hospitalaria, semejaba el cauce de

un río apenas perceptible desde el alto balcón, sobre cuyo barandaje inclinada, Sabina Cortés avizoraba con ansiedad;

la mansedumbre de los cielos hacía uno como ámbito de oro a la belleza de su rostro, que era como una aparición pictórica en ese fondo fúlgido de visión y colorido;

el apasionado candor de la tarde, se reflejaba, en la fayenza de sus ojos tristes, que interrogaban las lejanías con una inquietud creciente y dolorosa;

se diría que su ansiedad se difundía en el crepúsculo como un hálito febril;

la armonía perfecta de su busto, que sobresalía, casi todo, del barandal, se destacaba con los lineamientos inmutables de un bello torso fidiano pronto a derrumbarse de una columna vencida, en la frágil claridad de la hora evanescente;

la llama viva de sus ojos, parecía querer violar el corazón de las tinieblas, interrogando la densidad del horizonte;

insensible al encanto de la hora su rostro no reflejaba sino ansiedad, una ansiedad creciente y, torturadora, que extendía sobre él, una sombra de pena;

a cada momento se inclinaba más hacia afuera, como si fuese a precipitarse, desvanecida y atraída por el olor acre y capcioso que subía de los árboles y se mezclaba al de los jazmines recién abiertos, en los maceteros de mayólica que ornaban el balcón, y, en los cuales abrían el orgulloso esplendor de su belleza naciente;

abajo, como astrágalos de oro extendidos a lo largo de las aceras y contorneando la gran plaza lejana, los fanales de luz eléctrica alumbrados por manos invisibles, fueron apareciendo uno a uno, arrojando su claridad oscilaciones inquietantes, sobre las tinieblas cenagosas de la calle de la cual se alzaba uno como vago rumor fluvial;

fatigada de mirar sobre ese estuario de sombras,

con riberas áureas y en el cual nada alcanzaba a ver, la joven se retiró del balcón y entrando a la sala se dejó caer como desfallecida en un sillón de terciopelo, viejo estilo, el cual acusaba aún en su decrepitud, restos de antigua opulencia, y, enlazó sobre el seno el marfil maravilloso de sus manos, en un violento gesto de inenarrable angustia ;

en ese interior el crepúsculo borraba y fundía los contornos de los objetos, como si se inmergiesen lentamente en el fondo de una agua tranquila y diáfana de un azul hidratado de asperolita ;

en ese pequeño salón, un viejo y solemne mobiliario en seda escarlata, con grandes molduras que habían sido doradas, atestiguaba días de antigua riqueza y aparecía extraño en aquella morada estrecha, y como triste de mirarse en el gran espejo que sobre la consola alzaba su cristal enorme, coronado por dos pámpanos de crisocalco, a los cuales el tiempo al desteñirlos había dado un extraño color de moscateles en Octubre ;

sobre el sofá y pendiente del muro, el retrato del viejo Coronel Aníbal Cortés, rígido y marcial, cubierto el pecho de dorados y de cruces parecía contemplar desesperado la ruina de los suyos y la ansiedad creciente de su hija, que no acertaba a estar quieta, vagando angustiada del sillón al balcón y de aquél a éste ;

esperaba a su madre, que había salido poco después del mediodía para llevar a una Oficina de Informaciones varias copias dactilográficas, que ella había terminado en la mañana, en esa misma máquina que estaba al alcance de su mano y sobre la mesa de la cual, otras copias inconclusas atestiguaban su labor.

Sabina Cortés tenía veinte años ;

y, era bella ; de esa belleza imponente y severa, tan querida al Arte veneciano en los tiempos gloriosos de aquel demiurgo de la color que fué : *Jacopo Robusti* ;

reproducción de un lienzo suyo parecía ;

alta y delgada, de esa delgadez esbelta y fuerte que fué como la característica pictural del grupo de pintores rossettistas, y que culminó en el pincel eminentemente intelectual de George Frederick Watts ;

viéndola, se pensaba involuntariamente en aquella *Esperanza*, ciega y desfallecida sobre el planeta, y en la cual el gran artista simbolizante intentó expresar lo Inexpresable ;

grandes ojos ambarados, unos ojos de crepúsculos, con misterios de paludes en un bosque ecuatorial ;

el zarzal de las pestañas los hacía más obscuros, más profundos, cual guardando en sus cristales un Enigma Espiritual ;

palidez de rosas tristes con tersuras de magnolia, en el rostro grave y, serio, cual velado por las alas de un Ensueño ;

boca grande y desdeñosa, como ajena a las sonrisas ; cauce estrecho y sinuoso de un torrente de tristezas ;

cabellera de un color de heno seco, sin reflejos ;

la anudaba en moda griega hacia la nuca ;

lo cual daba a sus facciones el relieve de un perfil estatuario ;

grandes manos, largas, diáfanas, como lirios acuáticos ; manos hechas para encanto de un laudista ; se agitaban muy nerviosas en esa hora de inquietud ;

vestía muy sencilla : una bata azul obscuro, cuya tela modelaba el encanto irrevelado de su cuerpo escultural ;

era la hija única de un valiente militar quimérico y soñador, que enamorado de la política había sacrificado su carrera en los vaivenes de ella y, después de renunciar todos sus títulos y mercedes, se había dado con pasión a los negocios ;

demasiado honrado y demasiado generoso, había

fracasado en ellos, perdiendo por completo su fortuna, y la de su mujer, que eran cuantiosas ;

no resignándose al desastre, emigró a una colonia lejana, con la esperanza de restaurar por el trabajo su riqueza desaparecida ;

murió en el intento, sin realizarlo ;

una fiebre palúdica lo mató ;

mientras vivió su mujer y su hija, recibían, periódica y puntualmente, una cuantiosa pensión que él les enviaba ;

pero, muerto hacía ya dos años, la pobreza había tocado con su mano descarnada al hogar de las dos mujeres desvalidas, privadas de todo recurso, y, había entrado y se había instalado en él, como soberana.

Sabina y su madre habían hecho esfuerzos inauditos para alejar aquel huésped incómodo y cruel ;

esos esfuerzos heroicos habían sido estériles y, no habían logrado sino prolongar inútilmente una lucha, en la cual eran cada día más vencidas ;

lentamente, y como tragado por un abismo insaciable, fueron desapareciendo por venta o por empeño, sus joyas, sus vajillas de plata, su cristalería, sus pieles de abrigo, sus telas y aun sus trajes suntuosos ; todo lo que significaba lujo, desapareció ;

y, bien pronto desapareció también lo que significaba comodidad ;

no pudiendo pagar la renta del gran piso que ocupaban en una de las avenidas más céntricas de la ciudad, vendieron gran parte de su mobiliario y con los restos de él se redujeron a ese pequeño apartamento, en el quinto piso de una modesta casa, situada en una calle popular, y, el cual pagaban con el trabajo de Sabina ;

ésta, que había soñado al principio ganar su vida dando lecciones de piano, que tocaba a maravilla, tuvo que renunciar a ese intento, viendo la exigüedad de los precios con que pagaban su tra-

bajo, y, siguiendo el consejo de un viejo amigo de su padre aprendió la Mecanografía, y, perfeccionando sus conocimientos de francés, se dedicó a esta profesión ;

para ello, vendió su piano, y compró una magnífica máquina de escribir, último modelo ;

trabajaba para grandes casas comerciales en su propio domicilio, y sólo muy raras veces iba a trabajar a las oficinas de otros ;

así vivían escasamente, una vida de privaciones y de pobreza silenciosa, en la cual se agotaba su belleza como una flor ;

esa belleza espléndida, estorbaba más que ayudaba su profesión, porque le impedía trabajar en ciertas oficinas donde se le llamaba con urgencia, pero en las cuales era objeto de asiduidades peligrosas ;

esa mañana, había acabado unas copias urgentes, para una casa importante y, su madre había salido para llevarlas ;

y, era ya tan tarde y no regresaba ;

volvió a asomarse al balcón, inquieta, llena de un sobresalto mortal ;

había anochecido por completo ;

como una ronda de coleópteros luminosos, los focos de luz brillaban en las tinieblas... ;

claridades azulinas e intermitentes, hacían a trechos estanques diafanizados donde temblaban las antenas de libélulas extraviadas...

desde arriba no se veía nada en ese triunfo absoluto de la sombra ;

una palidez fosforescente de pantano se extendía entre el balcón y la calle haciendo inútil todo esfuerzo de visión ;

cansada de explorar en vano, el horizonte, cerró el balcón, hizo luz en su aposento y pensó en vestirse, para ir en busca de su madre ;

¿a dónde iría?

después de su ruina ellas no tenían casi amistades;

tenían algunos parientes del lado paterno a los cuales trataban muy poco, y su madre no los visitaba nunca;

¿a dónde habría ido su madre?

llena de una angustia inabarcable, juntó las primorosas flores de sus manos y dobló las rodillas, ante la imagen de una Virgen, que ella tenía en devoción;

y, oró con fervor;

el sonido del timbre la sacó de este letargo piadoso;

fué a abrir;

los porteros con faces desoladas y, dos camilleros de la Cruz Roja, aparecieron ante ella, trayendo en brazos a su madre, perdido el conocimiento y pálida como una muerta;

había caído de un tranvía al descender, y enganchada del traje había sido arrastrada largo trecho;

libertada y recogida por los pasantes, había sido llevada a la Casa de Socorro más inmediata, donde se le había hecho la primera cura;

tenía el rostro lacerado y la pierna derecha rota en varias partes;

a la vista de su madre cubierta de vendajes y, de sangre, Sabina estuvo a punto de desfallecer;

la arrebató de brazos de los camilleros, y con fuerzas sobrehumanas, la llevó en los suyos hasta el lecho;

allí, palpándola y tocándola como enloquecida, la gritaba:

—¡ Mamá ! Mamá querida...

doña Zoila no respondía...

tenía los ojos cerrados y el cuerpo inerte;

pronto su hija la desvistió ayudada por la portera y la metió bajo las ropas del lecho...;

enloquecida la llamaba:

—¡ Mamá ! ¡ Mamá !...

su voz era triste como la de un niño perdido en la noche ;

doña Zoila abrió muy lentamente los ojos, pesados de brumas, por el efecto del narcótico que le habían aplicado al hacerle la cura, y sonrió tristemente a su hija, como si oyese sus voces lejanas, muy lejanas, como en el fondo de un río muy profundo...

y, ella continuaba en gritarle, ahora más paso :

—¡ Máma ! ¡ Mamá ! — como temiendo despertarla, besándola en el rostro ensangrentado, y, buscándola los labios, con el tesón de un niño que busca el seno materno ;

la enferma comenzó a quejarse tenazmente ;

el portero, que había ido en busca del médico más cercano de la vecindad, volvió con él ;

éste no hizo sino confirmar el diagnóstico que al decir de los camilleros, habían dado los de la Casa de Socorro : la pierna había sido rota por varias partes ;

era precisa la ayuda de un practicante experto para encauzar la sutura del hueso, y enyesar el miembro roto para reducirlo a la inmovilidad ;

fueron al vecino Hospital a buscar uno y lo hallaron por casualidad ;

cuando llegó a aquella casa de la desolación, doña Zoila, que había recobrado el conocimiento, llenaba el aire con sus terribles alaridos ;

los grandes gritos de la anciana inspiraban piedad, pero más piedad inspiraba el silencio doloroso de su hija ;

tan pálida como su madre, los ojos tristes entenebrecidos por el llanto, el rostro en desolación superando su dolor, ayudaba a los profesores con manos sabias, que temblaban al tocar las carnes de la enferma, como si tocasen su propio corazón puesto al desnudo ;

la operación de sutura y moldaje, aunque incom-

pleta, por falta de elementos, fué larga y durante ella doña Zoila se desmayó dos veces, en los brazos de su hija ;

terminada la operación y partido los profesores, Sabina quedó sola, de rodillas al pie del lecho de su madre, a quien los narcóticos habían vuelto a sumir en estupefacción ;

y, allí veló, hasta que vencida al fin, rodó desmayada al suelo, cuando ya el alba despuntaba sobre los cielos lejanos que tenían la enfermiza palidez de un ópalo fatal.

*

El cubil de una alimaña, no la cueva de una fiera, se diría, la estancia sórdida y triste, a la cual muy escasa luz entraba a través de los barrotes y los vidrios empañados de una lumbrera muy alta, con aspecto celular;

tenía visos de oficina por el sucio mobiliario que allí había y que a emporcarla, más que a ornarla parecía concurrir;

largos bancos rectilíneos cerca al muro, para gentes expectantes;

una valla de madera y en ella dos estrechas ventanillas con cristales corredizos;

tras de una de ellas, asomaba el rostro huraño, rostro de ave carnicera y rapaz, un hombre, torvo y sucio, semejando una lechuza en un nicho sepulcral;

varias gentes, casi todas de un aspecto miserable, hacían cola, esperando llegar al ventanal;

allí exhibían el objeto que llevaban, discutían con el hombre rudo y cruel que allí había, y, vencidos al fin, dejaban la prenda, y tomaban el dinero, que la gana del hurón, les entregaba;

de súbito, aquel templo de la usura, pareció ilu-

minarse, como por un resplandor de sol entrado en una tumba;

una dama, elegantemente vestida, entró presurosa y azorada, seguida de un faquín, el cual llevaba en hombros un objeto;

vióla un dependiente y salió obsequioso y, taimado a recibirla;

conocíala sin duda, y, en grande estima en la casa habrían de tenerla, según las zalemas y genufluxiones que ante ella hizo;

alzó la cortina, que cubría la puerta de una estancia vecina, e invitóla a entrar en ella;

pretensiones de salón tenía aquel tugurio que sin duda la dama conocía;

entró en él seguida del faquín, que puso el objeto en el suelo y se retiró, después de pagado su servicio;

el señor Joaquín, el prestamista, avisado por su fámulo, dejó la ventanilla en que despachaba, y, vino presuroso y obsequioso a recibir la visitante;

se inclinó ante ella, como no lo hacía ante nadie, desarrugado el ceño, amable el rostro que había perdido su adustez sombría, y con los ojos lipitosos, más que con la boca sucia y desdentada, la interrogó sobre el objeto de su visita;

lo sabía bien, porque Sabina Cortés, que era la dama allí presente, había estado otras veces, y no pocas, en su casa, para llevar sus vajillas, sus joyas y aun sus trajes a empeñar;

todo lo que su madre y, ella poseían, estaba en poder del usurero abominable;

esta vez, era su máquina de escribir la que traía, una *Smith-Premier*, multicopista admirable;

la enfermedad de su madre, requería grandes cuidados y muchos gastos, y, antes que dejarla ir al Hospital, como seres sin entrañas le aconsejaban, se disponía a empeñarlo todo, a venderlo todo, para cuidarla y para salvarla;

se desprendía de la máquina con la cual ganaba

su vida, para salvar la de su madre ; y lo hacía con el mismo dolor con que un violinista ciego y mendigo, llevara a piñorar el violín con que en las noches hiemales conmoviera el corazón de los pasantes ;

con un gesto lento y triste, ella descubrió la máquina, cautamente, cuidadosamente, como si tocase una cosa viva y amada que temiese lastimar ;

una lágrima dolorosa, rodó de sus ojos hasta sus manos enguantadas, y, el llanto pareció prismatizar su belleza, dándole un vago esplendor de misterio doloroso :

el señor Joaquín, retrocedió ante el precioso objeto, diciendo :

—¿Cómo! ; ¡su máquina! ;... ¿y, con qué va usted a trabajar ahora?...

la deliciosa y, suave criatura, no acertaba a responder al principio, pero dominándose, contó al usurero su terrible situación, el accidente acaecido a su madre y los enormes gastos que eso le ocasionaba ;

contando sus dolores su belleza indemne parecía tomar de la angustia un nuevo prestigio, que la hacía como inmaterial y augusta ;

la faz terrosa y torva del prestamista se hizo triste ; sus manos tendidas automáticamente hacia la máquina se retiraron ; sus ojos de halcón perdieron su siniestro brillo de codicia, y, como deslumbrados por el maravillamiento de tanto Dolor y tanta Belleza, se hicieron tiernos, casi prontos a llorar.

Sabina Cortés, era el único ser que tenía el privilegio de conmover aquel corazón litógeno que parecía hecho de cemento armado ;

desde el primer día en que la joven había venido a su tugurio infecto, se había sentido conmovido ante tanta belleza ; perplejo ante aquella mutación de su carácter, no había sabido sino admirar ; y, cada vez, que la miseria, y, en ciertos días el hambre, llevaba allí la joven desesperada, a él

le parecía que un hálito de rosas entraba hasta su cubil y, un sol que no conocía lo iluminaba;

no negaba nunca a la joven aquello que le pedía y ese día fué especialmente generoso dándole casi el total del valor de la máquina:

—Yo, se la guardaré — dijo con una voz tímida, que nadie la conocía—; y, entregando el dinero añadió mil consejos y recetas para las luxaciones y quebraduras de los huesos...

Sabina, lo oía agradecida;

en su soledad y, en su abandono, toda voz de consuelo era grata a su corazón;

el usurero la acompañó hasta la puerta viéndola desaparecer por la escalera sucia y tortuosa, con la tristeza de un buho, que ve en la noche naciente las alas blancas de una paloma retardataria que se aleja;

cuando Sabina se halló de nuevo en la calle, le pareció renacer bajo la suave caricia de la luz y, aspiró con placer la brisa tibia que traía perfumes de las arboledas cercanas, y, contempló con fruición la gloria cupular del cielo, en cuya diafanidad azul erraban nubes áureas, como estrellas aladas que viniesen a besar su belleza de mármol jonio, que tenía la cadencia de un ritmo suave...;

y, miró con amor el Sol, que en el azul profundo, semejaba un espolón de oro perdido en el Espacio.

*

Caminaban los dos, el uno al lado del otro, sin hablarse, como perdidos en la claridad armoniosa de la tarde, que hacía del Parque de la Ciudad, fatigado de calores, algo como un lago melodioso y, umbrío, sobre cuyos mirajes violescentes el vellón armiñado de las nubes semejaba el vuelo lento de una migración de garzas marinas buscando la ribera ;

un ritmo de ensueño acariciaba el terciopelo de las hojas que la luz occidua anaranjada produciendo una suave música en el estremecimiento de los ramajes, que parecían alacordes ;

el misterioso atractivo de la hora la hacía deliciosa, llena de un deliquio de voluptuosidad extraño y, turbador.

Sabina se detenía por momentos contemplando melancólica, la oscilación de los arbustos adolescentes, que alineados en filas a los lados del sendero, parecían por su gracia efébica, pajes púberes, esperando para escoltarlas, el paso de dogaresas tardas en llegar ; y, permanecía inmóvil, como si temiese abandonar la sombra que le daban los gran-

des árboles de la Avenida, y entrar en la intemperie de luz que se extendía al frente y en la cual las fuentes monumentales, cantaban la canción metálica de su espejo bruñido y frío, sobre el cual flotaban los pétalos marchitos, recién caídos de los rosales que aun temblaban ;

una luz violácea afelpaba el horizonte, hacia el lado del mar muy cercano, cuyas olas se veían romperse en espumas contra el dique que limitaba el jardín, sembrando de líquenes de cristal los parterres florecidos ;

el vuelo de las golondrinas era como una música más sobre el agua turbia de las olas que a distancia tomaban sinuosidades siniestras ;

niños juguetones mezclaban sus gritos al triscar de los pájaros que huían para refugiarse en las copas de los árboles que la tarde muriente hacía irreales, como cubiertas de un polvo impalpable de oro y de cenizas ;

ambos callaban, como si el encantamiento litúrgico de la hora los hiciese mudos, cual si temiesen el momento de la palabra y quisiesen encadenarla, porque sabían que había de serles fatal.

Eduardo Armenteros y Matiz, era un joven alto, delgado, bien apersonado de sí y, a quien el uso constante del uniforme militar daba esbelteces elegantes ;

tipo mediterráneo de un moreno pálido como de árabe levantino, con grandes ojos negros imperiosos que aparecían agrandados y desmesurados por las enormes ojeras, que una vida desarreglada de soltero extendía en torno de ellos ; muy escaso el bigote de guías pretenciosamente engomadas a estilo kaiseriano ; bajo ellas apenas visibles los labios pálidos de una boca incisiva y cruel ;

vestía en civil traje de color gris y tela ligera como convenía a ese fin de primavera, en que el estío se anunciaba con una caricia ardiente propia

de esa zona que el mar latino baña de efluvios cálidos y sensuales ;

pariente muy cercano de Sabina, por ser hijo de una prima hermana de su madre, había crecido en su intimidad, y, se habían amado desde jóvenes, cuando él vino de su lejana ciudad natal a principiar sus estudios militares bajo la dirección del Coronel Cortés ;

este amor había sobrevivido a la catástrofe política y financiera que llevó al noble jefe al ostracismo voluntario y a la muerte ;

cuando ésta sobrevino, Eduardo Armenteros, era ya Teniente, y, esperaba un próximo ascenso ;

en medio del horrible derrumbamiento de cosas en que ella había caído envuelta, ese amor había sido para Sabina, su único consuelo, la única cosa amable y amada, que le quedaba en su naufragio ;

y la pobre criatura se había abrazado a ese amor, con una fe profunda en el hombre que lo inspiraba, mecida por la melodía de las palabras inolvidables que le habían sido dichas ; su boca virgen de todo beso, se tendía sitibunda hacia las linfas de esa fuente ; que había de saciar su sed de ventura sobre la tierra ;

pero, hacía días, y, lentamente una nube gris que amenazaba hacerse negra, se había levantado y se interponía, entre el sol de su amor y su corazón.

Eduardo Armenteros, se alejaba poco a poco de ella, espaciaba sus visitas, y con futiles pretextos, no la acompañaba ya de tarde en sus paseos soñadores por el parque florecido : y, vagos rumores le habían llegado de otra pasión naciente en su joven prometido ;

para hablar de todo eso, y, no queriendo recibirlo en su casa, donde la enfermedad de su madre la hacía casi solitaria, se habían dado cita en el jardín maravilloso, que el mar cercano llenaba con el prestigio armonioso de la inmensidad ;

llegados a la extremidad de la Avenida, los dos quedaron inmóviles, como si la sombra cariñosa de los árboles les fuese tan querida y necesaria, que no se atreviesen a separarse de ella ;

él la tomó suavemente por la mano, dirigiéndose hacia un banco cercano, que el último árbol protegía con su ramaje dócil, y se sentaron allí ;

la estatua de un Héroe, que en la intemperie de la rotonda escampada mostraba con su espada el camino de la Victoria a huestes invisibles, era testigo mudo de aquella escena, en la cual palpitaba oculto el corazón de un drama ;

ella, quedó distraída, como si la voz de las aguas cercanas, le murmurase reminiscencias de otros dulces crepúsculos, pasados bajo el esplendor bermejo de los soles moribundos, en ese mismo jardín, cerca a ese mismo mar, oyendo murmurar cosas de amor a ese mismo hombre, en cuya boca muda parecía ahora anidarse la víbora fatal de la traición.

el silencio parecía pesarles a ambos como la piedra de una tumba ;

él, fué el primero en romperlo, y, como reanudando un diálogo interrumpido, dijo con una voz suave, en la cual temblaba un resto de emoción :

—Y ¿opinan los médicos que ha de ser larga la enfermedad?

—Larga... y lo que es más cruel aún ; temen que haya necesidad de una operación quirúrgica ; tal vez cortar la pierna — dijo la joven, con un acento en que vibraba toda la angustia de su corazón, como si viese ya ante ella el miembro muerto, desprendido del cuerpo de su madre ;

estaba pálida, tan pálida que su tez podía confundirse con la blancura del cuello que adornaba su traje de un color crema evanescente, que la hacía aparecer como una estatua de marfil bajo los ramajes fastuosos que le hacían dosel ;

esperaba un acento de esperanza, una palabra de aliento y de consuelo de aquel que había sido

el amor de su vida... ; y, calló, en un gesto de vencimiento que pedía ser consolado :

—Es bien triste, que estas cosas nos sucedan en el momento más angustioso y decisivo de mi carrera, cuando este nuevo Decreto del Gobierno viene a sembrar el desconcierto y el dolor, en la vida de muchos de nosotros — dijo Eduardo sin alzar los ojos, que tenía fijos en el suelo, donde trazaba con el extremo de la caña de su bastón signos caprichosos.

—¿Qué Decreto? — dijo ella como haciendo violencia a su corazón, que hubiera preferido callar, a saber nuevas desgracias que presentía ;

él, vaciló en responder, como si temiese el dilaceramiento brutal, que sus palabras iban a hacer en aquel corazón que todos los dolores habían escogido como presa, y, cual si venciese su propio espanto, dijo :

—Un decreto semejante al que rige en otros países tendente a proteger la dignidad de la clase militar, y, por el cual se prohibe a los jefes y oficiales contraer matrimonio con mujeres que no tengan una dote cuya renta equivalga cuando menos a la cuantía del sueldo que ellos perciben ; así, es necesario que yo rompa mi carrera, que renuncie a ella y, me busque una colocación que me permita ganar lo suficiente para cumplir mis compromisos contigo ; ya he escrito a mi hermano Juan que es empleado en una casa de Seguros, para que me busque un empleo en ella.

—No, no — dijo ella con un acento de orgullosa resolución en la voz— ; eso nunca, yo no seré la causa de la ruina de tus aspiraciones ; no será por mí, que sacrifiques el porvenir brillante que te espera ; eso... jamás ;

él, la miró asombrado, vacilante entre la admiración y la gratitud, y cual si no se sintiese digno de aquel gran sacrificio que en el fondo de su egoís-

mo bendecía, dijo ocultando mal su alegría y, llevando adelante su comedia sentimental:

—Mi deber antes que todo; yo, te he dado mi palabra, y debo cumplirla.

—Te la devuelvo — dijo ella con una voz imperativa, como si le arrojase al rostro una cosa despreciable, y, dominando su corazón humillado, que había oído sonar la palabra *deber* y no *amor*, en los labios hasta entonces tan amados calló;

él, la miró, asombrado de no encontrar en su rostro ninguna expresión de violencia, ni en su voz ningún temblor de cólera, y, como si no pudiese defenderse del sentimiento egoísta que lo dominaba murmuró débilmente:

—Eso no puede ser; tú estás sola en el mundo, y yo debo protegerte.

—No; yo no estoy sola en el mundo, pues tengo aún a mi madre; un corazón como el mío, no necesita protección sino amor — dijo ella vivamente;

y cual si hubiese sentido de súbito derrumbarse en su corazón la vieja idolatría y, el viejo ídolo, y, crecer en su lugar un acre desprecio contra ellos, añadió, como si hablase consigo misma:

—Sólo el amor es necesario al alma; lo demás todo es despreciable.

—Pues bien, mi amor — dijo él, con voz insegura—, me marca ese deber.

—¿Tu amor? — dijo ella, que sentía la falsedad de la palabra temblar en los labios fementidos, y, añadió con una sonrisa triste, desbordante de desprecio— : ese amor no puede exigir el sacrificio de tu carrera; al menos, yo, no acepto, y, no aceptaré nunca eso;

y. poniéndose de pie, ajustó sus guantes con un gesto de elegancia suprema y, dijo al joven, sin tenderle la mano para despedirse:

—Adiós; es hora de entrar en casa; mi madre me espera;

y, volvió la espalda, y se alejó;
él, quiso detenerla, balbuceó frases vagas e insinceras, a las cuales ella no prestó atención alguna y continuó en marcha grave y calmada, hasta perderse en los laberintos de la arboleda, como en el fondo de un paisaje al agua fuerte en el cual las más puras líneas del dibujo eran las de su figura grácil y bella, que parecía diluída en el horizonte y, lentamente fundida en la púrpura del Sol;
él, quedó en pie, inmóvil, viéndola alejarse indignada, no sin el gérmen de una gran tristeza en el alma, y, la hubiera seguido para detenerla, si no hubiera sido la hora, en la cual, en el Gran Paseo, sito en el corazón de la ciudad, principiaba el desfile de carruajes, y, las familias aristocráticas y, se daban *rendez-vous*, en las sillas de las aceras, donde celebraban tertulias, en una de las cuales, Sara Blum, la joven y bella viuda norteamericana, que cortejaba hacía meses, lo esperaba;
detuvo el primer coche que pasaba y dió al cochero la dirección del Paseo;
al finir el Parque ya cerca a las puertas monumentales alcanzó a ver a Sabina Cortés que marchaba erguida, indiferente a las cosas que la rodeaban, y a la admiración que despertaba a su paso, llenando los parajes con el prestigio de su belleza, ante la cual la ancha zona de luz contabescente, parecía palidecer y, morir...
y, sintió algo muy bello y muy triste rodar en su corazón, como una avalancha de rosas blancas bajo un reflejo lunar.

*

En la sombra opalescente de la cámara surgían los severos lineamientos de gran lecho; un lecho enorme, viejo estilo patriarcal;

la figura de la enferma diseñaba exiguas formas y, mostraba sus mortales palideces en la albura de las ropas de ese lecho semejante a un sepulcro de mármol en el cual, ella yaciente estuviera en las formas de una estatua;

el conmovio vacilante de la luz y las tinieblas se hacía lácteo al reflejo intermediario del gran globo de alabastro de la lámpara que daba un exiguo resplandor;

amarillo un Cristo gótico, semejando ser de cera extendía sus brazos rígidos cual tentáculos arácnidos, sobre el muro, dominante del gran lecho familiar;

los objetos parecían como ahogados en esa ola suave y quieta de indecisa claridad;

en la gran calma se oía respirar la enferma;

doña Zoila reposaba, más que dormida, aletargada, después de la cura que en la tarde un practicante le había hecho;

su hija al lado la velaba, solitaria en el silencio, supliciada por la angustia ; reteniendo entre las suyas una mano maternal, miserable mano escuálida, que ya muerta parecía, una pobre cosa inerte, de imposible acalorar ;

a intervalos un singulto estremecía el cuerpo enfermo ; el sopor se interrumpía por la fuerza del dolor y, un gemido se escapaba de los labios de la madre ;

su hija entonces se inclinaba sobre ella, la interrogaba suavemente, la limpiaba del sudor y en la frente la besaba ; y, la enferma vuelta al sueño, la joven continuaba su vigilia... ; y era larga esa vigilia, ¡ cuántas noches sin dormir !...

no podía pagar una enfermera sino durante las horas del día mientras ella trabajaba ; en las noches, la enfermera pedía el doble por velar ;

sus recursos se agotaban en la lucha por salvar a su madre, por no dejarla llevar al Hospital ;

vendida su máquina sus ganancias habían mermado enormemente ; es verdad, que mediante un anuncio en los periódicos había conseguido una colocación, en las oficinas de un prestigioso Abogado, que a los pocos días de su ingreso, encantado de su trabajo la había llevado a su despacho particular, encargándola de su correspondencia con el extranjero, pero, lo que allí ganaba apenas le bastaba para el pago de la enfermera ;

para la alimentación de su madre, que era muy costosa por lo escogida, para los reconstituyentes, para las medicinas, necesitaba dinero y, para eso había vendido lo último que le quedaba : sus muebles ; los traperos se habían llevado a un precio vil, el salón venerable, cuyo espejo al desprenderse del muro para abandonar la casa, parecía llevar en su luna empañecida el reflejo de todos los esplendores pasados de la raza ; otros prenderos se llevaron el comedor, y su dormitorio de tal manera, que ella dormía sobre un colchón tendido

en tierra; en el salón vacío, en cuyos muros escuetos quedaba solo, el retrato del Coronel Cortés, mirando la lenta invasión de la miseria que devoraba a su hija;

de sus trajes, no conservaba sino aquel con el cual concurría a la Oficina donde era preciso presentarse de la mejor manera;

y pensando en la Oficina, no podía dejar de pensar en el Abogado, cuyas asiduidades empezaban a inquietarla desagradablemente; mientras trabajaba sus ojos extrañamente brillantes no dejaban de mirarla: su voz cuando le hablaba era cálida y turbada; cuando se inclinaba hacia ella, para ver las copias que hacía, su aliento parecía quemarle la nuca donde temblaban rizos solitarios de su cabellera tumultuosa; ella hubiera querido dejar esa oficina, ir a otra parte; pero, ¿adónde? además el Abogado era muy bueno con ella; su señora, que sabía la enfermedad de su madre y su triste situación, solía conversar con ella en el despacho, ensayando consolarla, y, por dos veces la habían detenido a comer con ellos;

un movimiento brusco de su madre, la sacó de su ensimismamiento; la enferma abrió los ojos, y suspiró largamente.

Sabina inclinándose hacia ella, le dijo con una voz arrulladora:

—¿Has dormido? ¿te sientes bien?

con voz ténue, perceptible apenas para el oído filial, y, con la tenacidad peculiar a los enfermos, durante la noche, doña Zoila, en vez de responder, preguntó:

—¿Qué hora es?

—Las dos — murmuró la joven.

—¡Pobre hija mía!; ¡tan tarde y aún en pie!; ¡pobre Bina!—dijo débilmente la madre, haciendo más tierna la última palabra, que era el diminutivo familiar que ella y su marido habían dado siempre a su hija;

y, como si tomase lentamente conciencia de las cosas, tornó a preguntar :

—Y, ¿Eduardo? ¿no ha escrito?

—Sí — dijo Sabina, que había dicho a su madre que el joven militar estaba en maniobras en un pueblo lejano ; y le había ocultado la verdad hasta el hecho de que en esos días le había devuelto todas sus cartas y sus retratos, exigiéndole la devolución de los suyos, que obtuvo, con una carta que le devolvió sin abrir ;

la penumbra de la estancia ocultaba bastante las facciones de la joven para que la enferma no pudiese ver en ella el dolor que esas palabras le causaban y la angustia y la desolación con que apretó los labios cuando las hubo dicho, como si hubiese querido estrangular con ellos el reproche hiriente y la palabra viva que iban a salir ; sus ojos se hicieron tristes de una tristeza insondable y sin embargo violenta, como la de un paisaje de mar en el cual acaban de desaparecer los restos de un naufragio ;

doña Zoila extendió en la sombra su mano descarnada y pálida buscando el rostro de su hija, para acariciarlo ; y ésta, adivinando la intención del gesto, se inclinó sobre ella, y, la besó, larga, apasionadamente ;

y, las dos mujeres permanecieron así, abrazadas largo tiempo, en el seno proceloso de su angustia ;

bajo el poder pacificador de esa caricia y el efecto aún persistente de los narcóticos la enferma volvió a dormirse.

Sabina, desprendiéndose suavemente de los brazos maternales, se puso en pie ; extinguió por completo la luz, y en puntillas abandonó el aposento sin cerrar la puerta de cristales que separaba éste del salón donde ella dormía, y, se dejó caer, vestida, sobre el colchón tendido en tierra.

*

Un crepúsculo azul, de un azul diáfano, como de marismas dormidas a la sombra de un manglar, moría sobre el cielo, donde las estrellas de la tarde surgían como rosas hieráticas, en un gesto de pálido holocausto;

en la hora turbadora y, ardiente, el rumor de las muchedumbres semejaba bordoneo de millares de abejas colosales, en torno de una colmena gigantesca;

a esa hora en que los obreros abandonaban sus labores, la gran ciudad febricitante y fabril, emporio prodigioso de riquezas, se hacía rumorosa y clamorosa, como un gran río que rompiendo su cauce, se vertiese en afluentes torrentosos;

cuando Sabina, fatigada por el descenso de la larga escalera, llegó al portal de su casa, que daba sobre la calle, tuvo la impresión de un deslumbramiento en sus pupilas habituadas al claroscuro de la estancia y un asordamiento en sus oídos habituados a los grandes silencios de la cámara que acababa de abandonar; miró azorada la calle tumultuosa que se mostraba ante ella como un río humano, que bajara violento desde la montaña cer-

cana hacia la mar vecina; era una de las calles más populosas y, más populares de la Ciudad; vaciló un momento antes de lanzarse en aquella corriente humana, que le daba miedo; iba sin sombrero, pobremente vestida, y, llevaba bajo el brazo un inmenso envoltorio;

había esperado para salir, esa hora indecisa de la tarde para no ser vista de nadie;

la portera que la vió bajar así, la miraba conmovida, porque era la primera vez que la veía salir en esa indumentaria, y, no ignoraba el drama de dolor y de miseria que rodeaba por todas partes, aquella noble y valerosa joven;

hubiera querido acompañarla, aligerándola del peso que llevaba, pero sus ocupaciones no se lo permitían en ese momento, y suplicaba en vano a la joven, que esperase a que su marido viniese, para hacerle compañía.

Sabina rehusó amablemente y, se lanzó a la calle valientemente, como si se embarcase en las ondas agitadas de un mar en borrasca; marchaba arrimada a las paredes, avergonzada, temerosa de encontrarse con alguien conocido y, como deseosa de borrarse y de esfumarse en aquel crepúsculo triste, que tenía para ella el aspecto de un sudario;

se fatigaba en ocasiones asaltada de vahidos, porque a esa hora tan tarda apenas si había tomado alimento, preocupándose sólo de que su madre lo tomara;

había descendido bastante por la calle larguísima, seguida a veces por mozos atrevidos, a quienes sorprendía su extraña belleza y, oyendo los galanteos que a ella se dirigían, cuando poco antes de desembocar en la gran plaza, poliédrica, llena del rumor de los estudiantes que a aquella hora abandonaban las aulas, apercibió un grupo de tres mujeres muy elegantes acompañadas de un joven, y, que sin duda se dirigían a un Cinematógrafo cercano, entonces muy en boga;

las dos mujeres más jóvenes, marchaban adelante, y la de atrás, se apoyaba en el brazo del joven, con el cual conversaba en tono amoroso y confidencial con una *sans-façon* de extranjera voluntariosa indiferente a los juicios de una ciudad en la cual no vivía sino de paso.

Sabina no tuvo que mirar dos veces para reconocer en el acompañante de las damas a Eduardo Armenteros, y adivinar en la mujer de más edad, a Sara Blum, la rica viuda americana de cuyos amores con aquél había ya oído hablar;

desconcertada, presa de un verdadero terror ante la idea de ser vista así, sin sombrero, vestida como una obrera y, con un lío bajo el brazo, miró azorada a todas partes, no sabiendo qué hacer, ni dónde ocultarse; y, como el grupo se acercaba se precipitó dentro del primer zaguán que halló al paso, inventando el nombre de un inquilino imaginario para preguntar por él; felizmente, la portera que estaba en los pisos altos tardó en bajar, lo cual dió lugar a que el grupo pasara, y cuando Sabina volvió a la calle, ya Eduardo y sus acompañantes habían entrado al Cine;

la joven siguió apresurada su marcha, buscando las calles menos concurridas, hasta dar con la «Piedad», la casa de préstamos del señor Joaquín; y, llegada a ella, penetró resuelta, como que conocía ya el tugurio infame;

había poca gente;

a pesar de su traje, que no era el habitual, el dependiente la reconoció; vino presuroso a su encuentro; la hizo entrar al salón y avisó a su amo;

un rayo de alegría brilló en la cara del hurón taciturno, y se extendió sobre su cabeza calva, desde la frente al occipucio, cuando oyó el nombre de la joven, y, dejándolo todo, vino a su encuentro, obsequioso y zalamero, como con nadie lo era;

se informó con interés de la salud de doña Zoila,

y guiñando los ojos dijo, refiriéndose a su mujer, por la cual la joven le preguntaba :

—La Higinia está enferma, tal vez se muera...

diciendo esto, un resplandor de felicidad invadió en su cara de rata hambrienta y añadió :

—Si la Higinia se muriera... ; si yo quedara viudo... ;

y, miró a Sabina, con la timidez de una lagartija que teme ser pisoteada ;

la joven, indiferente, se limitó a abrir el lío y desplegar ante los ojos del usurero, las prendas que contenía ;

eran sábanas, fundas de almohada, toallas primorosamente bordadas por sus manos, en los días felices en que creía posible su matrimonio con Eduardo y hacía su equipo de novia ;

los ojos del prestamista no miraban casi los objetos ofrecidos a su codicia, pues no acertaban a separarse del rostro de la joven cuya belleza triste lo sugestionaba, y viéndola en aquel traje y, sin sombrero exclamó :

—¡ Pero, Señorita !... usted así... sin sombrero... ¿por qué no pedirme su abrigo de terciopelo que está aquí?... yo se lo habría dado, por algunos días... tratándose de usted...

—Gracias —dijo la joven a quien su familiaridad con el dolor, hacía doblemente sensible a las bondades.

—Además — añadió el Señor Joaquín—, venir usted misma trayendo ese bulto... ; si su criada no podía venir con usted, ha debido avisarme por teléfono, yo habría enviado al dependiente.

Sabina, agradeció, tratando de abreviar la conversación ;

no fué cruel el usurero, y como siempre, dió sin discutir lo que ella le pedía ;

cuando sus manos rozaban las de la joven al doblar las telas temblaban ; se hacían tiernas las ga-

rras de aquel polívoro, tocando las alas de su presa;

y, sonreía;

el gelasmo de aquel hombre, era horripilante;

un reír de vesánico;

ella, retiraba cautamente las algas floridas de sus manos, no sin que un rosmarino fugitivo, coloreara sus mejillas...

el extraño Arpogon, acompañó su víctima hasta la puerta y la siguió con los ojos hasta perderla de vista, con la tristeza de un dinosauro, que enamorado de una estrella filante, la viera hundirse en el mar.

*

Sabina continuaba en luchar fuertemente con el Destino que la acosaba, y, en defender heroicamente la vida de su madre, contra la muerte que la acechaba;

pero, su gesto, superior a sus fuerzas la fatigaba y, en ocasiones amenazaba romperlas definitivamente;

¿era eso lo que la Vida le ofrecía por premio a su Belleza y su Virtud?...

resistía indomable el vendaval en esa hora opaca y triste de su existencia, pero tenía instantes de hosca rebeldía contra el Destino, sobre todo cuando su miseria chocaba con el lujo insolente de los otros, y, especialmente con el de ciertas mujeres fáciles que pululaban a su alrededor, y, algunas de las cuales vivían en la misma casa, en pisos vecinos al suyo;

el ambiente de obsequiosidad servil y cuasi admirativo que las circuía cuando bajaban de los grandes automóviles, erguidas y soberbias, como si el Vicio fuera una forma de la Gloria; el perfume errabundo y, delicioso que dejaban en la escalera al subirla o bajarla, ataviadas para una perpetua fiesta; el brillo coruscante de sus joyas, que las hacían aparecer como imágenes milagrosas agobia

das de presentes de sus fieles ; sus *toilettes* suntuosas bajo las cuales se adivinaba la consunción de sus cuerpos agotados por la crápula ; la altanería de sus miradas, en las cuales los ojos fatigados de sueño, ponían una tenebrosa luz ; la insolencia de sus cabezas desafiadoras, alzadas con osadía, como si la venalidad del Amor fuese una aureola, fulgurante sobre las plumas de sus sombreros ; todo ese espectáculo de Vicio Triunfal, hacía amargo su espíritu, cuando pensaba en sus días de hambre, en su vivienda estrecha y malsana, en el divino cáliz de su cuerpo intocado que ahora languidecía casi en desnudez ;

se indignaba, pero no envidiaba esos triunfos fáciles de la Concupiscencia ;

tenía el alma demasiado alta y demasiado noble para admirar esa miseria moral, a la cual prefería, la miseria material, en la cual estaba sumida como en el fondo de un pantano sin olas y sin rumores ;

ella sentía que en la sencillez forzada de su indumentaria, su belleza resplandecía aún más como si estuviese desnuda ;

las miradas de los hombres se posaban en ella, ávidas y tenaces, como no lo habían hecho cuando elegantemente vestida, iba por las calles del brazo de su madre, cuya blanca cabeza era como un escudo de fuerza y de respeto, que la protegía contra la nube de deseos voraces que despertaba ;

ahora los hombres la seguían más de cerca, le decían cosas más audaces y, tenía que romper su débil presupuesto diario, tomando el tranvía para evitar el ser seguida y molestada por los admiradores callejeros ;

los amantes de las grandes cocotas que infestaban la casa, fingían toda clase de ardides, para encontrarse con ella en la escalera haciéndole grandes cumplidos y hostigándola con toda clase de promesas veladas y halagadoras ; algunos de ellos

mostraban una pasión verdadera, y había en sus ojos y su voz, brillo y tremores de amor, y, todos parecían decirle: «Esos automóviles, esas joyas, esas telas que sirven y adornan a las otras, tuyas serán, con solo una abdicación de tu orgullo, un suave deslizar en las olas del Mar de Citerea;

virgen fuerte y tenaz en el dominio de sí misma, ella, cerraba sus ojos a esas tentaciones y sus oídos a esas promesas, y, no tenía oídos sino para ver los dolores de su madre, y oídos para oír sus quejidos lamentables;

y la salud de ésta empeoraba por minutos de una manera alarmante;

todos los médicos persistían en el mismo dictamen: era necesario operarla, cortar la pierna, y, eso antes de que la gangrena ya iniciada progresase hasta hacer inútil toda operación;

operarla... ¿Y dónde?

era necesario llevarla al Hospital de caridad, porque las Clínicas de los grandes cirujanos eran inaccesibles a sus recursos;

la idea de entregar su madre para ser despedazada así, por médicos y practicantes en una mesa de operaciones públicas, la exasperaba casi hasta la locura;

un Gran Operador, uno de los Príncipes del Bisturí, el más reputado de todos, y, que era como el Peän de aquella Ciudad, habiendo sabido la desventura de la joven, de cuyo padre había sido amigo, vino a ver la enferma, y, no hizo sino confirmar el terrible veredicto: la Operación o la Muerte; y, le dió una tarjeta de recomendación, para el Médico Director de un Hospital;

no pudo conseguir, allí, una cámara de pago modesto ni un lecho de favor, y, se le mostró la sala blanca y el lecho mercenario donde había de reposar y acaso morir su madre;

cerró los ojos, y, abandonó como loca, aquella morada del Dolor y, de la Muerte;

y, con esto en el alma, después de una noche de doloroso insomnio, se presentó en el Despacho, para trabajar en él, la triste mañana de ese día, en que debía llevar su madre al Hospital ;
su consternación era visible : sin embargo ; ensayaba guardar su actitud serena ;
en el despacho no había nadie ;
sin duda el Abogado había salido, contra su costumbre, a alguna diligencia urgente ;
no había en su mesa trabajo preparado para ella ;
la puerta que comunicaba el despacho con el dormitorio, estaba apenas entornada, y, como ella tenía costumbre de saludar a la Señora, cuando el marido estaba ausente, quiso hacerlo ;
tocó ;
no respondieron ;
empujó la puerta y, entró ;
no había nadie ;
sin duda el matrimonio concurría a alguna fiesta matinal, porque todo en la cámara anunciaba el trajín de un reciente vestir ; los armarios y, los cajones mal cerrados ; cintas, encajes y blondas, sobre las sillas y, el sofá, cajas de joyas vacías sobre los veladores y la mesa-tocador ;
y, en ésta, en una caja a medio abrir, lucía sus fuegos fatales, una sortija, hecha de una esmeralda rarísima, contorneada de magníficos brillantes.
la Tentación tomó con sus manos a la joven y, la acercó a la joya preciada ;
la tomó cautamente para admirarla ;
de súbito sintió nacer en sí la idea imperiosa de robarla, de venderla o de empeñarla para salvar a su madre ;
el Delito se alzó ante ella, con la faz augusta del Deber ;
la joya parecía hablarle en el fondo del estuche y decirle : «Tómame, que sin mí, tu Madre muere : Yo soy la Vida de tu Madre. Sálvala. Conmi-

go tienes su vida en tus manos. Tú no tienes el derecho de matarla. Tómame» ;

y, la joya parecía no querer desprenderse de los dedos que temblaban.

Sabina ya no vaciló ;

sacó la sortija del estuche ;

la deslizó en su bolsillo ;

y, salió ;

cerró cuidadosamente la puerta detrás de sí ;

nadie la vió salir...

era un sábado y los porteros, ocupados en la limpieza de la escalera, estaban en los pisos superiores ;

el *groom* estaba ausente ;

cuando estuvo en la calle, le parecía que el sol, relataba su ignominia, rojo de vergüenza ;

al pasar frente a la terraza de un gran café, que había en la esquina de la calle, las miradas que su belleza atraía, le parecían acusadoras, y los labios que la adulaban, le parecían prontos a gritar : «¡ Cogedla, ahí va la ladrona !» ;

y, con la mano en el bolsillo, apretaba la joya, como si fuese a caérsele y, a delatarla con su caída ;

iba de tal manera azorada, que al atravesar la calle, estuvo a punto de ser atropellada por un automóvil ;

un guardia vino en su auxilio ;

al verlo, huyó despavorida, creyendo que iba a prenderla ;

así llegó aterrada y jadeante a la casa del señor Joaquín ;

¿qué iba a decirle para disculpar la posesión de la valiosa sortija?

inventó la burda historia de una vieja joya de familia que hasta entonces no había querido empeñar ;

el prestamista taimado y, experto, vió lo falso del relato, porque la joya era muy moderna, pero deseoso de servir a la joven y sabiendo el objeto a

que el dinero era destinado, lo dió sin vacilar, contentándose con decir :

—No importa, no importa, aunque fuera robada, yo, por usted iría hasta la cárcel ;

y, sonrió de la chanza brutal, creyendo haber hecho un cumplido.

Sabina enrojeció hasta la punta de sus cabellos, e intentó sonreír para disimular su turbación ;

ya en la calle y con el dinero en su poder, detuvo un coche y se hizo conducir a la Clínica del eminente Cirujano que había visitado a su madre ;

haciéndole creer que había recibido dinero de un pariente lejano contrató una habitación, y, el precio de la operación en el cual se le hicieron algunas concesiones ;

al abandonar la Clínica, estaba radiante de alegría ;

ya su madre no iría al Hospital ; no sería despedazada en la mesa de operaciones, sirviendo su cuerpo venerable, de tema de estudio a médicos y practicantes... ;

ahora, sería hospedada en una Gran Clínica, operada por el Primer Cirujano de la Ciudad, secundado por eminencias médicas ;

ya su madre no moriría...

se salvaría...

se salvaría...

a esa idea su corazón susultaba de ventura...

y, así, cuando llegó a su casa, para participar a su madre su nueva resolución, no supo sino arrojarse sobre el lecho gritándole :

—¡ Mamá ! ¡ Mamá ! ;

y, la besaba y la abrazaba con desesperación, como si alguien fuese a arrancarla violentamente de sus brazos ;

y, doña Zoila, viendo llorar a su hija, lloraba también, dulcemente, suavemente, sin saber a ciencia cierta por qué lloraba.

*

La traslación de doña Zoila a la Clínica, tuvo lugar al atardecer de ese mismo día ;

la mudanza requirió mucho cuidado, porque la enferma sufría horriblemente ;

al ponerla en la camilla que debía llevarla, sufrió un síncope en el cual estuvo a punto de morir ;

llegada a la Clínica, los médicos observaron que la gangrena había aparecido, y resolvieron operarla al día siguiente, cortando la pierna desde muy arriba para evitar la invasión gangrenosa.

Sabina desolada, dejó su madre en la Clínica y, tras una noche de angustia y, soledad, se presentó a la mañana siguiente a su Despacho, para tomar sus ocupaciones habituales ;

los porteros de la casa, fueron como siempre, muy amables con ella ; y, el *groom*, que le abrió la puerta del piso, fué tan respetuoso como de costumbre ;

respiró...

no se sospechaba nada...

el Abogado, que tenía mucho trabajo, halló sin embargo manera de conversar con ella, y discul-

pándose de no haberle avisado su ausencia del día anterior, para evitarle el venir, dijo :

—Por cierto que hemos tenido una gran contrariedad ; invitados a un matrimonio, estuvimos en él, y luego en el banquete de bodas ; al volver mi mujer a la casa, notó la falta de una sortija de gran valor, que sus padres le habían regalado cuando nos casamos ; ella, creía que se la habían robado, pero, el estuche abierto sobre la mesa, nos hizo creer que tal vez se la había puesto, y, la había perdido en el camino ; yo, sostuve esa tesis, porque ya se empezaban a sembrar sospechas ; la camarera es insospechable y, fué detrás de nosotros para presenciar la fiesta ; a este despacho no ha entrado nadie... sino usted, que vino un momento, según dijo un empleado ; así, la hipótesis de la pérdida, es la única aceptable ; y, a ese respecto, hemos puesto un aviso.

Sabina, temblaba de los pies a la cabeza y hacía esfuerzos visibles para dominar su turbación ;

al abogado, criminalista meritísimo, habituado a los dramas de los tribunales y, experto en la psicología de los delincuentes, no pasó desapercibida la exaltación de la joven, y, feliz de haber obtenido una certidumbre íntima, dijo como para despistarla y, tranquilizarla :

—Pero, no se alarme usted ; usted es insospechable ; y, además, una sortija... ; ¡ bah !... no hay niguna digna de adornar esos dedos admirables, hechos para algo más que para mover el teclado de una máquina ; cuántos conozco yo, que se darían por felices, cubriendo de brillantes esos dedos...

y, le dirigió una larga mirada, atrevida y apasionada.

Sabina, se hizo seria, guardó silencio, y se inclinó sobre su máquina de escribir ;

cuando la hora habitual hubo sonado, abandonó el Despacho, torturada, desfallecida, llena de un miedo enorme cual si ya sintiese sobre su hombro

la mano del polizonte que había de detenerla y, sobre su cabeza, el peso de la Justicia que había de anonadarla...

... ...
... ...
... ...

Noche de angustia y, soledad ;

doña Zoila operada tardíamente, se moría ;

la operación, practicada muy tarde, no había logrado salvarla, porque la gangrena había ya invadido el organismo ;

el Gran Cirujano, se había retirado, diciendo que no tenía nada que hacer ;

un practicante aplicaba inyecciones a la enferma, para hacer más suave la agonía ;

una enfermera velaba cerca del lecho de la moribunda ;

y, de rodillas ante el lecho de su madre, Sabina sollozaba ;

de súbito doña Zoila se incorporó lentamente, su rostro que era ya como el rostro de un muerto, tenía la palidez de un cirio extinto en las tinieblas, sus ojos se abrieron desmesuradamente y su voz angustiada gritó :

—¡ Mi hija ! ; ¡ mi hija ! ; se llevan a mi hija... ¿ quiénes son esos hombres que se llevan a mi hija ?... ¡ quitádsela ! ¡ quitádsela ! ¿ a dónde llevan a mi hija ?...

y, así diciendo, la anciana cayó rudamente sobre el lecho ;

había muerto.

*

Caía la tarde ;

una tarde otoñal, cuya magnifical tristeza, mordoraba armoniosamente el horizonte hialoideo de los cielos de Noviembre ;

los árboles, despojados de hojas, parecían hiadas de oricalco, en la diafanidad de los cielos ajados como por una gran sensación de duelo ;

una bruma muy sutil, se extendía sobre las calles tumultuosas y las avenidas solemnes dando a los edificios un aspecto inconsistente de miraje ;

el cortejo fúnebre que salió de la Clínica, tras el humilde Carro de los Pobres, llevando el cadáver de doña Zoila, y que se componía exclusivamente de su hija, la portera de su casa y un criado del establecimiento, después de haber agotado la calle trasversal, desembocó en el Gran Paseo, y descendió lento por él, como una lastimosa exhibición de miseria y de dolor ;

los pasantes se descubrían respetuosos, ante el féretro tan escasamente acompañado, y miradas de compasión caían sobre la huérfana, cuya prodigiosa belleza no alcanzaban a ocultar los largos velos del tocado ;

poco antes de llegar a la gran Plaza Central, la concurrencia en las avenidas laterales, se hacía más elegante y más nutrida ;

arrellanadas en sendos sillones, damas de refinada elegancia y aristocratismo cosmopolita, platicaban con apuestos caballeros, en corros decidores y galantes ;

la vista del cortejo fúnebre, les impuso respeto ;

cesaron de hablar y de reír.

las damas se hicieron serias y se inclinaron reverentes ante la Muerte, que pasaba tan cerca de ellas ;

algunas musitaron una oración ;

los caballeros se descubrieron ;

un apuesto militar, que estaba en pie en medio de ellos, se cuadró, saludando marcialmente a la muerta ;

cuando dejó caer su mano sobre la costura del pantalón, esa mano temblaba ;

era Eduardo Armenteros, que hacía la corte a la viuda Blum, con la cual debía casarse dentro de poco tiempo, y que había adivinado en aquella muerta a su tía y, había reconocido en aquella huérfana enlutecida, a Sabina Cortés, su prima y su antigua prometida ;

tuvo ímpetus de unirse a la comitiva fúnebre, y ponerse al lado de la joven, para seguir el féretro de aquella que había sido una segunda madre para él, pero tuvo vergüenza de confesar que aquel entierro tan pobre era el de una parienta suya, y su orgullo le vedó arrojar el brillo de sus estrellas, sobre aquel cortejo, que tenía el aspecto de un cortejo de mendigos.

*

Después de la muerte de su madre, Sabina Cortés se refugió en una Pensión de Familia, que dos señoras muy respetables, tenían exclusivamente para señoritas;

de los muebles y enseres de su casa, deshecha por el infortunio y por la Muerte, no conservó sino el lecho en que había muerto su madre y en el cual dormía, y el retrato de su padre, el cual ornaba uno de los muros de la exigua habitación que ocupaba en el quinto piso, fría y silenciosa, con una gran ventana abierta sobre un patio interior mefítico y malsano;

allí albergaba su dolor, sola, tan sola, que en ocasiones parecía, que su sombra misma, se negara a hacerle compañía;

las enormes deudas adquiridas durante la enfermedad de su madre, y a cuya amortización atendía religiosamente, le permitían apenas distraer de sus escasos honorarios lo más necesario para su sustento; debía aún a su antigua modista que le era muy adicta, el valor del traje de luto que llevaba;

su designio era, asegurarse trabajo bastante para alquilar una máquina de escribir y trabajar en su domicilio, porque el despacho del Abogado, le disgustaba enormemente a causa de las asiduidades

de éste; que se hacían cada día más atrevidas; y cada día su pudor orgulloso tenía algo que sufrir de estas asiduidades; su exquisita amabilidad no alcanzaba a disfrazar la osadía de sus frases; la intención impudorosa asomaba a través de la más refinada gentileza; su conmiseración misma era insultante, por ser el antifaz de un torpe deseo inconfesado;

sus constantes ofertas de dinero, la ofendían;

varias veces la había ofrecido su automóvil para llevarla a su casa, y ella había rehusado;

le había hecho invitaciones para jiras campestres, que no había aceptado;

le había obsequiado billetes para conciertos y para teatros, que había rechazado con el justo pretexto de su duelo;

aquel hombre amable, elegante, obsequioso, más que aversión, le inspiraba un miedo enorme; adivinaba en él un peligro, el más grande peligro de su vida sin ventura; no era un peligro para su honor material, para su virginidad soberbia que ella sabría defender; era un peligro para su honor inmaterial;

ella comprendía que era la prisionera de aquel hombre; que ese hombre sabía lo de la sortija; que tal vez sabía donde estaba, porque como abogado de prestigio, mezclado en grandes causas criminales, conocía la policía y la tenía a sus órdenes; su honor, su libertad, su vida estaban en las manos de aquel hombre, cuyas miradas llenas de un loco amor carnal eran brutales, como dos manos crueles puestas sobre sus carnes desnudas;

el señor Joaquín continuaba en ser muy amable y obsequioso con ella, pero astuto y taimado, le hablaba siempre de la necesidad en que se verá de vender las joyas, cuyos intereses acumulados sumaban ya una suma respetable, y sus ojos de alimaña lasciva parecían decirle: «Si usted quisiera... la sortija sería suya...»

ella temblaba ante la idea de la venta de esas joyas, porque entre ellas estaba la sortija delatora, la sortija fatal ;

a ella le bastaba querer, para acabar con esta tormenta de infortunios ;

el Abogado le había expuesto veladamente todo un plan de Idilio ;

un viaje en automóvil por todo el país ; una jira por Francia ; unos días en París ; la vuelta a la ciudad, y, la compra de un chalet en las afueras, lujosamente amueblado para amparar sus amores... ;

pero todo eso era el sacrificio de su honor, la venta abominable de su cuerpo ; y retrocedía ante esa idea, como ante una mano tendida hacia su carnes para un tocamiento deshonesto ;

su orgullo era el escudo de su corazón, donde todo otro amor había muerto ;

ella sabía ya el próximo matrimonio de Eduardo Armenteros, con la viuda millonaria, y no había respondido nunca a las cartas que aquél le escribía, disculpándose de su conducta inexplicable ;

cuando vino a hacerle su visita de pésame, no lo recibió ;

había estrangulado ese amor en su corazón y lo había arrojado lejos, como un feto nauseabundo arrancado de sus entrañas ;

en ocasiones sentía que le faltaba el valor de vivir y muchas veces había pensado en darse la muerte ;

así acabaría con todos sus dolores, especialmente con esta obsesión tenaz de la Policía, que se había hecho una verdadera tortura de su espíritu, una manía persecutoria, que no la dejaba ni dormir ;

el grito de su madre moribunda : «¿dónde llevan a mi hija?... ¡ quitad a esos hombres mi hija !», la perseguía en todas partes y a todas horas ;

¿era una profecía esa visión de la moribunda?

*

El Invierno había extendido duelos languidecientes, sobre los cielos límpidos de un triste y vago azul;

las rosas habían muerto en su esplendor inerte, guardando en su belleza un fasto sepulcral;

el ámbar de las nubes ambiguo y espliténico velaba el hamletismo del sol, que se moría, como un príncipe pálido muerto de laxitud;

la tarde, en un opaco lujo de mansedumbres, cubría las arboledas de un manto gris obscuro igual al ceniciento color de los follajes;

la luz amortecida, apenas penetraba en la lujosa estancia, donde el ruido monótono de la máquina de escribir violaba el gran silencio.

Sabina trabajaba;

el Abogado la había detenido, suplicándola que acabara algunos trabajos muy importantes que tenía;

le había dictado hasta ese momento, en que faltando ya la luz natural, y, no queriendo encender la eléctrica, había puesto los pliegos de papel sobre la mesa, y le hablaba;

su voz era confidencial, cálida, podría decirse que húmeda y, temblorosa de pasión:

—No se vaya usted — le decía ante la actitud de la joven, que se había puesto en pie para marchar— ; no se vaya usted, y óigame ; ¿por qué no me ama usted? ¡ seríamos tan felices !... ámeme usted, ámeme usted ;

y, con la pasión de un estudiante enamorado, tomó una mano de Sabina y la llevó a sus labios ;

ésta, la retiró con violencia ;

entonces, enardecido, la tomó por el talle y quiso besarla en los labios, diciéndole con un acento lleno de tremores brutales :

—Hoy, no escapará usted ; mi mujer ha partido al campo ; todos los empleados se han ido ya ; usted será mía ;

y, así diciendo, llevó sus manos profanadoras al seno de la virgen, y, luchó con ella intentando besarla ;

en esa lucha rodaron al suelo ;

el bruto, quemaba con su aliento el rostro de la joven e intentaba violarla ;

ésta, ágil y fuerte, escapó de los brazos del sátiro, que abalanzándose sobre ella, quiso sujetarla de nuevo.

Sabina lo rechazó tan fuertemente, que fué a caer de espaldas sobre el sofá ;

la joven aprovechó esta tregua, para ponerse el sombrero y, escapar ;

el Abogado ya en pie, logró tomarla por la mano, antes de llegar a la puerta, y, le gritó al oído, con una voz trémula de cólera :

—¿Ignora usted que yo sé quién robó la sortija de mi mujer y en dónde fué empeñada? La sortija se la robó usted y fué empeñada en la «Piedad», la casa de empeño de Joaquín Ustariz. ¿Con qué pagó usted, la Clínica donde murió su madre y los gastos de la operación?

y luego cambiando de voz y de actitud, rendido, de rodillas y casi llorando le decía :

—Ameme usted ; sea usted mía, y mi primer regalo será esa sortija fatal...

Sabina, no quiso oír nada y, abandonando el Despacho cerró tras de sí fuertemente la puerta ;

los porteros que la vieron descender tan tarde, y sabían que el Abogado estaba solo con ella en la Oficina, sonrieron con malicia ;

y, la Virgen Irreductible mancillada fué por la sospecha ;

la risa del lacayo violó el Honor que el Amo no había podido violar.

*

Sabina, no volvió al despacho del Abogado ;

quedaba sin empleo ; no teniendo máquina para escribir, y, no queriendo pedir la suya, en préstamo al Señor Joaquín, porque eso era alentar sus pretensiones, sintió de nuevo los grandes días de la miseria venir sobre ella ;

frente a frente del espectro del hambre, capituló con él, antes que capitular con la deshonra ;

las señoras donde se albergaba eran muy pobres y ella no quería serles gravosa ; así, conservó sólo la habitación y dejó de tomar sus alimentos en la casa, comiendo únicamente las muy escasas cosas que hacía comprar de la portera ;

una tarde muy triste, en que la lluvia batía los cristales de su ventana, con una furia monótona y, cruel, sintió el ruido de un automóvil que se detenía a la puerta de la casa, y poco después vió una de las dos ancianas patronas, que abrió la puerta de su habitación y, con un rostro radiante de alegría le decía :

—El Abogado, Señorita, el Abogado ;

la pobre anciana creía, que era una ventura para la joven, la visita de su antiguo patrón, que sin duda venía a ofrecerle trabajo ;

el Abogado, en el dintel de la puerta, esperaba destocado y respetuoso.

Sabina lo invitó a entrar ;

la anciana dejó entreabierta la puerta por indicación de la joven ;

ya solos, el Abogado, sentado en el mismo sofá que Sabina, le dijo gravemente :

—Señorita, vengo a notificarle que ha aparecido la sortija robada a mi mujer ; la policía comisionada por mí, la ha hallado en el Monte de Piedad, entre otras joyas recientemente vendidas a aquel establecimiento por un prestamista, llamado Joaquín Ustariz ; y, en los libros de éste, se ha hallado el nombre de la empeñadora, que es el nombre de usted.

Sabina, callaba, haciendo esfuerzos para no llorar ;

comprendió que estaba perdida, y se abrazaba a su orgullo como la única tabla de salvación en su naufragio ;

el Abogado, sacando del bolsillo algo envuelto en un papel de seda, añadió :

—Como usted dejó el estuche sobre la mesa, viene envuelta en este papel ; véala usted ;

y, desnudó la sortija de su envoltura ;

la joya apareció deslumbrante, lanzando los rayos violentos de su pedrería ;

y, el Abogado dijo extendiéndola a Sabina :

—Tómela usted ; ¡ qué bien estará en sus manos divinas y armoniosas ! ; guárdela usted ; yo diré que se la he regalado ; que yo la tomé del joyel de mi mujer para dársela ; ¿ qué me importa que ella riña conmigo? nos separaremos ; y, así seré más libre para amarla a usted ; porque yo no amo sino a usted en la vida : ¿ por qué no me ama usted un poco?

y, así diciendo, quiso tomar la mano de la joven para poner en ella la sortija.

Sabina, se la arrancó violentamente y la arrojó

por la puerta entreabierta al fondo del pasillo, y con la mano extendida dijo al abogado :

—Entre la cárcel y, mi deshonra, prefiero la cárcel ; recoja usted su sortija ;

el gesto era tan imperativo, que el Abogado obedeció ;

y, apenas hubo salido para recoger la joya, Sabina cerró la puerta violentamente tras de él ;

éste, que se vió expulsado, se volvió furioso hacia la puerta, gritando como para ser oído :

—La policía vendrá pronto por usted, ladrona ;

con el rostro entre las manos, Sabina sollozaba ;

apenas sintió que el automóvil del Abogado se alejaba, arrojó sobre su cabeza una mantilla y salió precipitadamente ;

iba a casa del Señor Joaquín ;

apenas entró en el tugurio, el usurero vino a su encuentro desolado ; mesándose los cabellos y exclamando :

—¡ Ay, Señorita, qué desgracia ! ; este bruto de dependiente, llevó la sortija al Monte de Piedad, en una realización, y, yo no lo sabía ; la Policía ha venido aquí diciendo que la joya era robada ; ha registrado los libros y, ha encontrado el nombre de usted ; ¡ ah ! Señorita, la van a prender y sólo esperan que el Abogado dueño de la sortija dé la denuncia porque ha pedido una tregua ; escápese usted, escapémonos ; ¿ no ha visto usted a la puerta un automóvil ? ; es mío, lo tengo preparado para que partamos — y, mostrando una cartera que tenía sobre la mesa decía— : Está llena de billetes ¡ un capital ! ; esa caja está llena de joyas ; escapémonos ; ganaremos la frontera, iremos a París ; allí hay el Divorcio ; acaso un día nos casaremos.

Sabina indiferente y displicente se puso en pie y, abandonó el tugurio, dejando al usurero cantar su leyenda de oro...

... ...

Cuando llegó a su casa obscurecía ;

la portera, inquieta y medrosa, vino a ella y le dijo con misterio :

—Señorita ; dos hombres han venido a buscarla ; son dos policías secretos, el Tupí y el Lince, los mismos que prendieron al banquero del segundo cuando hizo quiebra ; los conozco porque como mi marido era policía...

la joven nada dijo, y subió la escalera ;

poco después de llegada a su habitación y cuando apenas había puesto sobre la mesa el velo y los guantes, oyó el timbre de la puerta de entrada que sonaba ;

oyó pronunciar su nombre ;

eran los policías ;

cuando ellos abrieron la puerta de la habitación, la hallaron vacía ;

uno de ellos se asomó a la ventana abierta que daba sobre el patio ;

abajo, sobre la negrura de las baldosas, yacía una masa inerte, entre un pozo de sangre ;

era el cuerpo de Sabina Cortés, tendida en tierra ; estrellada contra el pavimento, y, con los brazos abiertos en forma de cruz ;

muerta yacía la Virgen Fuerte, crucificada por el Dolor.

EL MEDALLÓN

EL MEDALLÓN

Giovanni Lanzzi era un bravo y bello Coronel de Húsares, ya cercano a los cincuenta años;

alto, fornido, esbelto; sus grandes ojos de un azul mórbido de malaquita, iluminaban su semblante de una extraña luz de fuerza y de dominio, que se revelaba en su voz imperativa y breve, y en todo su aspecto, rígidamente marcial; sus cabellos y sus bigotes, de un color castaño cuasi blondo, empezaban ya a encanecer, lo cual daba mayor aire de austeridad a su figura;

serio y grave, muy dado a sus estudios y al amor de su carrera, había sido uno como cenobita de las armas;

a los veinte años había hecho profesión de ellas, entrando a una Academia Militar del antiguo reino del Piamonte, hecho luego reino de Italia, y, no había abandonado desde entonces la vida militar, siendo uno de los primeros asaltantes de Roma, entrados por la brecha de *Porta Pía*, con el Ejército Libertador, y, uno de los oficiales de más renombre, en el nuevo ejército italiano;

enviado a Africa, había ganado allí sus charreteras de Coronel ; y, había regresado a la Península ;

noble, rico, muy avezado y muy feliz, en conquistas amorosas, había permanecido soltero, sin otro amor verdadero que el de su espada, hasta los cuarenta y ocho años, en que había contraído matrimonio, con Leona de Preti, una bella niña, huérfana de un compañero de armas suyo, y, la cual había conquistado su corazón, por su belleza y, su desgracia, ambas muy grandes ;

romántico y, caballeroso, se había dado a amarla con una loca pasión, y, en ese primer año de luna de miel, había agotado la ventura, en el cuerpo y en el alma de aquella joven, en cuyos ojos infantiles, apuraba una como fiebre de amor ardiente, y, cruel, como los largos crepúsculos de verano, que había visto morir sobre los lagos de Africa, llenos de un paludismo mortal ;

ella, era seria y grave, a pesar de su edad, apenas núbil ; y, en su rostro de anáglifo siracusano, el Dolor parecía haber puesto ese sello de grandeza, que sólo pone en el rostro de sus elegidos, que han de ser augustos ;

un hálito de belleza psíquica, se escapaba de toda ella, y, envolvía como en un flúido su belleza física, que parecía marchar por las praderas de la melancolía, escoltada por la paloma del Silencio, ansiosa siempre de posarse sobre sus labios delgados y, apenas rojos, como un pálido geranio ; era como un precioso caliz de cristal, en cuya divina transparencia, se viese el áureo licor, brillar a la caricia de la luz, llenando el aire de un secreto perfume ;

huérfana y sola, se había refugiado en su matrimonio, como en un abrigo seguro contra todas las tormentas, tal una perla oculta en el corazón de los mares, y, a la cual no llega el ala furente de las tempestades ;

amaba a su esposo con una noble y ardiente pa-

sión ; era el ídolo de su adolescencia muerta, sepultada con su madre, como en el corazón de un naufragio, y, era el ídolo de su juventud naciente, que despuntaba triunfal, como una bella aurora, en ese horizonte de paz y de melancolía, que Roma parecía amparar con su grandeza, celosa como la loba que al pie del Capitolio da sus ubres de bronce a los gemelos voraces ;

y, era feliz con ese amor, refugiada con él en esa *Villa*, apacible y, suntuosa, que su esposo había comprado para ella en las alturas de *Giannicolo* dándole el nombre de *Villa Leona*, y, allí, amparaba su ventura, una de esas venturas tan grandes, que amenazan romper la vida con su peso o romperse ellas, a causa de la enormidad de su grandeza ;

y, en ese instante, gozaba de esa ventura, viendo a su marido al lado suyo, sosteniéndola con sus brazos sobre la baranda de mármol que circuía la terraza, y, en la cual estaba sentada, semejando una gema viva, incrustada en ese relicario de bellezas, que eran los cielos y los horizontes romanos, en esa hora taciturna y, fúlgida en que la luz moría, palideciendo como un ópalo verde, en el rosa claro y los jirones de argento de la tarde envuelta en la niebla vesperal, como bajo un tenue velo de oro cenizo, extendido sobre una playa lánguida ;

desde la terraza de la suntuosa Villa, se veía como en un espejo de visiones, el panorama de Roma, augusto bajo el azul sereno y el ocre cálido que encerraban como en un marco de lapislázuli la Ciudad Eterna, que parecía dormida en el sueño de sus pasados siglos de bárbaro esplendor ;

inquietantes en su belleza soberana, los parajes circundantes eran en su quietismo como centinelas mudos de aquel sueño de inmortal grandeza ;

todo languidecía en esa hora vaga y crepuscular en que el cielo hecho elegíaco, ayudaba con su gradual ilucidez al surgimiento maravilloso de la

Noche, que aparecía en el Oriente, como un enorme pájaro azul, con las alas consteladas de estrellas;

el *Giánnicolo*, cerca a cuyas alturas, la Villa, alzaba su ligera construcción de mármol rojo, con columnas de una blancura deslumbrante cual si fuere una gran rosa de coral, con estambres de nácar, era, a esa hora, de un verde tierno, en el cual el vuelo de las llamas del Sol, había dejado cautivos sus últimos reflejos;

la silueta de la estatua ecuestre de Garibaldi, que dominaba la colina cercana, se envolvía en la bruma, como si hubiese desaparecido, deponiendo por un momento, su espada, fatigada de vencer;

más cerca aún, la *Fontana Paulina*, dejaba oír la canción soñadora de sus aguas, que evocaban, en el silencio vegetal, y, las sombras inquietantes del jardín, el alma de la Princesa voluptuosa, que se mostró, desnuda como Afrodita, a los ojos de Canova, para ser inmortalizada a golpes de cincel..., y, la voz del agua, parecía dialogar con el bello fantasma, que se alzaba, blanco y cándido entre la anilina obscuro de las frondas dormidas;

abajo, la Ciudad, alzaba los trescientos campanarios de sus templos como otras tantas flores de topacio, cuyos pistilos de oro, se erguían amenazantes, hacia el corazón del cielo; y, era, como una gran copa de amatista, donde durmiera el alma del Silencio;

los azules profundos, se hacían negros, allá lejos, en la ceja de monte, donde los cipreses del *Monte Mario*, entenebrecían el zafiro de los cielos, con la siniestra melancolía de sus cabelleras penitentes.

... ...

En el Silencio augusto, se oyó la voz de ella, que decía, entrecerrando los párpados, sobre las pupi-

las tenebrosas, cual si quisiere aprisionar en sus ojos el esplendor de muchas lejanías...

—¿Recuerdas el primer día que nos vimos?

—Sí... — dijo él tiernamente, deteniéndose con placer en el monosílabo, y, hecho a su turno soñador, ante las reminiscencias que evocaba— ; sí ; era en Verona, en *San Zeno Maggiore*, al salir de una misa, cuando apareciste entre las columnas del pórtico, como escoltada por los dos leones de mármol rojo, que como domesticados por tu encanto, parecían querer abandonar sus zócalos de basalto, para seguirte en tu marcha y, hacerte compañía ;

tu madre venía conmigo ; tu madre, que era una antigua amiga de mi adolescencia, como tu padre, muerto en la flor de la edad ; ella, que aun a tu lado, conservaba el esplendor de su antigua belleza, fué encantada de verme tras tantos años de ausencia ; mi presencia le recordaba cosas y tiempos muy felices...

mi vida de los últimos años en Africa había tostado mi rostro, tal vez algo de la rudeza de las selvas se habían impreso en él ; yo mismo me sentía extraño y envejecido ; mis charreteras de Coronel me honraban ¡ ay ! pero, no me rejuvenecían ;

tú me mirabas extrañada y sonriente ; mi uniforme te deslumbraba y mi aspecto parecía imponerte...

—Es verdad, me dabas miedo — dijo ella, con una ingenuidad de niña— ; pero ahora es distinto, amo tus uniformes más que mis trajes de fiesta, tus cruces me son más queridas que mis joyas ; amo tu gloria, y, me parece que algo de la sombra de tus laureles cae sobre mi frente...

y, así diciendo acarició con su bella mano pálida, la cabeza del guerrero, en la cual los cabellos empezaban ya a platear, y como si buscara con los labios las coronas ausentes, lo besó en la frente, larga, tierna y apasionadamente... ;

él, tembló bajo aquel beso casto y, sin embargo

ardiente ; lo devolvió con fuerza, y, continuó en rememorar, como si aquellos recuerdos tuviesen para él, un perfume de flores frescas recién cortadas, y, decía :

—Tu madre, me invitó a vuestra casa, y, fuí asiduo de ella ; ¿recuerdas cuánto gozabas, en las largas veladas, oyéndome contar mis viajes y mis campañas en aquel continente lejano y tenebroso?

—Sí... ; es verdad... ; aquello era admirable ; me fascinaba y me turbaba extrañamente ; tú, despertaste en mi alma el amor de lo maravilloso ; fué al calor de tu voz que aprendí a soñar, y, fué con esa divina música que se abrieron por primera vez las alas de mi espíritu, sobre el mundo de la fantasía, y, amé lo desconocido, lo tenebroso, lo lejano...

—Me escuchabas absorta, ensimismada ; tus grandes ojos abiertos como sobre un abismo, cual si contemplases el tenebroso desierto, y siguieses en él, el rumbo errante de las caravanas ; a veces rompías en llanto ante el dolor de las narraciones, y tu madre y yo teníamos gran pena en consolarte, eras tan niña entonces... ; tenías catorce años ; de eso hace tres... ¿verdad?

y, como se acaricia un niño a quien se recuerda la fecha de su nacimiento, le acarició el rostro, y, la besó golosamente en los labios.

—Es verdad... — dijo ella, hecha súbitamente taciturna y sombría—. ¡ Tres años ! ¡ qué mudanza en mi vida !...

y, como si aspirase el vaho de una tumba recién abierta y, monologase ante una sombra, continuó en decir :

—Ninguna madre amó tanto a su hija, como la madre mía... muertos mi padre y, mi hermano, las dos éramos solas en la vida ; solas en el naufragio de nuestra gran fortuna ; ¿por qué Dios me arrebató mi madre, para dejarme sola sobre la tierra?...

—¿Sola? — gimió él, con una voz tan tierna, que hendía el aire, como el grito de un ser degollado en las tinieblas :

—Sola, no — murmuró ella, volviendo en sí, y mirándolo amorosamente, arrepentida y como temerosa de haber herido aquel corazón tan noble que la escuchaba— ; sola no, porque me quedas tú ; tú, que me salvaste ; tú, que me arrancaste de sobre el cadáver de mi madre, para hacerme tu esposa, como se lo habías prometido a la pobre muerta, momentos antes de expirar... ;

y, como vencida por la emoción de los recuerdos, dejó caer su cabeza abatida, sobre el pecho de su esposo, y, sollozó largamente.

—¿A qué hablar de nuestros dolores? — dijo él, con su voz varonil, hecha tierna y musical por los trémolos que el Amor y la tristeza ponían en ella— ; hablemos de nuestro amor y de nuestra ventura actual... ; ¿no eres feliz? ¿no me amas?

y, le acarició largamente la cabeza rendida, con manos amorosas, que se dirían paternales ;

ella, se irguió con lentitud, mostrando a la Noche naciente su rostro bañado en lágrimas, y, en el cual la onda de la tristeza, decrecía al calor de la palabra consoladora y dijo :

—¿Que no te amo? ¿a quién sino a ti sólo puedo amar en la Vida? : tú eres todo el amor de mi corazón ; en ti amo todo mi pasado, todo mi presente, todo mi porvenir ; amo en ti, el alma de mi madre y la de mi padre, y amo al noble esposo que me salvó de la soledad y el abandono ;

y, pálida, como si una fiebre de gratitud la consumiese vorazmente, ofreció su divino rostro a los labios de su esposo ; su róstro, que era un ofertorio de belleza, con su palidez de cerámica, sus grandes ojos orientales rasgados y profundos, de un negro bituminoso, su nariz perfecta, de corte hebreo, y su larga boca melancólica, que parecía

sellada por el Dolor, con el enigma de su beso inconmensurable;

su cabellera, deshecha en ondas tenebrosas, le hacía un halo azuloso sobre la frente estrecha y las mejillas pálidas, que apenas un débil carmín teñía, o más que carmín, un rosa pálido, como el que colora el corazón de las dalias en Octubre;

su voz parecía cantar deliciosamente, un canto grave y sagrado, que sonaba como un rumorear de abejas en el seno oro y azul, de la noche luminosa.

—Y, yo... ¿a quién que no sea tú, puedo amar sobre la tierra? — dijo él con una voz lenta como la paz que descendía del cielo—; te amo con un doble cariño; de padre; porque puedo por mi edad serlo tuyo, y de esposo porque lo soy; yo, también estaba solo, horriblemente solo, cuando te encontré en la vida, porque Remo, ese hijo de mi hermana muerta, y cuya tutela me fué confiada, es apenas un cariño, pero, no un amor, en mi corazón; y, a propósito de eso, quería decirte, que, llegadas las vacaciones, en la Escuela Militar de Torino, donde ha terminado sus estudios de oficial, le he escrito para que venga a pasarlas con nosotros.

—¿Un extraño aquí? — dijo ella, con una voz angustiada, como si hubiese visto todo el encanto de su vida, roto, como un frágil cristal.

—No es un extraño — dijo él—, es un primo tuyo, ya que es sobrino mío.

—Sí; pero, todo lo que no sea tú, es extraño a mi corazón, y yo, no quisiera ver a nadie aquí, interponiéndose entre nosotros, siguiendo nuestros pasos, como una sombra importuna; ¿no somos felices en nuestra soledad? ¿a qué traer testigos que vengan a interrumpirla?...; nuestra dulce intimidad va a romperse, con la llegada de un intruso...; no lo traigas, no lo traigas...

y, con una voz suplicatoria ya pronta al llanto, se abrazó al cuello de su esposo, gimiendo asustada,

como si un huracán de angustia le turbase el corazón.

—No lo traigas ; no lo traigas...

—No seas niña — dijo él, con una voz que quería ser apaciguadora de esa angustia— ; verás cuán bueno es Remo ; es mozo muy serio ; tiene veinte años y ha ganado todos los premios en su carrera ; no puedo impedirle que venga, porque ha ido muchas veces a pasar las vacaciones conmigo en las plazas en que he estado de guarnición ; y, cuanto más, ahora, que estoy en Roma, que tengo una casa y una mujer encantadora como tú ;

y, con esas palabras, la besó de nuevo, y, la alzó en vilo, para bajarla de sobre la balaustrada, porque la Noche había venido y el viento se hacía frío ;

ella, calló y, lo dejó hacer, y, quedó, a su lado, silenciosa y, como vencida, llena de un raro espanto, cual si viese morir con el día, cosas muy bellas y muy amadas, que ahora eran precarias y fugaces... ;

hacía ya tiempo, que el *toque de Angelus* había sonado en todas las iglesias, y, en la muy cercana de *Santo Onofrio*, el silencio hacía mucho que imperaba sobre la solitaria voz de las campanas ;

las rosas de la *Villa Lanti*, muy vecina, y, las del viejo jardín, *Corsini*, embalsamaban la atmósfera, y, la onda de sus perfumes llegaba hasta la terraza florecida, donde Leona y su esposo habían dialogado y, de la cual se alejaban ahora, en dirección a la casa, por cuyas ventanas, la luz encendida de las lámparas brillaba tras de los cristales y, se derramaba en olas sobre el jardín, bañando los follajes cercanos de una luz fosforescente, mientras los coleópteros hacían diademas de flama, sobre el cándido blancor de los rosales dormidos.

*

Por primera vez, después de su matrimonio, Leona de Preti, se sentía triste ;

la fuente de su ventura se turbaba con un ligero soplo de inquietud, al anuncio de la llegada de Remo Marsilli ;

un ser extraño, venía a reflejar su rostro en las ondas límpidas y, puras, que hasta entonces habían corrido en la soledad, sin reflejar otras faces que las de ellos, los dos amantes absortos en la beatitud de sus corazones ;

y, ella, tenía miedo a la llegada de ese extraño, que venía a turbar la armonía de su vida, a romper el encanto de su soledad, a dispersar sus blancos sueños que volaban tan suave, tan armónicamente, bajo las alas letárgicas del Silencio ;

y, aquel que venía a turbar la serenidad de sus paisajes interiores, la calma elísea del río de su vida, alzándose entre su corazón y, el corazón del Amado, para interrumpir su suave y voluptuosa intimidad, se le aparecía como un enemigo, empeñado en destruir su ventura ; el *hospes*, *hostis*, que iba a pasar por el umbral de su puerta, pero no pasaría nunca por las puertas de su corazón, y, se preparaba a odiarlo ;

¿por qué su marido no era solo en la vida sin nadie de su raza?... ; sólo para ella, sólo para su corazón, sin más afectos que el afecto suyo, única fuente que corriera hacia ese río de amor, en el cual, ella aspiraba a ver retratada su imagen, sola, sola, como el Sol sobre la mar ;

y, una gran inquietud la poseía, esperando el huésped anunciado, que su marido había ido a recibir a la *Estación de Termini*, y, pará el cual estaban ya preparadas las habitaciones ;

y, era sin defensa contra ese miedo que la invadía gradualmente esa tarde, mientras para distraerse, esperando aquellos que debían llegar, se paseaba por las avenidas desiertas del jardín, donde a la sombra azul de la arboleda, rodaban los pétalos mustios de los geranios, en una como ronda desesperada de adioses melancólicos, mientras las músicas encantadoras del viento decían extraños rondeles al alma sensitiva de las rosas, que parecían agitadas de un débil tremor de ternura y de piedad, y, los nenúfares se inclinaban hacia el verdor obscuro de las aguas del estanque, como buscando otra alma tan pura como la suya, bajo la melancólica mudez de aquellas ondas inertes ;

y, sentía ese miedo y esa angustia crecientes, subir en su corazón como una ola turbia que se hubiese escapado de la palidez de las lagunas pontinas, o del oleaje amarillo del *Tiber*, para enfermarla de esa extraña fiebre de inquietud que la hacía temblar y palidecer, como si el perfume de las magnolias cercanas fuese una saturación violenta de venenos ;

se sentó desfalleciente sobre un banco de piedra, a la sombra de un laurel en flor, que extendía sus ramas heroicas en el Silencio, como en espera de los héroes por venir, y, allí permaneció inerte y muda, como si una embriaguez de dolores la hubiera vencido, mientras las golondrinas retardatarias voloteaban sobre ella, trazando curvas agoreras

en el aire, y, la perla de la tarde palidecía, bajo un velo nefasto de presagios;

tan profunda era su abstracción, que no sintió el ruido del coche que se detuvo a la puerta de la Villa, ni el sonar de la campanilla, ni el ruido de los criados que acudían a la llegada del Señor, para recoger el equipaje del huésped que venía con él;

un murmullo de voces vino a sacarla de su ensimismamiento, y cuando alzó la cabeza, vió al extremo de la Avenida, aparecer dos hombres, que avanzaban dialogando;

eran su esposo, y, el recién venido, que se dirigían hacia ella;

haciendo un supremo esfuerzo para vencer su turbación, se puso en pie y fué al encuentro de aquellos que llegaban;

avanzó bajo los ramajes reverentes, entre la salutación de los rosales, como si fuese una flor viva, que marchase; algo musical como un preludio, y, flúido como una onda de perfumes;

vestía un traje violeta obscuro, modelado al cuerpo en forma de túnica, ornado con delgados hilos de oro hacia el cuello bajo, y el halda angosta, y ceñido al talle por un cinturón sujeto con un enorme broche de amatistas;

desnudos de joyas los brazos y los dedos, sólo llevaba pendiente al cuello con una cadena cuasi invisible, un pequeño medallón, en el cual un hábil estofador, había grabado en esmalte azul, un retrato de niña, que era el de ella;

por todo adorno una camelia recién abierta, fijada sobre el seno izquierdo ponía en el violeta obscuro de la tela sus ondas de blancura, impregnando el aire de sus efluvios enervantes y turbadores;

el bordoneo armónico de las abejas parecía marcar el ritmo de su paso en el silencio de la tarde serena;

viéndola llegar, su esposo, avanzó el primero, para abrazarla;

y, la besó ;
luego le presentó a Remo ;
ella, le tendió la mano ;
y, él, se inclinó para besársela ;
cuando alzó la cabeza, fijó sus ojos, de un color de acero bruñido, en los ojos de Leona, hechos tenebrosos en la palidez láctea del rostro grave de una impasibilidad estatuaria ;
con una voz insegura, cuasi de adolescente, él, murmuró las frases de cumplido que son de ritual en estos casos ;
ella, agradeció sin emoción la exquisita banalidad, con una voz suave, en la cual parecía sonar el río melodioso de la tarde, y cantar el alma misteriosa de los jardines.
Remo Marsilli, era un bello joven, muy alto, muy delgado, pero de contextura fuerte y, apostura gallarda de soldado ;
sus ojos, eran duros y crueles, de un gris metálico, que se hacían de un denso negro de óxido a la menor contrariedad ; tenía el rostro sanguíneo ; el pelo rojo, de un rojo melado como el de la piel de los chacales ; los labios, imperativos y, sensuales ; dientes largos de lobezno, que se mostraban aún sin hablar ; fuertes mandíbulas de animal carnicero ; un vello más rojo que el de los cabellos, aunque casi invisible, le cubría las mejillas y, se espesaba en la parte superior de los labios ; tenía una extraña semejanza con los bustos de Sila joven, que se ven en los museos romanos, y, el retrato que de él hace Veleyo Patérculo ; su mismo rostro pérfido, su mismo aire de brutalidad astuta y de insolente crueldad ;
sus ojos, al fijarse dominadores, en los de Leona, que bien merecía su nombre, encontraron los de ésta, fríos, serenos y calmados, como un río bajo la noche ;
vencido por ellos, bajó los suyos, sonrió, con una

sonrisa equívoca que quería ser amable, y le ofreció el brazo, para regresar a la casa;

ella, se apoyó en él, sin temblar, y, marcharon al lado del esposo, como embarcados en el esquife de púrpura de la tarde, sobre las aguas tenebrosas del río del Olvido corriendo a la sombra de la cabellera sutil de los cipreses mortales;

los velos azules de la Noche, caían ya sobre Roma, envolviéndola en uno como suave moaré de idealidad, coronándola de una luz de estrellas, que era como un polvo de oro, cayendo sobre un estuche de nácar, en el cual durmiera el fiero corazón del Mundo Antiguo.

*

La luz de la mañana, entrando a través de los estores corridos, despertó a Remo Marsilli, que abrió los grandes ojos somnolientos y, pesados de aquel que ha dormido poco y paseó una mirada perezosa por la cámara que lo albergaba;

recordó bien a donde estaba;

y se dió a rememorar la escena de la tarde anterior, y, la espantosa revelación que había tenido ante sus ojos, en la forma tangible de Leona de Preti, hecha la mujer de su tío, Giovanni Lanzzi;

todo el panorama de su adolescencia, se desarrolló ante él, como evocado por ese recuerdo;

y, se vió, huérfano adolescente, recluído en los claustros de un colegio de jesuítas, en Ferrara;

y, la figura de Rómulo de Preti, hermano de Leona, y, amigo íntimo de él, arrebatado por la muerte a la amistad, surgió en su recuerdo aureoleada por el doble prestigio de la tumba y de la lejanía...

a causa de su intimidad, que los hacía aparecer unidos como dos hermanos, y, de sus turbulencias, que los hacían respetar y temer de sus otros compañeros, éstos los llamaban: los *lobeznos terribles*,

haciendo alusión a los gemelos de Rhea, que la loba del Lacio había lactado ;

inseparables dentro y fuera del Colegio, Rómulo, ya huérfano de padre, lo había llevado a su casa, y, lo había presentado a su madre y, a su hermana ;

era ésta, entonces, una niña de doce años, lánguida como un lis, blanca y esquiva como un ánade salvaje ;

verla y amarla, había sido una sola cosa para su corazón ;

imperioso y, brutal, por temperamento, le había dicho un día que la amaba, que quería ser amado por ella, y, le pidió el juramento de un amor eterno, como el suyo ;

la niña tembló ante la impetuosidad de esa declaración, y, seria y reflexiva, no prometió nada, no juró nada, y, cerró sus labios y su corazón ante ese amor que no sentía ;

él se había puesto a amarla entonces, ciega e impetuosamente, con ese despotismo cruel, que ponía en todas las cosas de su alma ;

ella, huía del tempestuoso adolescente, y, se resguardaba de sus ardores apasionados, con un gesto casto y, a veces agresivo, como el de un halcón blanco, que no quiere ser violado ;

la pasión hacía destrozos en el alma impetuosa de Remo, y, se avivaba ante la actitud de Leona, reservada y, severa, llena de un desdén, rayano en aversión.

—Yo, te robaré — le había dicho un día—, serás mía, o de nadie... ;

y, había tendido hacia ella, sus manos adolescentes, largas como tentáculos.

Leona, había retrocedido sin responder, y, había huído, como escapada a un real peligro ;

la muerte de Rómulo de Preti, arebatado en pocos días por una fiebre maligna, había puesto un velo de tristeza entre estos dos corazones, pero no

había calmado la tempestuosa pasión en el corazón de Remo;

la madre y la hija, aprovechando esta ocasión que les brindaba su duelo, no volvieron a recibirlo, felices de verse libres de la presencia de ese adolescente, que les causaba tantos temores;

una verdadera furia epistolar poseyó entonces a éste, que escribió carta tras de carta, a cada cual, más apasionada y más violenta;

ante el silencio absoluto de Leona, se exasperó, hasta llegar a la amenaza.

«Te mataré — le decía en una de ellas—, te mataré al salir de la Iglesia, único lugar en que me es dado verte, y, después me mataré sobre tu cadáver; no podrás escapar de mi amor ni aun entrando en la tumba»;

alarmada la madre, ante estas violencias, que teníàn de la locura, envió las cartas al Director del Colegio;

el agresivo amador fué recluído, y pocos días después enviado a una Academia Militar en *Torino*, por orden de su tutor;

la madre y la hija, quedaron libres, de esa persecución cruel, que las inquietaba;

pero, la ausencia no hizo sino engrandecer la pasión fatal.

Leona continuó siendo el ídolo de aquella alma vehemente y solitaria;

todos los actos de su vida, estuvieron como impregnados del recuerdo de aquella niña tan esquiva, tan remota y tan amada;

ausente de sus ojos, estaba más presente que nunca en el fondo de su alma;

había ensayado amar a otras mujeres, y la sombra de esa niña ausente se había interpuesto entre ellas y él, para impedirle todo amor;

se había lanzado precozmente en el vicio, y, al abrazar otras mujeres, era la imagen de la niña ausente, la que había estrechado entre sus brazos;

ella llenaba con su recuerdo lejano, sus sueños y su vida;

buscarla, perseguirla, poseerla, era la obsesión tenaz de su corazón;

y, he ahí, que ahora la hallaba...; más bella que nunca, más deseable que jamás...; al lado allá de un abismo más hondo, que todos los abismos que hasta entonces los habían separado...; inasible a sus manos; inaccesible a sus deseos...

y, ella lo recordaba;

sí;

lo recordaba perfectamente porque la noche anterior, durante la comida, había dicho con una indiferencia estudiada y cruel, que era como un eco de su antigua aversión:

—Mala memoria tiene Remo, pues no quiere recordar que fué el amigo inseparable de mi hermano Rómulo, y, que con él, estuvo muchas veces en casa; pregúntaselo tú — había dicho, a su esposo, con una voz y unos ojos tan calmados, que tenían la tranquilidad inquietante de un agua muerta.

—¿Verdad?—había preguntado Giovanni Lanzzi, divertido con la evocación.

—Verdad — había dicho él con una voz sorda en que palpitaban todas las violencias ocultas, y había añadido— : Ahora, lo recuerdo; fué en Ferrara.

—Sí; yo tardé algo en reconocerlo, aunque usted ha cambiado bien poco; los seres y, las cosas que hemos conocido de niños, se olvidan tan pronto...

él, habría querido protestar, gritar muy alto, que él no había olvidado, que él, no olvidaba, que eso era una mentira cruel...; pero, había callado:

la presencia de Giovanni Lanzzi, le imponía, y los ojos taciturnos de Leona de Preti, eran como un desafío, a toda indiscreción;

y, ¿qué tenía que revelar él?; ¿qué tenía que delatar?

nada que a ella pudiera comprometerla:

nada que no fuera el insensato amor de él, nunca correspondido y siempre esquivado:

ese amor, que engrandecido en la lejanía, estallaba ahora, más violento que nunca, ante la mujer adorable y deseable en que aquella niña se había convertido; ante la rosa espléndida cuyo capullo había llenado de un aroma extraño la mañana de su vida; ante esa mariposa fúlgida, cuya crisálida había sido el sueño de las ardientes noches de su adolescencia;

y cuán bella la había hallado al contemplarla detenidamente, la noche anterior, en el salón, bajo los dibujos de oro del *plafond*, que reproducían escenas de faunas y de floras maravillosas, vistas en Africa por Giovanni Lanzzi, y, reproducidas de las fotografías, por un admirable pintor, amigo suyo;

su belleza se hacía espléndida, bajo la luz de las lámparas, que daban a su rostro blancuras diáfanas cuasi sobrenaturales; fingían en sus ojos profundos, mirajes de sol poniente sobre estanques sombríos, y, daban a su cabellera, un reflejo azul-violeta, como el color de la túnica que diseñaba al cubrirlas, sus formas maravillosas;

la velada había sido corta;

él, había pretextado cansancio, para no prolongar el colérico martirio de verla, ceñida por el brazo de su esposo, mirándolo con ojos de amor, y reclinando a veces la cabeza sobre su hombro, como un pájaro que busca, torpe de sueño, su nido en el ramaje, para dormirse en él;

y, ya en su habitación, esa alcoba, blanca y dorada en que despertaba, se había arrojado vestido sobre el lecho, y, había sollozado largamente en él, presa de una real desesperación;

ya muy tarde se había desvestido, ensayando dormir;

vano empeño;

la violencia de sus sensaciones le impedía todo reposo;

clareaba el alba cuando se había adormentado unos momentos...

y, despertaba ahora ante la irrupción brusca del sol, que llegaba hasta su lecho...

volvió con avidez a la recordación de sus dolores;

y, su primer pensamiento fué para ella... ; para ella que ahora dormía al lado de su marido, tal vez entre sus brazos; después de una larga noche de amor... ;

y, acaso a esa hora éste la miraba dormir después de haberla poseído, y, de haberse saciado de sus besos, bajo el mismo techo de la casa en que velaba él, ensayando dormir... ; él, el eterno desesperado de esa pasión, el eterno ebrio de esos besos imposibles, el eterno loco de esas carnes nunca poseídas por él, y, ahora gozadas por otro, a pocos metros de la estancia solitaria, en que él, rugía de celos y de coraje;

desesperado y brutal, saltó fuera de las sábanas, se vistió un *robe de chambre*, que extrajo bruscamente de su maleta, y, se puso a dar grandes paseos por la habitación; paseos, que en el desorden de su pensamiento, se hacían a veces circulares, como los de un tigre enjaulado;

a veces, miraba con ojos torvos su revólver, puesto sobre la mesa de noche, y, su sable de caballería, colgado en un ropero fijo al muro;

¿de qué le servían esas armas, si con ellas no podía conquistar su ventura?...

sentía ímpetus de irse, de volver la espalda a esa felicidad que era su angustia, y alejarse, irse lejos... muy lejos... donde pudiera olvidar y ser feliz...

olvidar...

¿lo había logrado en esos años de pena en que había consumido su adolescencia llena de dolores,

y empezaba a consumir su juventud, angustiada y tormentosa?

morir...

morir era lo que deseaba... ; sólo en el corazón de la Muerte, está el Olvido... ;

pero... ; huir, cobarde, sin intentar una revancha... ;

morir vencido, sin haber poseído un minuto, siquiera, el cuerpo, ya que no poseería nunca el alma de esa mujer que amaba... ;

¿no era una deserción, una cobardía, una traición a su propia vida?

¿que poseer esa mujer era imposible?...

mentira... ; mentira... ;

la palabra Imposible, no está escrita, sino en el escudo de los cobardes que renuncian a todos los combates ;

¿por qué no esperar?

¿por qué no intentar?

el Exito, es el dios de los fuertes y de los audaces...

¿por qué no ir en peregrinación hacia los altares de ese dios?

el Deseo, heroico, insaciable, el Deseo, que no muere jamás, lo poseía con su fiebre voraz, y, temblaba como un potro indómito, y los cartílagos de su nariz se dilataban desmesuradamente como si olfatease el olor de la hembra, que allí, cerca de él, se despertaba en brazos de otro hombre y se entregaba a sus caricias ;

desesperado, como si se asfixiase y quisiese purificar la atmósfera, abrió los cristales de la ventana, y apoyado de codos en el antepecho, miró el campo verde como una dilución de esmeraldas, el jardín hecho cándido en la luz de la mañana ; el cielo puro, de una diafanidad de cristal, la estatua de Garibaldi, perfilando su gesto heroico más allá de las torres de *Santo Onofrio* y, Roma, dormida a los pies de su último conquistador ;

y, pensó, que él se llamaba Remo, como uno de los fundadores de esa ciudad ; aquel que fué muerto por su hermano, al saltar el muro de recinto de la ciudad recién fundada...

¿por qué no había de invertir los términos de la leyenda, y, matar a aquellos que habían saltado el muro de recinto de su corazón para arrebatarle su ventura?

¿por qué?

la voz de Giovanni Lanzzi sonó detrás de él, fresca y sonora con algo de marcial ;

venía a invitarlo a dar un paseo a caballo por los alrededores de Roma gozando el esplendor de la mañana ;

se vistió apresurado y salieron ambos.

*

Los cielos, color de ocre un tanto amortecido por el creciente vértigo de la luz estelar;

bajo el divino encanto de las errantes brumas, la comba de esos cielos tenía transparencias de una urna de cristal;

nimbaban las abejas en vuelos armoniosos las rosas moribundas exhaustas de color;

en la terraza espléndida, la luz hacía derroches de orfebrizantes prismas;

en proyección extraña, las hojas de los árboles fingían sobre el mosaico una alfombra movible, de mil raros caprichos que el viento complicaba en sus vuelos pausados sobre el ramaje umbrío;

hora de adoración;

el jardín tenía perspectivas fastuosas de miraje;

el alma moribunda del Otoño cantaba en él sus últimas canciones;

el verde anaranjado de los laureles próximos ornaba el barandaje de una orla movediza, y, había un secreto encanto en el vaivén incierto de su ramaje indócil;

la penumbra, se espesaba hacia el corredor, donde ensimismada, con un libro en la mano Leona de Preti, había dejado de leer y meditaba;

habían sido para ella, días de hábiles maniobras, los que habían pasado últimamente, maniobras destinadas todas a evitar el verse sola, siquiera un momento, con Remo Marsilli ; para eso, se había hecho más asidua cerca de su esposo, ayudándole a arreglar unos antiguos papeles que tenía en desorden y de los cuales no se había preocupado hasta entonces ; pasaba largas horas del día, fuera de casa, en los almacenes de modas o haciendo compras, en los comercios del *Corso*, *Via Vittorio*, o *Via Nazionale* de donde regresaba con el coche cargado de paquetes ; y, por último para no estar nunca sola y con el pretexto de arreglar unos vestidos había hecho venir a casa una modista, y pasaba con ella largas horas, recluída en sus habitaciones ;

así, había logrado no verlo fuera de las horas de comer, y, las de algunos paseos de tarde, por el *Pincio*, *la Villa Borghese* o los deliciosos campos de *fuora Porta*, siempre en compañía de su esposo ;

esta táctica, exasperaba hasta el delirio a Remo Marsilli, que para consolarse había intimado indecorosamente con la camarera, de la cual obtenía confidencias e informes sobre la vida íntima de los dos esposos ;

había tenido la intención de escribir a Leona, para lo cual la camarera, se habría prestado a poner la carta en lugar que ella la viera, pero, había retrocedido ante el temor de Giovanni Lanzzi, al cual era seguro que Leona entregaría la carta.

y, había esperado mejor ocasión, seguro de que, con su audacia sin escrúpulos, pronta a todas las villanías, y el oro que diera a la sierva infiel, todos sus planes serían realizados ;

aquel día Giovanni Lanzzi, había sido a última hora, destinado a un servicio extraordinario, y, había comisionado a Remo Marsilli, para decírselo así a su esposa, y entregarle las pocas líneas que le

escribía anunciándole, que no regresaría a casa, hasta la tarde del día siguiente ;

y, Remo, fué feliz a llevar el mensaje ;

halló a Leona en el corredor, sentada en una silla mecedora, y vestida en blanco, como si fuese una rosa más, caída en el espesor de las penumbras ;

ella, había vuelto a abrir el libro, y absorta en su lectura, no sintió a Remo que llegaba y se había detenido a pocos pasos de ella para contemplarla ;

ante aquella belleza, constelada de luces inciertas, en el halda de cuyo traje el reguero de los follajes, fingía dibujos de mayólicas, y, a la cual las enredaderas del barandaje, hacían un nimbo de Madona primaticia, el joven se detuvo a contemplarla ;

un susurro de voz apenas perceptible, se escapaba de los labios trémulos y entreabiertos de Leona, que repetía febrilmente las palabras del libro que leía ;

el murmullo de su voz, era fresco y suave, como el de un arroyo sobre gramíneas floridas ;

sus ojos bajos sobre el libro, aparecían completamente ocultos por las pestañas, negras y, tan largas, que proyectaban sobre la palidez mate del cutis, una sombra azulosa, como la de las alas de un pájaro mosca, sobre la languidez de una camelia enferma ;

sus manos temblaban al volver las hojas del libro, cual si las agitase la emoción de la lectura, que se retrataba en su faz, como en una agua calmada, un ardiente celaje, de estío ;

cual si sintiese fijos en ella, los ojos audaces de aquel que la contemplaba, alzó su rostro conmovido y serio, lleno del contagio apasionado de aquello que leía ;

ensayó sonreír, y, marcando la página del libro, lo cerró ;

el reflejo de sus ojos húmedos de emoción, se hizo obscuro, como enturbiado por una sombra de inquietud; y se hicieron gradualmente duros, con una dureza de gemas sin pulir;

él, la devoraba con las miradas, en una actitud que quería ser tierna, y, era, sin embargo violenta y agitada, como la de un tigre enamorado que olfatea la hembra;

nunca la había visto sola, desde su llegada a la villa; nunca le había hablado que no fuera en presencia de su marido;

y, ahora la veía allí, sola, ofrecida sin defensa a sus miradas audaces, al alcance de sus manos que temblaban impacientes, fría y calmada, como una tuberosa de cristal, como una de esas flores de porcelana, que ornaban los grandes maceteros donde ostentaban las parásitas su fúnebre belleza;

un olor penetrante de jazmines llenaba el ambiente;

en el horizonte la Noche surgía lentamente, como un muro alzado por manos invisibles, y, sobre el cual temblaba un inseguro nimbamiento de estrellas;

y, ella, parecía brillar en esa sombra, blanca y fantástica, como un ibis de alabastro, esculpido en un sarcófago de basalto;

rompiendo los acordes del silencio con una voz ruda que quería ser suave y sin embargo temblaba en la violencia de sus ímpetus contenidos; él, la saludó, entregándole la carta en que su esposo le anunciaba su ausencia;

la leyó, marcándose en su semblante la impresión de una visible contrariedad;

y, alzó luego su rostro sereno, sin dejar ver en él, nada de la infinita angustia que había en su corazón;

una sensación ambigua de audacia y de voluptuosidad timbraba la voz de Remo, cuando le dijo:

—¿Leías? — y clavó sus ojos movibles y felinos,

en el libro y en las manos liliales que lo sostenían, inclinándose un poco, como para leer el título de la obra.

—Sí ; versos de Mario Rapissardi ; es mi poeta preferido— ; dijo ella con una voz en cuya calma, se sentía un poderoso esfuerzo de dominio ; y feliz de poder desviar hacia el tema inocuo de los versos una conversación que ya presentía peligrosa, añadió : ¿no amas los versos?

los dos se tuteaban ya, porque así lo había querido Giovanni Lanzzi, en su deseo de que se tratasen como hermanos :

—Los versos... — dijo él, con una voz profunda, en la cual sonaba sin temblar toda la violencia de su amor, y, la protervia del deseo cuasi incestuoso que lo poseía : — los versos — repitió despectivo—, todo verso es mentiroso y falso ; aquel que puede rimar su pasión ya no la siente ; no se riman las tempestades sino después que han muerto sobre el cielo ; así con el amor ; sólo un amor difunto puede coronarse de rimas ; el otro, el grande amor, aquél que no muere nunca, ése no cabe en los límites de un verso ; no puede hacerse correr el mar por el cauce de un arroyo ; el verdadero, el voraz amor, ese que domina una vida y la consume, ése no tiene otro ritmo que el ritmo de los besos...

estaba tan pálido y tan agitado cuando eso dijo, que ella se puso en pie, acercándose al timbre eléctrico y a la llave de la luz, que estaban vecinos, sobre el mismo muro :

—No, no te irás así sin oírme — dijo él, trémulo de rabia ; y saltando sobre ella, con una audacia brutal, la abrazó el talle, buscando sus labios para besarla.

—¡ Miserable ! — gritó Leona, rechazándolo con violencia, y, desasiéndose de su abrazo tocó el timbre, e hizo girar la llave de la luz...

Remo, como una fiera, a la cual han herido sin matar, iba a lanzarse de nuevo sobre ella, cuando

apareció un criado, que venía a la llamada del timbre...

—Acompaña al señor a su habitación, y, ayúdalo a preparar su equipaje, porque el señor parte esta noche — dijo ella calmada, severa, poniendo toda su alma en ese decreto de expulsión ;

el criado se inclinó, y, ella desapareció por la puerta del salón, grave y pausada, sin mirar siquiera al joven, que inmóvil y de pie, contenido apenas por la presencia del criado, la miró partir, trémulo de lujuria y rojo de coraje...

*

Ya en el salón, y libre de la presencia del infame, su valor la abandonó ;

vencida por el esfuerzo que había hecho, para dominar su espanto, sintió que una crisis de nervios la asaltaba, y, se dejó caer sobre un sofá...

allí lloró largamente, amargamente, sola en la obscuridad... ;

sola, sin llamar a nadie, porque no quería que la servidumbre pudiese ver las huellas de su llanto, y, adivinar el terrible drama que se desarrollaba en el silencio ;

sola... ; lejos del único ser que podía protegerla contra el intruso, contra el miserable, que aspiraba a destruir su ventura y mancillar su honor ;

¡ ah !, el miserable sería descubierto ; ella, no guardaría silencio ; contaría a su esposo todo ; la antigua persecución, y la infame asechanza de esa noche ;

sí ; lo diría todo... todo... aunque corriera la sangre, aunque triunfara la Muerte... ;

y, triste, y angustiada, como si hubiese sentido el derrumbamiento súbito de toda su ventura, cual si presintiese que entraba en el siniestro corazón

de la Tragedia, hizo la luz, secó sus ojos, arregló sus cabellos ante un espejo, y esperó que la llamaran a la mesa.

—La señora está servida — dijo un criado pocos minutos después, apareciendo en el umbral de la puerta.

—No avises al señor Marsilli, levanta de la mesa su cubierto, porque él parte esta noche, y no cena en casa — dijo con voz imperativa, en la cual el apellido de Remo, parecía haber puesto un tremor de cólera... ;

cenó sola, ensayando una gran serenidad, para cubrir todas las apariencias ;

al levantarse de la mesa, dió sus órdenes al servicio, y, se retiró a sus habitaciones ;

se desvistió por sí misma, sin llamar a la camarera, por la cuál sentía ya un principio de aversión ;

apuró la infusión de tila que ésta le había dejado preparada, como siempre, sobre la mesa de noche ; y, entró en el lecho ;

la tila, le dejó un sabor raro en la boca, un sabor que no había sentido nunca en esa tisana, que bebía todas las noches, y pensó que no estaba bien preparada, o que el vaso no estaba bastante limpio ;

no tuvo fuerzas para verificar esto último, porque la cabeza le pesaba enormemente, y, un sueño invencible la poseía ;

quedó inmóvil bajo la acción de ese sueño anormal, que no era completo ;

sumida en ese sopor semilúcido, que no era el sueño absoluto, pero, que no le permitía moverse, permaneció inerte con los ojos entrecerrados ; y, ya tarde de la noche, vió, claramente, abrirse la puerta de su alcoba, y, aparecer en ella una forma blanca, como un fantasma ;

tuvo miedo, pero no pudo ni alzarse, ni gritar ;

reconoció la sombra ;

era Remo Marsilli que avanzaba cubierto por

su larga camisa de noche, como un muerto envuelto en su sudario;

y, lo vió llegar cerca a ella, y, mirarla con ojos lascivos y dominadores y sentarse a la orilla del lecho, y tomar su mano fría, entre las suyas ardientes;

y, lo sintió deslizarse como una serpiente bajo las sábanas;

y, sintió el contacto de sus labios odiosos, profanar con sus besos, su boca y sus ojos, sus senos y su garganta...

y, sintió sobre su cuerpo la impresión de una larga, abominable violación...

... ...
... ...
... ...

...Cuando volvió en sí, era ya bien avanzado el día;

despertó sola, pero, el desorden del lecho, y, los dolores de su cuerpo, recordaban bien la torpe profanación de que había sido objeto;

ensayó rememorar;

la cabeza le pesaba enormemente;

los efectos del narcótico persistían aún;

no quiso llamar, temerosa de que alguien del servicio adivinase su deshonra;

se puso en pie, penosamente, arregló el lecho lo mejor que pudo, ensayando borrar las huellas del odioso atentado;

preparó ella misma un café muy fuerte, en la máquina en que su marido solía hacerlo todas las mañanas, y lo apuró con fruición;

luego entró a su cuarto de baño, que comunicaba con su alcoba;

tomó un largo baño reparador;

ungió con los mejores perfumes su cuerpo profanado, dolorido aún de las violencias brutales de la violación;

y, vuelta a su aposento, envuelta en un largo peinador, se puso a escribir ;

escribió poco ;

no había dejado de llorar un momento, y, lloró aún más amargamente mientras escribía ;

cuando hubo acabado de hacerlo, puso el pliego de papel en un sobre ; lo cerró, lo lacró, y, escribió sobre él, el nombre de su esposo ;

puso la extraña misiva en punto bien visible ;

se vistió cuidadosamente, con un traje de terciopelo negro, que le era muy amado, y, que hacía resaltar enormemente su belleza lilial ;

tomó de un pequeño botiquín de campaña, que su marido tenía, y que ella conocía muy bien dos píldoras de un veneno muy activo, cuyo nombre sabía, y cuyos efectos no ignoraba ;

y, las apuró ;

serena y calmada, se extendió en su lecho para morir ;

la Muerte, piadosa, no tardó en llegar, tras leves singultos, y vagos dolores ;

nadie la vió, ni la sintió morir ;

quedó inmóvil, con el rostro contraído por un trágico gesto, y los ojos desmesuradamente abiertos...

sus labios, violentamente contraídos, parecían querer gritar...

... ...
... ...

Cuando Giovanni Lanzzi, cumplido su servicio regresó a su casa, halló el cadáver de su esposa tendido sobre el lecho, y una carta al lado...

la servidumbre no acertaba a darle razón del extraño suceso.

Remo Marsilli había partido ;

loco de dolor, abrió la carta, buscando en ella, alguna luz que lo orientara en aquel laberinto de pena ;

en esa carta, Leona, narraba su infame violación, y terminaba diciendo :

«después de esta afrenta, no podré ya ofrecerte mi carne, mancillada por otras caricias, y, mis labios ultrajados por otros besos ; no podré ya darte mi cuerpo, que el cuerpo de otro hombre ha deshonrado con su contacto ; no pudiendo ya ser tuya, porque no soy pura, seré de la Muerte ; y daré a los gusanos los restos de mi deshonra ; no te pido en cambio de mi sacrificio, sino vengarme ; júramelo por nuestro amor que fué tan puro, y, fué tan bello ; júralo sobre mi cadáver, porque el medallón aquel que yo llevaba al cuello, y que contenía mi retrato de niña ; ese medallón, que tú amabas tanto y sobre el cual, hacíamos todos nuestros juramentos ; ese medallón, que tú besabas sobre mi seno, cuando me abrazabas en nuestras noches de amor ; ese medallón, me lo ha arrebatado el infame, arrancándolo de mi cuello, al mismo tiempo que me arrancaba la honra ; júrame que se lo arrebatarás ; y, que se lo arrebatarás con la vida.»

Giovanni Lanzzi, cerró los ojos de su esposa ; la besó con pasión, lloró largas horas, de rodillas ante el lecho mortuorio, cerca al ser amado, y poniendo sus manos en las manos de la muerta, juró vengarla...

—Duerme tranquila — le decía al oído— ; yo, arrancaré el medallón de las manos del infame ; se lo arrancaré con la Vida ;

puso su espada desnuda en forma de cruz sobre el cuerpo de la muerta ;

y, sobre esa cruz de carne y hierro, juró vengarla...

*

Veinte años transcurrieron en la inútil y angustiosa persecución ;

veinte años que Giovanni Lanzzi, pasó en perseguir la sombra de su venganza por todas las latitudes de la tierra :

desde el día siguiente a aquel en que sepultó su esposa en el Cementerio de *Campo Verano* en Roma, repitiendo su juramento ante los álamos argénteos y, las rosas caudatarias de la tarde que rodeaban la tumba recién abierta no pensó ya sino en cumplirlo, sin tregua y sin desmayo ;

abandonó el culto de la espada que había sido el culto apasionado de su vida ;

renunció todos sus grados y honores militares ;

cerró las puertas de *Villa Leona* en cuyos aposentos le parecía ver vagar la sombra de su esposa profanada, pidiéndole venganza ;

y, como un Asahaverus desesperado vagó sin detenerse, siguiendo el veredicto de la Némesis Implacable ;

en la Academia Militar de Torino, no supieron darle nuevas del cadete fugitivo, que no había regresado allí ;

recorrió toda la Italia, de los Alpes al Tirreno,

y, del Mediterráneo al Adriático, sin hallar en ninguna parte las huellas del traidor ;

en París, había buscado de la *Butte* a *Montparnasse* y, del *Bois* a *Montrouge*, frecuentando todos los medios sociales ; del diplomático al artístico, y recorriendo todos los lugares de vicio y de placer, todos *rendez-vous* de noctámbulos de *l'Horloge* y *des Ambassadeurs*, hasta los últimos *cabarets* de apaches, sin hallar por ninguna parte, al felón fugitivo, que le había arrebatado su honra y su ventura.

Londres le había mostrado su vientre canceroso, desde *Whitechapel* a *Victoria Street*: *New York*, sus barrios suntuosos desde *Central Park* a *Union Square*, y, el hormigueamiento vertiginoso de sus barrios de *Down Town;* Buenos Aires, los secretos de su cosmopolitismo abigarrado y poliparlante ; Tokío, sus jardines encantados, y, sus preciosos palacios de madera ; Pekín, sus salones de opio, y sus bazares asquerosos ; Constantinopla, su exotismo policromo y su alma cruel ; y, por ninguna parte lo había hallado a él ; al culpable que perseguía ;

se diría que la tierra lo había tragado, para raptarlo a su venganza ;

veinte años, y, el fantasma de su odio en pie, pidiéndole justicia... ;

veinte años, y la muerta aún sin vengar...

la vejez había venido sobre él ; sus fuerzas declinaban, menos la fuerza de odiar ;

todas las pasiones habían muerto en su corazón, menos la pasión de la Venganza ;

como un síntoma de su senilidad, el espíritu religioso había renacido en él, y, empezaba a confiar a Dios, el cuidado de vengarlo ;

a medida que sus fuerzas físicas se debilitaban, su fe crecía, y, empezaba a esperar el milagro que había de poner en su camino al miserable, que había hecho de su noble vida una vergüenza ;

sí, porque él se sentía avergonzado de no haber vengado aún su Honor ;

se sentía deshonrado de no haber vengado aún la muerta ; esa muerta que no envejecía en su cerebro, y, cada vez más bella, y, cada vez más triste, le pedía venganza ;

empezaba a considerarse un vencido ; y, se sentía humillado de ese vencimiento ;

la fuerza de su brazo vengador, declinaba con la edad ;

a los setenta años, ya no podía hacer grandes viajes ; el desgaste físico agravaba los fenómenos de la vejez, y la senilidad patológica aparecía con sus crisis de desaliento y sus tristes horas de llanto ;

la idea de la muerte venía a veces a su mente, como un consuelo, como un refugio a su vida fracasada ;

pero morir sin vengarse, y sin vengarla a ella, le parecía una cobardía y una traición... ;

él, podía renunciar a vengarse, podía renunciar a su honra, porque era suya ;

pero, ¿tenía derecho a renunciar a la venganza de la muerta, que le había dejado, la misión de castigar el crimen, por el cual había sucumbido mancillada?

¿no era una cobardía?

¿dónde ocultarla?

¿dónde?

su misticismo exacerbado lo había hecho muchas veces buscar un refugio, de paz momentánea, en ciertos conventos de monjes contemplativos, de regiones remotas que había atravesado en sus últimas peregrinaciones ;

ciertos monasterios de benedictinos y, cistercienses, que había apenas entrevisto en días de asilo piadoso, lo seducían, con sus largos silencios claustrales, y, su serena paz de tumbas ;

y, había deseado muchas veces, ser allí, siquiera un oblato contemplativo, una sombra más entre

esas sombras ; un muerto más entre aquellos muertos que rezaban ;

pero su orgullo lo había detenido a las puertas de aquellos lugares de Renunciación, y, su Odio le había impedido ser, uno de aquellos vencidos, que confiesan, su derrota, uno de aquellos náufragos del mundo, de rodillas en las playas del Olvido ; una de esas almas que en la necesidad de ser perdonadas se dan todas al Perdón ;

una enfermedad que lo había puesto a las puertas de la muerte, y de la cual había convalecido en uno de esos conventos en que los padres lazaristas albergan peregrinos, en Jerusalén, había vencido los últimos átomos de su resistencia, y su debilidad senil, lo había lanzado de bruces al pie de los altares ;

el Prior de ese convento, que era un viejo militar hecho monje, le había dado una carta, para el abad de un monasterio de trapenses, en los alrededores de Roma ;

y, con esa carta, se había presentado a las puertas del convento, que le habían sido abiertas ;

se le había aceptado, se le había vestido el burdo sayal gris, como una túnica de cenizas ; se le había señalado su celda, una estancia diminuta rodeada de un pequeño huerto, por cultivar, al cual unos arbustos jóvenes prometían su sombra venidera, y, una vieja parra extendía complicaciones arácnidas, sobre un pozo profundo en cuyo fondo una agua obscura, se negaba a reflejar el cielo ;

desnuda de toda comodidad, la celda sólo tenía un jergón tendido en tierra, una mesa tosca en forma de reclinatorio, sobre la cual un Cristo miserando, clavado al muro, extendía brazos dolientes ; y, una vasija al pie ;

para llegar hasta esa celda, había atravesado aquella como aldea de muertos, donde hombres mudos inclinados sobre su azada laboraban en horas de sol la tierra de su huerto que había de alimen-

tarlos, sin alzar la cabeza, ni mirar a aquellos que pasaban, y, otros absortos en la lectura de sus Breviarios, y, cubiertos por sus capuchones de ajusticiados, respondían con una voz cavernosa a la salutación ritual :

—Hermano, de morir tenemos :

—Hermano, ya lo sabemos ;

como si hubiese celebrado los funerales de su propia alma, había entrado en aquella soledad para morir en ella, y, era como un cuerpo sin voluntad, con el solo deseo de desaparecer ;

echado por tierra, semejando bajo su sayal, un pájaro herido ; de rodillas ante el Cristo exangüe, pidiéndole con voz llorosa, estrangulada de gemidos, que enviase a su corazón, el Perdón y el Olvido, pasaba las horas de sus días y de sus noches penitentes ;

sus brazos en cruz, y las maceraciones de su cuerpo no alcanzaban a hacer bajar del cielo, las dos fuentes de ventura que esperaba... ;

y, veía con horror, que no podía, ni olvidar, ni perdonar, y, que el fantasma amado, el recuerdo de su mujer violada y sin vengar, lo había seguido hasta allí, burlando la Soledad con su presencia, y llenando el Silencio con sus voces lamentables, que le pedían cuenta de su juramento violado ; su juramento de vengarla ;

en vano se cubría el rostro con su capucha, para taparse los ojos y los oídos, y, se postraba al pie del Cristo, queriendo no oír y no ver el trágico fantasma ;

vano empeño ;

lo llevaba dentro de su corazón y, no podía expulsarlo...

creyendo enloquecer de dolor, en esos días sin quietud y, en esas noches sin calma, veía que habían sido inútiles sus esfuerzos, vana su apostasía, miserable su cobarde abdicación, y, que el Odio y la Venganza, reinaban en su corazón, en vez del

Perdón y del Olvido, que había implorado, de rodillas, ante su Dios, que en vez de perdonarlo parecía recordarle su juramento, aún sin cumplir ;

y ; veía con espanto, que era un prisionero en aquel mundo de muertos...

que no podía escaparse, que no podría huir, y, era un sepultado vivo que tenía que devorar su propio corazón...

*

La magnífica tristeza de la tarde, se extendía como un manto de paz, sobre la silenciosa Abadía, en cuyos jardínes, los monjes ambulaban, fija la vista en su libro de Horas, caladas las capuchas, indiferentes al admirable espectáculo de árboles y de aguas, que decoraban su soledad ; fantasmas sonambúlicos a los cuales, el declinar de la tarde, daba una majestuosa melancolía.

Giovanni Lanzzi, paseaba también sus tristezas desesperadas y vengativas, en aquellos jardines que un fausto litúrgico parecía decorar, y dialogaba mentalmente, como queriendo apaciguarlo, con el fantasma de su mujer, que lo seguía a todas partes, implorante, recordándole la inútil inmolación de su amor y de su juventud, y pidiéndole Venganza, marchando con los brazos extendidos ante él, como crucificada, en el crisol de la tarde, que moría en una agonía de llamas ;

en ese agotamiento paulatino de la luz, se vió aparecer en el final de la avenida, la forma de un monje, más alto, más delgado que los otros, hecho más fantasmal en esa decoración solitaria, de una estupefaciente quietud, como dibujada en un muro pálidamente azul, por los pinceles de oro de la Noche, surgente del corazón incendiado del Crepúsculo ;

esas dos sombras de hombres, avanzaron hasta cruzarse en mitad de la Avenida ;

al hallarse el uno frente al otro, cambiaron el litúrgico saludo :

—Hermano, de morir tenemos.

—Hermano, ya lo sabemos ;

como si un rayo hubiese caído entre ellos, al sonido de sus voces los dos hombres retrocedieron, y, quedaron luego inmóviles, mirándose por debajo de sus capuchas caladas.

Giovanni Lanzzi, el primero, violando todas las leyes de la orden, echó atrás su capuchón, dejando en descubierto su rostro envejecido, pálido de coraje y de ferocidad, y saltando sobre el otro, con un gesto felino le descubrió también el rostro ; y, las facciones inolvidables, el cabello rojo y los ojos pérfidos y crueles de Remo Marsilli, en nada, o en muy poco, cambiados por la edad aparecieron desnudos ante el candor de la tarde, que parecía ella también temblar, violada por aquellas manos sacrílegas.

—¡ Miserable ! al fin te encuentro—, gritó Giovanni Lanzzi con una voz estrangulada de ira, y, alzó la mano para abofetearlo.

Remo Marsilli, retrocedió y una sombra veló sus grandes ojos de leopardo joven pronto a lanzarse sobre su presa... ;

frailes silenciosos, que aparecieron bajo los árboles intermitentes, interrumpieron sin apercibirse de ella aquella escena brutal violadora de todas las leyes de la orden, y, del alma pacífica de aquellos lugares de recogimiento y de letargia del espíritu, ajenos a toda tormenta pasional ;

los dos rivales, cubrieron otra vez sus rostros, y, se alejaron en distintas direcciones, trémulos de coraje, turbados por la emoción inesperada de haberse hallado de nuevo en la vida ; en aquella Soledad que parecía lejos de ella, bajo esas avenidas del Silencio, que como arroyos de pacífico Olvido, llevaban hacia el río tenebroso de la Muerte...

*

La noche del trágico encuentro entre los dos adversarios penitentes, la celda que ocupaba Remo Marsilli, lo vió hasta muy tarde, agitado, nervioso, pasearse a grandes pasos, hablando solo, como si dialogase con seres invisibles, extendiendo los brazos como para abrazar sombras lejanas, ahogando grandes sollozos, hasta caer de rodillas, extenuado y vencido, en su reclinatorio, ante el Cristo lívido, que parecía apartar sus ojos artificiales de aquella alma herida, que no podía curar...

y, allí quedó inmóvil, abatido, agitado por grandes crisis de llanto ;

su encuentro con Giovanni Lanzzi, había abierto brutalmente, las heridas de su corazón, que no se habían curado nunca, y, había reabierto ante sus ojos las lontananzas de un pasado, que no había olvidado jamás ;

partido de Roma, el día mismo de su infame atentado, pocas horas después de dejar la villa de su tío, había ido a Venecia donde tenía amigos en vacaciones, y, allí había sabido por los periódicos, la muerte de Leona, que era como decir, la muerte de su propio corazón ;

enloquecido de un dolor que no podía contar, se

enroló como marinero, en la tripulación de un buque que salía para Esmirna, y, abandonó la Península, pocos días después de haber abandonado a Roma;

vagó años por el remoto Oriente, ejerciendo diversas profesiones, y buscando por todas partes el Olvido; el Olvido de su Crimen y de su Amor;

y, el fantasma lloroso de su víctima lo seguía a todas partes, pidiéndole cuenta de su honra, de su ventura, y de su vida...;

mientras más se hundía en la soledad, más vivo era su recuerdo, más grande su tristeza, más desnudo su dolor;

el Remordimiento, un verdadero Remordimiento que parecía ajeno a su carácter, lo poseyó y lo devoraba, como una fiebre consuntiva y letal;

tan verdadero fué su arrepentimiento que hasta su Orgullo murió en él, y aceptó como expiación, los oficios humildes que buscaba como un castigo a su soberbia;

fué lego en conventos de mercedarios, prisionero en tribus bárbaras, que lo ultrajaron sin piedad, y, fraile mendicante en los caminos lejanos, hasta que enfermo del miedo vil de los arrepentidos, vino a Roma, a pie, como un penitente de la Edad Media, para hacerse perdonar su crimen, de aquel que, según la fe de sus creyentes, tiene el poder de atar y desatar, y, de perdonar todos los pecados del mundo;

y, fué absuelto, pero, no fué curado de su mal;

había podido obtener el Perdón de su Crimen, pero no había podido obtener el Olvido de su Amor;

su Amor, que lo seguía a todas partes, como un cautivo inseparable, y no lo abandonaba en sus largos días de angustia, y, en sus noches de soledad;

y, había resuelto enterrarse vivo, para ahogar ese Amor, en las ondas tenebrosas de la Contemplación y de la Penitencia;

y, había entrado a la *Trappa;*

hacía quince años, que era uno de esos seres sin nombre, uno de aquellos penitentes anónimos, que arrojan en esa playa silente, las olas del Dolor y las del Crimen ;

quince años en que había vivido pidiendo a su Dios, el olvido de lo que no podía olvidar y, esperando la Muerte, única que podía matar en él, aquello que no quería morir ;

y, he ahí, que ahora se hallaba con ese otro fantasma, el fantasma del Odio, en cuya faz convulsa, y, en cuya mirada oblicua, había visto crepitar todas las llamas de esa pasión fatal que como las de la Cólera habían ya muerto en su corazón...

—Señor, Señor—decía al Cristo doloroso—, ¿por qué lo has puesto de nuevo en mi camino? : ¡ apártalo, Señor ! ¡ apártalo de mí !...

y, lloró y gimió toda la noche, hasta que la luz del alba lo encontró tendido en tierra, como una gran cosa muerta, como un árbol que la tempestad tumbó sobre el camino.

*

Los rezos de medianoche habían terminado en el Coro, y, los monjes abandonaban la Capilla, retirándose a sus celdas, por los senderos umbríos que la luz de la luna menguante bañaba de un débil resplandor metálico;

uno a uno iban los monjes, dispersos y lejanos, entre sí;

desaparecían al llegar a los senderos respectivos que llevaban a sus celdas;

éstas, parecían tragarlos, como una tumba;

al volver el sendero que conducía a la suya, Remo Marsilli, vió lanzarse sobre él, un hombre que estaba oculto a la sombra del ramaje;

lo reconoció;

era Giovanni Lanzzi.

Remo, vió brillar la hoja de un puñal y la sintió clavarse en su corazón;

no se defendió, no gritó, cayó por tierra, tendido cuan largo era.

Giovanni Lanzzi, se abalanzó sobre él, le desgarró el hábito sobre el cuello y, buscó ávidamente algo;

sus manos tropezaron con aquello que buscaba. y febrilmente pugnaron por desatar la cadena que

sostenía el Medallón al cuello del fraile asesinado ;

solo en ese momento, éste, que, no había acabado de morir, ensayó un movimiento automático y, levantó sus manos, ya sin fuerzas, como para defender la preciosa reliquia ;

pero luego, dejó caer sus brazos a lo largo de su cuerpo, y, quedó inmóvil ;

estaba muerto ;

arrancado ya el Medallón del cuello de Remo, Giovanni Lanzzi le arrancó también el cuchillo de la herida ;

una pluma de sangre brotó entonces y le empurpuró las manos y, aun el rostro, y goteando de la hoja asesina, marcó su marcha hasta su celda, con gotas rojas, que engrandecían en la arena, semejando hojas dispersas de una anémona despedazada ;

ya en su celda Giovanni Lanzzi, arrojó lejos el cuchillo que no se preocupó de limpiar, y poniendo sobre el reclinatorio, el Medallón, que contenía el retrato de Leona, se arrodilló ante él, y lo cubrió de besos, diciéndole mil cosas de amor, con voz apasionada y temblorosa ;

y, rodó por el suelo, apretando el retrato entre sus manos, cubriéndolo de besos locos, estrechándolo sobre su corazón, y, en un acceso de lascivia senil, poseyó en él, la Muerta Amada, celebrando con esa sombra, una larga noche de nupcias bajo la misteriosa luz de las estrellas.

*

Cuando ya promediando el día siguiente fué llamado a la celda del Abad, pudo observar en su trayecto hacia ella, que el cadáver de Remo Marsilli, había sido levantado del lugar en que él lo asesinó ; pequeñas gotas de sangre, se ennegrecían en la arena ;

ya en presencia del Abad, solo ante él, de rodillas en actitud penitente, no negó nada... ; ni su crimen, ni su falta absoluta de arrepentimiento por él, y, pidió que lo dejasen partir ;

más que en las pocas palabras del Abad, en su faz fría y, pálida, y, en el gesto duro de su mano, que le ordenaba levantarse y salir, adivinó su Sentencia Inapelable ;

y, regresó a su celda, con la certidumbre de que debía morir ;

¿cómo?

allí no se podía verter sangre ;

¿sería ahogado en su pozo?

¿sería estrangulado por manos del Hermano Verdugo?

nada podía averiguar, nada podía saber en aquel mar de Silencios que lo rodeaba ;

que estaba prisionero lo comprendió porque su

puerta fué cerrada por fuera, y, su ventana también ;

se sabía condenado a muerte, y, no tembló, esperando el cumplimiento de la terrible sentencia ;

tras largas horas de cavilación, y, ya llegada la noche, se quedó dormido con el retrato de Leona sobre los labios ;

despertó después de muchas horas de sueño ;

la obscuridad era completa ;

se puso en pie y anduvo en las tinieblas ;

a tientas halló el muro ;

lo palpó hasta encontrar la puerta...

aplicó el ojo a las rendijas, que eran muchas, y, miró por el agujero de la cerradura, por donde estaba habituado a ver entrar la luz del día ; no vió nada... ; la sombra era absoluta ;

empujó la puerta con violencia ; sintió que ésta daba contra algo duro, y percibió el olor de cal fresca ; no había duda para él ; la puerta había sido murada a cal y, canto ;

buscó la ventanilla, que daba sobre el huerto ; también estaba murada, más allá de los barrotes de hierro ;

entonces, lo comprendió todo ;

su sentencia de Muerte, se había cumplido...

había sido enterrado vivo...

aquella celda era su tumba ;

ésa era la Regla de la Orden ;

matar en el Silencio...

morir en el Silencio...

sintió que en plena Vida, estaba muerto ; que había sido sepultado ; que a esta hora el Oficio de Difuntos se rezaba por él, en la Capilla del Monasterio, al mismo tiempo que por Remo Marsilli ; y, los monjes rezaban por esos dos, anónimos, cuya tragedia ignoraban tanto como sus nombres ;

y, se rebeló a morir...

como un león cautivo, que se lanza contra los barrotes de su jaula, se precipitó contra la puerta,

arañó y, laceró el muro que lo encerraba, gritó mucho, queriendo ser oído, ser libertado, ser salvado...

olvidaba que afuera había también un mundo de muertos...

por largas horas casi hasta el anochecer del día siguiente, se le oyó gemir y gritar y, se sintió el esfuerzo de sus músculos, contra las piedras de su tumba ;

después... reinó el Silencio...

exhausto y, vencido, Giovanni Lanzzi, cayó por tierra y, se dejó morir, apretando contra su pecho el Medallón que contenía el retrato de su mujer ya vengada, y cubriéndolo de besos amantes, y, diciéndole suavemente, muy bellas cosas de Amor.

EL
MOTÍN DE LOS RETABLOS

EL
MOTÍN DE LOS RETABLOS

Horizonte limitado ; verde y ocre ;

la cortina de follajes, tiembla al soplo de la brisa ;

la decoran margaritas entreabiertas, y, jazmines malabares, en botón ;

los rosales, se dirían genuflexos, bajo el peso de sus flores, en un gesto, de letal adoración ;

en el oro de la tarde, la miseria del Sol brilla, cuasi extinto en la gran decrepitud de la hora vesperal ;

en un nimbo de cenizas, muere el día, ya cadente en los flancos de la Noche ;

triunfadoras las tinieblas, lo coronan ;

como el asa de una ánfora de ágata, medio oculta entre las nubes, la luna, en primer cuarto creciente, señorea ;

ostentorios diferentes, va brindando a las estrellas, la gran comba de los cielos, muy pálidos, muy sensibles al misterio de la sombra ;

una capa pluvial, azul violeta, laminada en viejo argento, extendida en las tinieblas, la colina, muy cercana, parece ;

caudatario de esa cauda, semeja el río minúscu-

lo, que en la sombra va corriendo, con reflejos de moaré ;

la salmodia de los campos, musita extrañas músicas, en los verdes, y escarlatas, y, los índigos pálidos, de la pompa vegetal, y, la calma arborescente del jardín ;

quieto el lago vitrescente ;

en su fondo se retratan las estrellas, semejando fragmentos de cristal, caídos de una vidriera celeste ;

dos cisnes párvulos surcan sus olas, ensayando gaudentes en la sombra, de sus alas la diáfana inquietud ;

las camelias son muy blancas, con blancuras monacales, y, tersuras de marfil.

pero, más blanca, es la virgen soñadora, que cerca a ellas, en la pálida penumbra de las hojas, está inmóvil, y, medita ;

parece una *intaglio*, esculpido en el tronco del grande árbol que ampara su belleza archidivina, y, el encanto sugestivo de su gracia juvenil ;

luz dorada los cabellos de un color de miel hiblea, que cual flámeo candoroso, a los flancos de su rostro de blancuras de gardenia, le caen ; sujetados hacia la nuca y hechos trenza, por la espalda como una sierpe de auricalco, hasta más abajo del talle le descienden ;

grandes ojos azulosos, de un azul, turbio y, metálico, con reflejos amatistas, como trozos de turquesas, entallados en cristal, al palor de sus mejillas le dan sombra y le dan luz con los rayos escapados a la red áurea y espesa, que le forman las pestañas, en redor de las pupilas de un vértigo sideral ;

muy pálidos, muy delgados son sus labios ; en un gesto de tristeza y de desdén, van plegados ; cual dos muros de silencio, conteniendo la palabra musical ;

su garganta columnaria, se ensancha hacia el busto, que comban como dos urnas votivas, los dos

pechos, prisioneros en las mallas de los linos de blancuras deslumbrantes ;

toda en blanco va vestida ; en un blanco de azahar ;

un gran lirio de cristal, ornado por los pistilos de oro de su blonda cabellera, semeja ;

bajo el nimbo de la luna, ella aparece, como un astro, aún más triste que la luna ;

un gran cirio funerario en la sombra de la tarde ;

con un libro entre las manos, manos largas sensitivas — de esas manos tan amadas a los pintores sieneses y a sus émulos de *Fiésola*, de a mitad del siglo IV, manos que se dirían tentaculares—, apoya el libro contra el pecho :

ha dejado de leer, y, medita ;

romántica, ensoñadora, deja las carabelas de sus sueños, errar bajo el cielo malva, en el cual las nubes hacen lagunas de oro, sobre la suave placidez de las cosas dormidas, que parecen ellas también, soñar en alta voz, con el murmullo de los arroyos, que corren sobre el corazón de la tierra vencida ;

rememora ;

vueltos los ojos de su espíritu hacia sus paisajes interiores, remonta en ese peregrinaje mental, el curso, bien corto de los días de su vida ;

no recuerda ojos maternos que sobre ella se fijaran con amor ;

ni cántigas maternales que en la cuna la mecieran ;

solitaria como un río en el desierto, fué su cuna ;

y, recuerda de su infancia las veladas sin amores, sin los juegos de otros niños ;

y, la casa campesina en que creció ;

gente tosca, indiferente en su redor ;

y, mas luego, el amplio claustro, y, los vastos dormitorios de un colegio ;

y, la paz austera y grave de la vida monacal ;

y, los rostros, de las monjas, maternales, o agresivos ;

la visión pálida y triste de sus otras compañeras de pensión ;

pero, aquéllas tenían madres, que venían al locutorio, a visitarlas ; las abrazaban, las besaban, se miraban en sus ojos, como estrellas en un lago de quietud ;

y, a ella, nadie la buscaba, a ella nadie la abrazaba, a ella nadie la besaba ; nadie vino de sus ojos, a mirarse en el cristal ;

siempre triste, siempre sola...

¿cuánto tiempo?

muchos años...

tenía ahora diez y seis...

y, hacía sólo algunos meses que había venido a la casa protectora de sus tíos ; a esa casa solariega, dulcemente hospitalaria para ella ;

allí, una atmósfera de afectos, muy extraña, calurosa como una ala, la envolvía ;

al principio, la figura alta y severa, de su tío, don Gerardo, le dió miedo ;

como una codorniz prisionera en el lazo, había temblado, cuando él, la abrazó al llegar a la casa, por primera vez ;

poco a poco, ese miedo disipóse ;

los ojos alconianos de su tío dejaban su expresión dominadora al mirarla, se hacían tiernos, cariñosos, cuasi humildes ; y sus labios, al besarla en la frente, temblaban de emoción ;

y, su tía, doña Marta... ; una madre cariñosa para ella ;

nada igual a la ternura de sus ojos, si miraban a la huérfana indefensa ;

nada igual a la dulzura de su voz, cuando la hablaba ; nada igual a la pasión de sus labios al besarla ; toda su alma estaba en ellos ;

todo, hasta el recuerdo de su soledad, había pasado, se había como fundido al calor de aquella atmósfera de amor que la rodeaba ;

parecía que su corazón hubiese nacido al contac-

to de aquellos afectos y se abriese como una flor sedienta al beso del austro;

la llegada de Renato, el hijo de un primer matrimonio de doña Marta, había venido a añadir un nuevo encanto a la serenidad de aquellos días, que tenían la diáfana quietud de un remanso de río, en la montaña;

y Renato era bello, era extraño y soñador...

y ella gozaba ahora en evocar esa figura obsesionante, y entrecerraba los ojos sobre el joyel metalescente de los campos, como para reconstruirla mejor en el recuerdo, en esa casta penumbra llena de idealidad;

y surgía, poco a poco, en el recuerdo, del ausente el perfil dominador;

y su silueta se levantaba completa ante ella, como incisa en el horizonte, bajo el resplandor de los astros fosforescentes;

y lo veía con una extraña vitalidad, tal como era;

ni alto, ni opulento, de carnes;

no pequeño, y mediano, muy cenceño era de sí;

blanco el rostro, con la extraña palidez meditativa del que vive muchas vidas en sus sueños interiores, del que lleva un signo aleve, del que tiene alma fatal;

los cabellos negros, lacios, en guedejas tumultuosas proyectando sombra densa, en la frente amplia, y, turbada, inquietante, cual la vista de una mar; tras de ella se sentían las tormentas interiores, en perpetua ebullición;

unos ojos soñadores, del color de la avellana, no muy grandes, aquilinos; unos ojos dominantes que en orgullo no hubo iguales;

una boca voluptuosa, con los labios prominentes, una boca imperativa, con los labios más sensuales, que se pueda imaginar;

unos dientes de blancuras infantiles, en encías frescas y rojas, con rojeces de un fresal;

esa boca, que sin duda a los besos imantaba, te-

nía un gesto despectivo, de insolencia, y de dominio, que alejaba o atraía, el cariño de las almas, según fuera el ritmo extraño, de sus labios, al hablar ;

una boca destinada a ser cauce de elocuencias, y dejar por sus parajes, señorear la tempestad, de la palabra ;

débil bozo, sombreaba esa boca tribunicia ;

algo miope, entrecerraba las pestañas, al mirar ; resguardando sus pupilas, que brillaban cual las de un felino en un zarzal ;

pocos meses habían transcurrido desde el día, en que él, vino, terminada su carrera, del colegio en que estudiaba en la vieja capital de provincia ;

grandes fiestas había habido en la casa, al regreso del mancebo ;

y, éste, había sido para ella, amable, cariñoso y, leal, como un hermano ;

y, la vida se hizo encantadora en aquella comunión de almas, en que mezclaban la belleza de su juventud, a la belleza de los paisajes, y, dejaban penetrar libremente las claridades del cielo en las claridades de sus almas, en las cuales, no había caído aún el calor y la sombra de las cenizas, que dejan los bellos sueños, al morir, sacrificados por la Vida ;

se hicieron inseparables, como si aquella soledad de campos que los rodeaba, fuese un atractivo más para la fusión lenta de sus almas, en un divino crisol ;

ambularon en los bosques, recorrieron los plantíos, cabalgaron largamente a través de las llanuras, y, les fueron familiares, los senderos más ocultos, las veredas más lejanas de los campos ;

la montaña les mostró sus senos vírgenes, y, las olas de los ríos, reflejaron de su barca la silueta, y, miraron sus figuras retratarse en su pálido cristal ;

en las noches, hicieron música en el salón fami-

liar, y, ella, cantó viejas romanzas, aprendidas de las monjas... ;

y, su voz suave parecía despertar los letargos del campo, acariciándolos con una letanía de ritmos desconocidos, que recordaban voces muy lejanas, voces de recuerdos desvanecidos que tuviesen lo infinito de un crepúsculo...

hubo un resurgimiento de alegría, en el viejo salón, adornado de muebles vetustos, y, en cuyos muros, los retratos de los abuelos, parecían sonreír desde el fondo de una noche de siglos ;

y, él decía bellos versos melodiosos ;

y, sus manos al decirlos, diseñaban bellos gestos armoniosos, en el aire : se diría que bordaba bellas cosas, con el hilo de luz de sus palabras ;

y, en las tardes ensoñaban en las sombras del jardín ;

allí mismo, donde ella lo esperaba...

¡ qué de ensueños se habían hecho !, ¡ qué de cosas se habían dicho, en el alma luminosa de las tardes moribundas !... ¡ cómo habían crecido las rosas de su Idilio, en ese rincón del jardín solitario, ante los ponientes empurpurados, donde el sol parecía detenerse un momento para mirarlos, y, era como una Esfinge de ónix, agazapada sobre un pedestal de granito rojo ! ;

y, esa tarde él retrasaba ;

y, la tarde y, los parajes, parecían solitarios, mendigar en su miseria, la limosna de sus ojos y, el encanto de su voz ;

y, la virgen, impaciente, lo esperaba ;

melancólica aguardaba la llegada de aquel que había turbado tan hondamente su corazón...

y, el fervor de su pensamiento, se hacía suavemente triste, como si las nubes que se desgarraban en el cielo, se desgarrasen también dentro de su alma...

magníficamente.

*

De regreso a su casa, Renato Ortiz, vagaba por la llanura, a esa hora, en que Cordelia, su prima, lo esperaba;

amaba el suave placer de *ambulat in horto*, que el Poeta latino, canta en sus versos;

él, también era un Poeta, y gozaba en ambular por los campos, bajo la caricia de las tardes vencidas, entre las avalanchas de oro de los cielos lejanos;

y, ese día, regresaba más tarde a su casa, como sugestionado por el encanto de la hora, por el suave hálito de melancolía, que se escapaba de las praderas inermes, hechas cuasi diáfanas, por los mirajes lunares, que fingían lagos de plata, sobre el terciopelo verde obscuro de los llanos, mientras la luna, como una galera de ópalo, hendía con su prora el oleaje de las nubes;

la visión de los campos paternales, era benéfica a su corazón;

en medio de esos campos había nacido, ellos lo habían visto crecer, como una espiga de sus trigales bajo esos mismos cielos, que la tristeza de la hora hacía pálidos, con una anémica palidez de consunción;

su silueta elegante, se proyectaba sobre esos senderos, que le eran fraternales, como algo exótico, casi ultrajante, al candor campesino de los paisajes, que desfallecían lentamente en el silencio ;

la gloria de los grandes espacios, imantaba el vuelo de sus sueños, que se hacían tristes, en ese dolor que parecía flotar en el alma del Crepúsculo ;

y, dióse a rememorar cosas de esos campos, como si dialogase con ellos, despertando para escucharla, el alma muda de los parajes ;

y, su pensamiento parecía seguir el rumbo de las hojas marchitas que el viento había desprendido de los árboles, y empujaba por el sendero, en rondas dóciles, lejos, muy lejos, hacia horizontes ya violados, por la Muerte y, el Olvido ;

y, escuchaba el ritmo lento del Pasado, que le hablaba ;

recordaba su niñez ;

eran pocos, pero bellos, los recuerdos de esa edad ;

la gran casa solariega, en que había nacido, llena de silencios y, de quietud ;

la figura de su madre, entonces tan joven y tan bella, consumiéndose como una rosa de mansedumbre en aquella soledad ;

su padre, un anciano achacoso, encorvado, regañón, ante el cual temblaban los propios y, los extraños ; siempre inclinado sobre los libros no alzaba de ellos la cabeza, sino para dar órdenes imperativas, o abrir su caja fuerte, y, entretenerse ante ella, contando los dineros, o arreglando notas, con una dulce fruición que le hacía desarrugar el ceño altanero, y brillar alegres las pupilas bajo las cejas hirsutas ;

sólo para él tenía ternuras aquel carácter agrio y hosco ; lo acariciaba largamente, y, le permitía permanecer en su despacho, gracia que a su madre, no le era nunca concedida.

él, beneficiaba poco de esa gracia, porque no

amaba sino estar al lado de su madre, gozando de sus caricias, y, monopolizando sus besos;

la llegada de Gerardo, un sobrino de su padre, a quien éste había traído para hacerlo administrador de sus bienes, había dado una nota de alegría a la casa, porque éste, era alegre, jovial y, decidor y distraía a su madre y lo distraía a él, en ese limbo de tristezas en que vivían;

su padre, hizo entonces una larga ausencia, y se estableció en la Capital, donde puso una Agencia de Negocios, que era una casa de usura;

recordaba, que durante esa ausencia, su madre estuvo una vez enferma, y, lo alejaron de ella, llevándolo a casa de unos arrendatarios;

cuando volvió, halló a su madre tan delgada, que se puso a llorar al abrazarla;

poco tiempo después, regresó su padre, más enfadado y más enfadoso que nunca;

sobrevivió poco tiempo a ese regreso;

una tarde lo trajeron muerto, atravesado el cráneo por un balazo;

oyó decir, que un campesino lo había matado, tirándolo desde un bosque cuando él, regresaba a caballo, de cobrar el impuesto a los arrendatarios de sus fincas, y, que el asesino había huído;

el duelo que siguió a aquella muerte, ensombreció más aquella casa ya llena de una trágica soledad;

su madre enlutecida, bella en sus tocas negras, como una flor bajo la noche, era como un fantasma, errando en los salones desiertos, donde sólo las risas inocentes de él sonaban como un ritmo de oro, allí donde la palabra misma, parecía cataléptica en el Silencio;

los días de ese duelo, fueron cortos, y, tras ellos, brilló un gran día de fiesta;

las campanas de la pequeña capilla rural, sonaron con voces claras y límpidas, como de alondras

matinales, sobre la quietud extática de los paisajes inermes ;

los cirios brillaban en el altar, como un vuelo de cantáridas sobre las frondazones obscuras ;

las flores fingían arcos triunfales, ofreciendo al sol sus bellezas de holocausto ;

y, en las gradas del presbiterio su madre de rodillas, dando la mano a Gerardo, y, recibiendo la bendición del viejo cura ;

se casaba ;

así se lo dijeron, alzándolo en brazos para verla salir de la capilla, radiante de hermosura, del brazo de su nuevo esposo ;

ya en la casa, su madre lo había besado, y Gerardo también ;

¿por qué él, había llorado tanto, como si presintiese que la armonía de su vida había sido rota para siempre, y, su hogar había sido envilecido y mancillado?...

vagamente, confusamente, el instinto más que la razón, le hacía presentir un peligro para su ventura, en aquel amor, que florecía bajo sus ojos, hechos infinitamente tristes a causa de esa felicidad que asesinaba la suya ;

la casa se hizo alegre y ruidosa, como un nido recién formado ;

todos dejaron el duelo de su padre ; sólo él, continuó en llevarlo, con una doble pesadumbre, como si llevase también el de su madre, que se le aparecía como muerta, al verla en brazos de otro hombre...

ésa, era la mujer de Gerardo ; ésa no era ya su madre ;

y, se distanció poco a poco de ella, retirándole las ternuras de su corazón, y esquivando la caricia de sus besos, que no quería compartir, con *el otro*, con el intruso, a quien principiaba ya, a profesar un odio infantil, ilimitado ;

de tal manera llegó a hacerse insoportable, en su

taciturnidad agresiva, y, rencorosa, que antes de cumplir los siete años, lo enviaron a la escuela de la aldea cercana, en pensión, en casa del viejo maestro, cándido y, bueno, que fué para él, como un padre cariñosó ;

allí estuvo hasta que cumplió los diez años, y, entonces, lo mandaron interno, a un colegio de la Capital ;

no venía a su casa, sino durante las vacaciones, y, venía displicente, taciturno, con una verdadera contrariedad, de llegar aquella casa que él miraba como profanada ; para alejarse de ella, se entretenía en grandes excursiones a caballo por sus propios campos, visitando los viejos arrendatarios que lo amaban mucho ; se comprometía en partidas de caza, muy atrevidas, en las montañas cercanas, y duraba largos días ausente, para evitar la vista de su padrastro que le era insoportable y, frente al cual, sentía ya el vago deseo de asesinarlo ;

a cada año y, a medida que engrandecía, sus discusiones, eran, más vivas y más acres ;

él, gozaba en humillar a su padrastro, recordándole que no era sino el Administrador de sus bienes, que sus riquezas eran suyas, y, allí no había más amo que él, y terminaba diciéndole :

—Tú eres un intruso, que me has robado todo, hasta el corazón de mi madre ;

ésta, intervenía siempre, poniendo entre esos dos seres el velo tembloroso de sus lágrimas, para aplacarlos ;

estas disputas, terminaban, por abreviar las vacaciones del hijo, que antes de concluídas, regresaba a la capital, más agriado de carácter, más solitario y más triste ;

para olvidar, se entregaba con pasión a sus estudios, en los cuales avanzó con una rapidez desconcertante, que hacía el asombro de sus maestros ;

en pocos años alcanzó los diplomas, que otros tardaban muchos en alcanzar ;

llegado el momento de escoger una carrera optó por la del Derecho, donde los futuros combates del Foro lo atraían ; sentía la fascinación de la tribuna, como el deslumbramiento de una cima ;

el Amor de la Libertad, y el Amor del Arte, escoltaron su juventud naciente y, pensativa ;

y, se dió a ellos ;

graves expositores de cuestiones sociales, y, panfletarios democráticos, dados a la anarquización de los espíritus, formaron sus lecturas favoritas, y, su corazón se empeñó en el sueño difuso de la evangelización de los tiempos nuevos ;

en Arte, lo poseyó una extraña fiebre de Exotismo, un Impresionismo inquietante, un algidismo de la Sensación, que lo hacía ir siempre en busca de lo nuevo y de lo raro ;

el neoterismo de ciertas escuelas, lo atraía, y, huía de las escuelas y de los museos clásicos, como de un hospital de infecciosos, de donde se escapara un vaho letal, repugnante y contagioso ;

amaba el Arte yemal de los jóvenes, pronto a convertirse en una floración de bellezas, y, tenía en predilección, por creerlas un desafío a la mediocridad triunfal, las teorías disolutorias del cubismo, y, las impetuosidades futuristas, llamadas a minar el hieratismo alejandrino imperante en todas las escuelas ;

detestaba el amatorismo extático de todas las ortodoxias de Arte, empeñadas en hacer de su pasión una verdad y tenía por la Crítica profesional, el desprecio que todo espíritu superior debe tener ;

en literatura era apasionado por lo que podría llamarse el esoterismo de estilo, y, no leía, sino los escritores antimultitudinarios, aquellos que gozaban el privilegio del aislamiento, y, eran los antípodas de la Popularidad ;

el cromatismo de la frase y el prismatismo del concepto, lo atraían, y, se extasiaba ante las aliteraciones y los atrevimientos de ciertas prosas, en

las cuales parecía sentirse el vértigo del cincel, tallando un anáglifo ;

no amaba los autores fáciles de leer y de comprender ; esa facilidad le parecía, la señal inequívoca de la mediocridad ;

por eso no leía sino los escritores complicados y, profundos, que lo obligaban a releerlos y, a meditar ;

su jasoinismo atrevido, no gustaba de explorar arroyos superficiales, iba hacia los ríos hondos y caudalosos, cuyas cabeceras se pierden en las cimas tempestuosas, y, hacia los océanos tenebrosos e inabarcables que colindan con lo Infinito ;

poseía la eutrapelia de sus sensaciones — difícil ciencia de poseer en la juventud — y, ella lo libraba de esas orgías mentales de lo retrospectivo, de esa embriaguez de rebaño, que es el amor del clasicismo, y, no figuró en el estol, de las viejas momias procesionales, marchando bajo los parasoles del Ridículo ;

por eso, amaba con fervor los poetas, iconoclastas y, revolucionarios, que pasaban rompiendo con los cascos de su Pegaso, las coroplásticas bárbaras, que los alfareros de la Tradición, se empeñan en exhibir como modelos inmutables ;

él, también era Poeta, y, el *Navío Ebrio* de Rimbaud, se balanceaba en las ondas de su pensamiento ;

pero, no hacía versos ;

las redes de la métrica, por dúctiles y, luminosas que ellas fueran, le parecían siempre estrechas para el libre vuelo de sus visiones ;

leía muchos poetas ;

de sus coterráneos él, los conocía a todos, pero, trataba muy pocos ;

sólo admiraba a aquellos que vivían para el Arte, y no del Arte ;

frecuentaba aquellos que llenaban su deber, no sus bolsillos ;

tenía un desdén profundo por los vencedores, y sólo se inclinaba ante los vencidos, ante aquellos, que habían caído heridos por un golpe de alas de sus propias victorias;

sabía todo el lodo de que está hecho el triunfo, y se apartaba con horror, de aquellos que salían del pantano de la celebridad, orgullosos del fango infecto que los cubría como un manto tornasol;

algunos escritores consagrados, se decían sus amigos, y, lo visitaban;

él, no los leía;

era el único modo que había encontrado de conservarles su estimación;

todo eso, lo hacía un aislado...

y, se engrandecía lejos de todos, y, a la vista de todos, como un peligro;

terminada su carrera, había vuelto a su casa, con la intención de asumir la administración de sus bienes, y, había hallado allí, embelleciéndola con su presencia, aquella huérfana tan bella, que le habían presentado, como una prima suya, muy lejana, cuyos padres habían muerto dejándola en desamparo;

y, había sido como hipnotizado por aquella belleza, que parecía haber hecho prisionero el Sol, en sus ojos de violetas...

pronto se había establecido entre ellos, una suave intimidad de almas, un puro y férvido cariño, inmaculado como los linos de un altar;

la soledad favorecía y acrecentaba aquel sentimiento reposado y grave, que parecía por su blancura tener las alas nivescentes, de los ánades silvestres, que en las lagunas cercanas emulaban por su candor los ninfeos de las riberas;

¿era el amor?

eso se preguntaba él — ya convencido de que lo era—, esa tarde, regresando a su casa, por los prados silentes, cuyas gramíneas parecían un vello sutil y cuasi ideal, nacido sobre el dorso de la tierra,

y todas las cosas eran pacíficas, en el alma tierna de la tarde, bajo el claror naciente de la luna, que argentaba los paisajes;

perdido en el efimerismo de sus sueños, andaba de prisa, aguijoneado por el deseo de llegar antes que fuese noche completa al jardín, donde sabía que lo esperaba, sin previa cita, aquella a cuyo lado, las horas tenían una dulzura de miel, apurada gota a gota, en el blondo panal de los ensueños;

y, era noche ya completa, noche diáfana, estelar, cuando llegó al rincón apartado del jardín donde yacía la virgen, blanca entre el verde tenebroso de las frondas en las cuales parecía vagar algo invisible en el estremecimiento de los rosales, y, bajo el vuelo errátil de las libélulas;

se diría que el alma de las aguas, había callado a los pies de ella, en el arroyo, que se veía como inmóvil, retratando el cielo en su pálida franja de azur;

oscilación de los follajes, y ruido en el boscaje cercano, anunciaron la aparición del Bien Amado a los ojos de aquella en cuyo corazón cesó toda inquietud y en cuyos ojos apareció una calma amnistiante, olvidadiza de la angustia pretérita, serena, como la paz discreta de los campos, que a esa hora desaparecían en el seno de la noche, que caía sobre ellos como párpados fatigados, cerrándose sobre pupilas turbias de sueño;

nunca sonrisa más bella apareció en labios taciturnos, que esa con que ella lo saludó, tendiéndole la mano;

él, llevó ésta, primero sobre sus labios, y luego sobre su corazón, y se sentó al lado de la joven, que los rayos de la luna, parecían coronar de una diadema de aljófares;

temblaron los arbustos, en su gracia arborescente, oscilaron los follajes en su plácida quietud, y extendieron las parásitas sus hojas tentaculares, como manos protectoras sobre ellos:

—¡ Cómo es triste la Soledad ! — dijo ella— ; ¡ cómo es triste ! ; ya iba a retirarme ; ¡ es tan tarde ! ; mi tía debe estar inquieta— ; y más con los ojos que con los labios, tiernamente le decía— : ¿por qué has tardado tanto?...

—No hay soledad para aquellos que aman — dijo él, con una voz grave, en cuyo diapasón vibraba un tremor de sueños incumplidos y cosas emocionantes— ; el Amor, es una presencia invisible, que llena a todas horas nuestro corazón con la divina Visión del ser amado ; nuestras pupilas, están siempre, llenas de él, deslumbradas por él ; y, si cerramos los ojos, lo vemos mejor, en el seno inerte de la Soledad ; nuestras pupilas tienen entonces la ceguera augusta de los dioses, absortos en la contemplación de su propia divinidad ; el Amor es lo único divino que hay en nosotros ; vivirlo, es centuplicar hasta lo infinito ese átomo de divinidad ; hacernos dioses : los labios pesados de la Soledad, mudos para otras almas, no saben los secretos del Silencio para los corazones amantes, y, les murmuran, siempre y a todas horas, el nombre del Ser Amado, y, ese nombre lo llena todo, y, es como un cántico en la Eternidad.

—Sí — dijo ella, como si el centelleo, más que el sonido de aquellas frases, la hubiese sumido en un limbo poblado de dolorosas evocaciones— ; sí ; pero, yo tengo miedo, un miedo invencible a la Soledad ; la Soledad fué mi madre, la Soledad fué mi nodriza ; yo me he lactado a los senos de la Soledad, y he agotado sus pezones ; mi Vida ha sido una Soledad ; mi alma, era una Soledad, antes de que tú entraras en ella, para disiparla ; mi corazón, era una Soledad, antes de encontrar el tuyo ; mis manos se extendían en la Soledad, antes de encontrar las tuyas para apoyarme en ellas y estrecharlas con fervor ; ¡ ah ! ¡ cómo es triste la Soledad del alma !... nacer sola... crecer sola... vi-

vir sola... ; ésa ha sido mi Vida, y la idea de morir sola, me tortura y me anonada.

—¿Sola? ; y, ¿no vivo yo? ¿no estoy a tu lado? brilló una luz de pavor, en los ojos de la joven, que se engrandecieron, como enloquecidos por el espanto de una Visión, y, con una voz en que parecía gemir la angustia de todos los presentimientos, dijo :

—Tú has dado una nueva luz a mis ojos, que eran ciegos para el mirar de las cosas interiores, me has revelado mi corazón, y, me has hecho ver en el fondo de mi corazón ; tú has modelado mi Vida, en troqueles de belleza espiritual, que me eran desconocidos ; tú has dado formas vivas al Ideal, que dormía más allá de las sombras de mi corazón, en la Vida Inánime ; pero... esto... ¿vivirá mucho tiempo? el soplo de la Fatalidad, que ha de apagar todo esto y de disipar todo esto, duerme, no muy lejos ; tal vez detrás de estos rosales ; como una hacha suspendida sobre mi ventura ; yo, siento el frío de esa cuchilla, que ha de decapitar mis sueños.

—¿Por qué tiembla la angustia en tu voz, que se hace triste, llena de un lúgubre misterio, como las teclas de un clavicordio, tocadas en un templo desierto, por las manos de un fantasma?... ¿por qué entristecer nuestras bellas horas de amor, con los tristes presentimientos que no han de realizarse nunca?... ¿no te amo yo bastante para arrancarte a los brazos del Destino aciago que te ha perseguido hasta ahora, y romper el hacha que quiere decapitar tus sueños? El Pasado es un cadáver ; ¿por qué permitir a los muertos que turben la ventura de los vivos?...

—El Pasado, es un cadáver insepulto, lo llevamos siempre en nuestros brazos ; no podemos desprendernos de él ; mi Pasado se llama : la Soledad.

—Tu Soledad no existe ; yo, maté tu Pasado, cuando maté tu soledad ; no hay soledad posible

donde el Amor florece ; y el mío, ha florecido en el seno mismo de tu soledad ; ¿no corono con sus flores tus cabellos autumnales del color de la hoja seca que en el bosque amarillea? ; ¿y esas flores no te ciñen con su gracia folescente, la cabeza soñadora, la cabeza virginal? ; ¿no te ofrezco yo esas flores, con las manos temblorosas de una férvida emoción? ; ¿y la pálida blancura de esas flores, del Ensueño, no ilumina tus tinieblas con un halo sideral? ; en el cáliz de esas flores, yo, te he dado mi alma toda, y, ¿en el cáliz de tus labios tu alma virgen no bebí? ; ¿por qué, pues, temblar ante la Vida?... ¿por qué? ; ¿no estoy yo a tu lado, para amarte, para protegerte, para dar mi vida por la tuya si es preciso?

y, así diciendo la miraba en los ojos tristes, que habían llorado y tenían la tristeza de una agua muerta, en el oro fúlgido de la tarde ; y, le estrechaba las manos con ardor, y se las cubría de largos besos apasionados, que tenían el fervor de la Noche naciente, suspirando en los mirtos florecidos.

—Es verdad — dijo ella—, es verdad ;

y, como vencida por la embriaguez de las palabras escuchadas, dobló su cabeza sobre el hombro del mancebo, como una áurea poma, caída del ramaje y de la cual se escaparan átomos odorantes ;

y él, buscó por las mejillas, el sendero de los labios, y, un gran beso, beso puro, desfloró la Soledad...

... ...
... ...

Temblaron los follajes circunstantes ;

unas manos, antes quietas, que detrás del cortinaje de verdura, sostenían apartados los ramajes para ver y oír lo que pasaba, los agitaron convulsas, de tal modo, que ellos, volviendo del vértigo admirable, alzaron a mirar ;

y, Marta, apareció ante ellos, surgiendo del fon-

do color de herrumbre del boscaje, como una belleza más, añadida a las bellezas de la hora, para disipar el sueño inquieto, de la carne adorante, que empezaba ya a reinar en sus cuerpos, extrañamente turbados ;

y, apareció bella y pálida, con una palidez de horror, los ojos asombrados del que ha visto la boca de un abismo abrirse a sus pies, bajo cielos estúpidos y, sin piedad, y, sin embargo sonriente, con esa sonrisa dolorosa, del que sonríe por no llorar ; contraía los labios con la fuerza del que acaba de ahogar un grito ; y, su mansedumbre era, como la mansedumbre de un pantano, en cuyo fondo se libra un combate de boas.

—Mamá ;

dijo él, poniéndose de pie y, abrazándola para besarla.

Marta, devolvió el beso filial, y, besó luego a Cordelia, que se le había acercado temerosa, la cual languideció en sus brazos, con la gracia flébil de una hierba acuática :

—Ya es tarde — dijo, con una voz, que aspiraba a ser serena, y, como si nada hubiese oído, y, nada hubiese visto, añadió :

—Vamos a cenar ;

los dos jóvenes se prendieron uno y otro a los brazos de la Madre, y, teniéndola en medio, emprendieron el regreso hacia la casa, por los senderos odorantes, que parecían infinitos, como caminos de Ensueño, bajo el cielo pálido y la caricia de los follajes, que tenían el calor de las alas de un pájaro extendidas sobre el nido...

todo parecía cantar sobre el corazón de los paisajes y el bermellón opulento de los rosales dormidos ; melódicamente.

*

La Belleza, es un castigo de los dioses, como el Genio;

tal había sido la belleza para Marta Echeverría;

a los quince años, su belleza altiva, recordaba la de las vírgenes que en los frisos de los templos de Pergamo, forman las comitivas cinegéticas de Diana;

y, a esa misma edad, la Muerte enluteció su hogar, arrebatándole su Padre;

quedó sola, con su madre reducida al lecho, minada por una incurable enfermedad;

su haber, ya muy mermado, resultó pertenecer todo, a un pariente agiotista, al cual estaba hipotecado;

este Harpagón redivivo, ejercía la Medicina y, la usura, con igual provecho y, era dueño y señor de vidas y, haciendas, en muchas leguas a la redonda de esos campos;

lascivo, y avaro, el viejo codicioso, codició la niña que había quedado en orfandad;

la madre vaciló en entregarle el tesoro de aquella adolescencia, llena de promesas;

la amenaza de un secuestro, y de la inmediata expulsión de su casa solariega, fué la respuesta a aquella vacilación;

¿a dónde iría la madre enferma, con su hija desamparada, puestas así, fuera del hogar en que habían nacido, y, colocadas, en el sendero rudo de la miseria?

la madre accedió ;

la niña fué entregada al viejo avaro para hacerla su esposa, y, dió su virginidad al valetudinario lujurioso, que penosamente pudo desflorarla ;

de estas nupcias de la senilidad y de la servidumbre nació un hijo ;

fatigado y agotado Harpagón, en aquel esfuerzo, no volvió a acercarse ya a su esposa, que vió desierto su lecho, y vivió en una viudez corporal, forzada y solitaria ;

requerido por la insaciable sed de acumular riquezas, y no pudiendo ya, a causa de su tarda edad, administrar sus vastos dominios, resolvió buscar un Administrador para ellos, y, hallólo en un joven pariente suyo, muy pobre, que aceptó el cargo, privado de cualquier otro recurso ;

trájolo a casa, y agobiólo de trabajos y de disgustos ; pero, el joven resistió.

Gerardo Méndez, que así se llamaba éste, era un mozo garrido, fuerte, trabajador y concienzudo, que se dió al trabajo con pasión, y al deber con lealtad ;

satisfecho de él, y deseoso de aumentar aún más su capital, el viejo se trasladó a la capital, donde fundó un Monte de Piedad, y, no hacía en sus campos sino raras e intermitentes apariciones.

Gerardo y Marta quedaron largos días solos, hermanados en su dolor y tristes de una misma tristeza : la soledad de sus corazones ;

se confiaron sus infortunios y unieron sus almas abandonadas, en un idilio rural, entre las espigas de oro de los trigales sinfonizantes ;

y, lo que debía ser, fué ;

se dieron el uno al otro, y apuraron el Amor, con una sed de náufragos ;

como fruto de ese amor cándido y culpable, nació una niña, que fué llevada lejos la misma noche en que fué dada a luz, y, confiada al cuidado de unos campesinos, que debían pasar por padres suyos ; por orden de la madre se le dió el extraño nombre de Cordelia ;

el idilio fué interrumpido por el regreso del viejo marido, cada vez más achacoso y más insoportable ;

su primer cuidado fué repasar sus libros de cuentas, y arreglar éstas con el Administrador ;

tuvieron los dos una discusión a ese respecto, y, el viejo licenció a Gerardo ;

tres días después, traían al anciano muerto, atravesado el cráneo por un balazo ;

se dijo que un arrendatario, a quien había expulsado de sus dominios, le había matado ;

libres ya de ese obstáculo, los amantes legitimaron su unión uniéndose en matrimonio ;

tuvieron siempre sus hijos, alejados de ellos.

Renato, el hijo del viejo, en un colegio.

Cordelia, en un convento ;

un día, al cumplir quince años ésta, tuvo que ser retirada del convento, porque no podía permanecer más en él, sino a condición de profesar ;

y, fué traída a su casa ;

pocos meses después, y, ya terminada su carrera, Renato, volvió a su hogar ;

y, los dos jóvenes se hallaron, se vieron y, se amaron...

¿cómo abrirles los ojos, sobre ese amor, para ellos inocente y en el fondo monstruoso, si llegaba a ser culpable?

he ahí lo que turbaba hasta el espanto las almas de Gerardo Méndez y de Marta Echeverría ;

después de tantos años, su pecado, hecho carne, se alzaba ante ellos como una Expiación ;

desolados, se miraban el uno al otro, atónitos, desconcertados, con largos silencios de angustia,

como dos náufragos en la Noche, oyendo avanzar las olas que deben sepultarlos ;

desde el día, en que Marta, oculta tras los ramajes, oyó aquella conversación y sorprendió aquel beso de amor, ya no hubo quietud para su alma, ni para su corazón ;

al referírselo a su esposo, temblaron ambos, como si hubiesen visto un mismo puñal alzado sobre sus corazones ;

y, Gerardo, pensó instintivamente, en el viejo asesinado, y, le pareció que su fantasma, reía terriblemente en las tinieblas, y, creyó escuchar que su voz cascada y temblorosa le decía :

—Mi sangre deshonrará la tuya ; ¡ asesino !...

y, rechazó a su mujer, que estaba entre sus brazos llorosa ;

y, temblaba, temblaba, cuando arrepentido de su violencia volvió a abrazarla, y, al tomar su cabeza entre las manos para besarla, le pareció que en las sienes y sobre los cabellos, que empezaban ya a blanquear, sus manos habían dejado huellas de sangre, y, la veía orlada de sangre, roja de sangre, como la cabeza de un ajusticiado ;

¿ qué hacer ?

¿ qué hacer ?

se preguntaban el uno al otro ;

y, en su confusión, en su desesperación, no hallaron otro remedio que separarlos ; sacrificarla a ella, la más débil, la que no podía defenderse ; volver a llevarla al convento, de donde había salido porque no quería profesar, y hacerla monja... ¿ con qué pretexto ?, con el pretexto de que era una carga, muy pesada para ellos... ; que no podían mantenerla ; y, que ella, huérfana y sola en el mundo debía buscar un asilo ; la Religión se lo daba ; y debía hacerse religiosa...

¿ quién se lo diría así ?

y, ¿ quién se lo diría a Renato, violento y autoritario como era ?

¿se resignarían?

ella, sí... ; ¿qué hacer contra la Fatalidad de su Vida?

pero, ¿él?...

él, había dicho — y Marta lo había oído—, que él era libre, que era rico, que era mayor de edad y que la haría su esposa ; y que así se lo participaría muy pronto a su madre...

y, Marta, lloraba pensando ;

¿qué decirles?

¿con cuál pretexto oponerse?

¿decirle la verdad?...

¿deshonrarse a los ojos de su hijo?...

¿perderse ella, para salvarlos a ellos?...

¿era ése su deber?

la resignada tristeza de su corazón no acertaba a decirle nada...

y, callaba, como esperando el golpe del destino que había de anonadarla.

*

—¿Por qué mi madre nos sigue a todas partes?, ¿por qué no podemos ya gozar la Soledad?... por doquiera, los pasos y, los ojos maternales nos siguen angustiados... ¿por qué hay tanta angustia en los ojos de mi Madre?, ¿por qué sus ojos se hacen turbados y dolorosos, como cielos cargados de tormentas?

así decía Renato, estrechando la mano de Cordelia, en un momento en que quedaron solos, bajo el emparrado cómplice, en el candor de la tarde violescente, en la cual, el Tramonto hacía derroches de oro, sobre la púrpura de las cimas lejanas;

y, ella oyendo esas palabras, dobló la cabeza, con la languidez de una hoja muerta; entornó lentamente los párpados, haciendo sombra en el alma del Amante, como si toda la luz del sol occíduo, hubiese desaparecido prisionera en la urdimbre de aquellas pestañas auríficas; y dijo con una voz muy triste, llena de sobresaltos:

—He ahí, que vuelven los días aciagos para mí; escrito está, que no podré ser nunca feliz; la puerta de la Soledad se abre de nuevo ante mis ojos, que la creían cerrada para siempre, y, las manos que debieran protegerme, me empujan de nuevo a

la Soledad; anoche, tu madre, me entregó una carta de la Superiora del convento en que me eduqué; me acusa de olvido y de ingratitud, y, me invita a una fiesta religiosa que tendrá lugar allí; y a la cual asistirán todas las educandas que fueron o son de ese colegio, y tu madre me dijo, que no debía olvidar las monjas, que yo era sola en el mundo, y, si ellos, llegaban a morir, ¿en dónde encontraría yo asilo, sino entre aquellas que me habían educado?, y, añadió que el tío Gerardo, partía esta semana para la capital, y, yo, debía acompañarlo para visitar las monjas, y al decirme esto me besó en la frente y lloraba mucho, mucho, como si fuéramos a separarnos para siempre; ¿por qué me llevan lejos de ti?, ¿por qué quieren separarnos?

—¿Por qué? — dijo él, con una voz, tremante de mal disimulada cólera— ; porque yo, he sido cobarde a causa tuya, porque por tus ruegos, yo, no he dicho a ellos la verdad; ¿a ellos?, no, porque Gerardo, no existe para mí; a mi Madre; mi Madre es suave, mi Madre es buena, mi Madre es santa; ella sería la sola adoración de mi Vida, si tú no hubieses aparecido en mi sendero, para llevarte todas mis adoraciones...

—Es verdad—dijo la virgen, abriendo de nuevo sus ojos hipnotizantes, sobre el corazón del Amado y sobre el corazón de los paisajes— ; es verdad; ¡cómo ella es suave, cómo ella es buena, cómo ella es santa!... ; cuando me besa, me parece que toda la luz y, todo el rocío del cielo, caen sobre mi corazón para pacificarlo; ¿por qué ahora sus miradas son tan tristes?, ¿por qué esa orla roja, que aparece en sus párpados fatigados?

—Tal vez la aureola de oro de tus cabellos, deslumbra sus pupilas.

—No; hace ya varios días, que mirarle el rostro me da pena; en ciertos momentos, y cuando cree que no la vemos tiene un rostro de angustia, y ca-

si podría decirse que de horror; miedos extraños deben asaltarla, porque en estas últimas noches me ha hecho dormir en su aposento, cerrando a llave la puerta como si temiese que nos asaltasen; no acierta a separarse de mí; me sigue a todas partes, con miradas inquietas; sus ojos se humedecen de lágrimas, mirándome, sus labios tiemblan al besarme, como si un brebaje extraño los hiciese convulsos, sus manos me hacen mal, cuando toman mi rostro para acercarlo al suyo, tal es la fuerza nerviosa con que me estrecha; se diría que teme perderme...

—Pobre Madre;... yo también la he visto muy cambiada; su belleza opulenta se ha ajado en pocos días, como una rosa bajo la nieve; sus ojos, antes apacibles, como grandes cielos otoñales, son ahora, inquietos, como ojos de febricitante, y, rojos cual si hubiesen sido quemados con la sal de las lágrimas, guarda largos silencios, cual si quisiese estrangular las palabras antes de decirlas, o sus labios se mueven violentos, como despedazando los vocablos que no quieren pronunciar; se diría que un secreto duerme en ellos, y, los muerde, con el furor de una serpiente; pero ¿qué secreto puede tener mi Madre?, ella ha vivido siempre en santidad, en tranquilidad, en soledad; su vida ha sido un lago quieto, sobre el cual no se ha encorvado nunca el ala de una tormenta; pero noto que su sensibilidad siempre exquisita, se hace ahora aguda y enfermiza; si vieras cómo lloraba ayer, cuando le conté el argumento de un cuento que estoy escribiendo, un cuento edgardpoano basado en una visión que tuve la otra tarde, en el viejo salón de casa, a la hora crepuscular; hoy me ha pedido el manuscrito; y, se ha encerrado en su cuarto para leerlo, y tal vez por eso estamos solos esta tarde:

—Y ¿cómo es el cuento?, ¿por qué no me lo has leído?

—Es apenas como el álveo de una novela, el ger-

men de un cuento, que pienso desarrollar, y, al cual he dado el nombre de *«El Motín de los Retablos»* ;

surgió ese cuento de una especie de sueño, por no decir visión, que tuve recientemente ; es una escena hoffmaniana, y de un pintoresco triste, como una danza de espectros ;

acaeció, que, dado como soy, a cosas del ensueño y de la fantasía, dime a divagaciones, solitario una tarde, en el salón vetusto de la casa, a esa hora incierta del crepúsculo en que parece avivarse el alma de las cosas viejas, revivir los seres muertos y, abrirse el corazón tenebroso de la Conseja ;

extinguíase lentamente la luz en el gris amortecido de la penumbra, borrábanse las perspectivas y los lineamientos de los objetos en una como sinfonía lagunar de descoloraciones, de tintes vagos y espectrales ; todo lo amorfo se fundía en la sombra ;

yo, miraba fijamente, tenazmente, insconscientemente, la serie de retratos antiguos que ornan los muros del salón ; son viejas pinturas, hechas en madera, por un viejo pintor ambulante, a quien mis antecesores dieron un día hospedaje, y, que representan, aislados o en grupos, diversos matrimonios de abuelos, copiados de antiguos daguerrotipos ;

atraíanme, sobre todo, los rostros de las mujeres de mi raza materna, todos de una belleza deslumbrante, como la de mi Madre ;

¿recuerdas el de aquella abuela, de tocado y vestimentas, tan arcaicas, que nos ha hecho muchas veces, sonreír en su presencia? ¡qué aire de severidad y de dominio!...

¿y aquella otra, gorda y rolliza de aspecto flamenco, que parece un retrato hecho por Holbein?

¿y aquella pálida, de cabellos negros, toda adornada de grandes esmeraldas, tan verdes como sus ojos, graves y pensativos, llenos de calmas lacustres?

¿y la otra, de miriñaque y tirabuzones, estilo segundo Imperio, más elegantizada y más cortesana que las otras?

¿y la madre de la mía, con su aire ascético, su palidez de ceramita y sus negras vestiduras, con aspecto de sayal?

el retrato de mi Madre, se mostraba al frente, aislado, solitario, en un muro, como llenándolo todo, con el esplendor de esa belleza auroral, que la Naturaleza le dió, para consumirla en el Silencio y en la Soledad, como las dos únicas zonas, dignas de poseerla sin profanarla;

allí reinaba como Soberana, y parecía tener todas las otras bellezas, bajo el cetro de la suya, turbadora y, espléndida, como una noche de Agosto cálida y estrellada llena de una armonía musical, y, de los perfumes enervantes de las camelias en flor...

de súbito me pareció ver que las mujeres de esos retablos se animaban, sus rostros tomaban expresiones austeras, e indignados, se hacían rojos de cólera, y volvían a mirar hacia el retrato de mi Madre con los ojos llenos de rencores y los labios prontos a todos los ultrajes;

las figuras se animaron ante mis ojos, se hicieron vivas, descendieron de sus cuadros, en formas corporales completas, se agruparon al pie del retrato de mi Madre, que las miraba con ojos tristes prontos a llorar, y, la insultaban, sí; yo oía sus insultos, tendían hacia ella los puños convulsos, las manos amenazantes, como para herirla, para despedazarla, para ultimarla, en aquel motín de furias;

el retrato de mi Madre había tomado también formas vivas, y, estaba ante aquellas mujeres como un acusado en el Pretorio, se cubría el rostro con las manos, y parecía sollozar...;

el motín de los retablos no cesaba; la turba de

mujeres indignadas avanzaba sobre mi Madre ; iba a herirla ;

entonces, mi Madre huyó ; escapó de la casa, corrió hacia los campos, hollaba apenas la tierra, como si tuviese pies mercuriales, ornados de alas...

la turba la seguía vociferante y amenazante, engrosada por una multitud de mujeres labriegas, que parecían surgir de los surcos abiertos en el campo ;

viendo huir así, a mi Madre, perseguida por la chusma ; pensé, vagamente ; no sé por qué en «La Adúltera», aquel cuadro de Besnard, en que las mujeres de Betania persiguen a la infiel, terribles y ululantes, hasta que Jesús aparece en el sendero, y extendiendo hacia la mujer culpable, sus manos de Misericordia, la libra de los furores de la plebe ;

ya mi Madre, iba a ser alcanzada por las Ménades en furia, ya iba a ser herida, ya iba a ser muerta, cuando yo, apareciendo delante de la turba aulladora y, extendiendo ante ella, mis brazos, para proteger a mi Madre le grité : «Mi Madre, es Inocente ; mi Madre, es Pura ; mi Madre, es Santa...»

con aquel esfuerzo violento, volví en mí ; abrí los ojos, y me puse en pie ; el salón estaba en tinieblas, apenas alumbrado por la luz del cielo, que entraba por los ventanales abiertos ; los retablos yacían inmóviles, colgados al muro ; el de mi Madre, esplendía en su belleza, pero, me pareció que tenía los ojos muy tristes como si verdaderamente hubiese llorado ;

aquella noche, escribí esa visión, en un cuento poémico, hecho en esa prosa rimada, que fué la fuerza y el encanto de los escritores italianos del Renacimiento ;

hablé de él a mi madre, que ha querido leerlo, y, tal vez ahora, se halla ocupada en eso ;

calló ;

callaron los dos, envueltos en un silencio profético, como si escuchasen morir el día triste en el

cielo límpido y nacarizado, como el corazón de una perla virgen...

... ...
... ...

Los rosales se agitaron, en un suave movimiento, cual si dos alas abrieran sus ramajes siempre en flor;

y, Marta apareció;

bella, como la Marta de la Biblia, que hubiese dado al mundo, esos retoños, pero, no en los campos idílicos de Betania sino en los campos airados y, las playas tragedizantes donde Esquilo hizo vibrar los clamores de la Orestia;

furiosamente.

*

—Si ella no tiene nombre, yo le doy el mío; si ella es pobre, yo le doy mis riquezas; si ella es sola en el mundo, yo, le doy mi compañía; ¿qué más queréis?

así le había dicho Renato a su madre, aquella mañana en su aposento, cuando con la cabeza en las rodillas maternales, tierno y acongojado, como si fuese un niño, le había revelado su amor, y, le había expresado su voluntad decidida de casarse con Cordelia.

Marta, había tenido el valor de no traicionarse, había ocultado su angustia, bajo el velo de la sorpresa y de la vacilación, y, había pedido a su hijo, una tregua de pocos días para resolver un asunto tan serio y tan definitivo...

—Es que Gerardo ha invitado a Cordelia para ir con él a la Capital, y sospecho que piensa dejarla en el Convento; eso, no lo permitiré yo; Cordelia, no saldrá de esta casa si yo, no quiero; yo, soy el dueño y el jefe de esta casa, y nada se hace aquí sin mi voluntad — dijo el joven con una voz alterada, en la cual vibraban todos sus rencores.

Marta, que conocía estas exaltaciones de su hijo, tan peligrosas a la paz del hogar, trató de calmar-

lo, diciéndole, que era libre de sus hechos, como dueño y señor de aquella casa, y que sólo le pedía, mientras realizaba sus designios respetar la virtud de la huérfana desamparada que se había acogido a ellos.

—Podría dormir en mi lecho, y, se levantaría virgen ; yo, sé respetar el hogar en que duerme mi Madre ; este hogar que hasta hoy, ninguna de las mujeres de mi raza, ha profanado con una falta — dijo Renato con energía implacable ;

oyendo aquellas palabras de su hijo, cuya voz era aún impetuosa, Marta, no se atrevió a mirarlo, alzó los ojos tristes y bellos hacia el cielo, y, su rostro se empurpuró como si todos los escarlatas de las nubes, se hubiesen agrupado sobre ella, bajo el límpido azul ;

y, esa noche, cuando después de la cena, y, ya en el salón, dijo a Renato :

—Sobre tu mesa he puesto los manuscritos del «*Motín de los Retablos*» ; yo, le he añadido al final unas líneas ; léelas ; tal vez, toda la emoción del drama está en ellas ; tú no podías escribirlas— ; su voz era tranquila, como la de aquel que ha tomado ya, las supremas resoluciones y está más allá del meridiano de la angustia :

el hijo sonrió, besando con amor, la mano de la madre, que sin duda habría escrito muy bellas cosas al pie de su cuento inconcluso.

Marta, besó efusivamente, a los dos jóvenes, que quedaron en el salón, y, se retiró a sus aposentos, en cuya sombra desapareció como en una interminable bahía de azur ;

aquella noche, la velada musical, fué corta.

Renato, aguijoneado por la curiosidad de leer, las líneas que su madre había escrito, al final de su Visión bíblico-hoffmaniana, no ponía mucha atención a lo que Cordelia tocaba al piano, y, se entretenía en mirar, más allá de las ventanas abiertas, el esplendor radioso de la noche, llena de reflejos

áureos, y, el sueño de los jardines, dormidos bajo el halo de la luna, que tenía el aspecto de una hoz pronta a segar trigales invisibles, en las praderas vírgenes del cielo ;

atento a sus visiones interiores que parecían fundirse en las melodías apasionadas de la música apenas si notó cuando Cordelia, conmovida por la exaltación lírica de la ejecución, dejó de tocar, y, cerró el piano y, fué hacia él, tendidas las manos, con los labios llenos de sonrisas y los ojos pesados de sueño ;

se dijeron adiós con un beso casto, que tenía el candor de dos palomas, y, la albura de un pájaro de nácar, perdiéndose en la nieve impoluta de los rosales, que ellos también se besaban en la sombra... ;

y, antes de separarse, se miraron un momento, tiernos y conmovidos, con ojos pensativos y, soñadores, como si la música que ya no era, los llenara aún con sus armonías románticas, y, sus almas fueran, como dos cuerdas de una misma cítara, sonando en la soledad...

... ...

... ...

Ya en su aposento, Renato, al cerrar la ventana, quedó absorto, ante el encantamiento de la Noche... ;

no pudo librarse de la divina sugestión, y, apoyado de codos en el barandal, miró el áureo joyel de los campos taciturnos, en donde parecía, que aurifabristas invisibles, laborasen maravillas de oro y pedrerías ;

en el cielo, era una dilución de colores suaves y delicuescentes, fundiéndose armoniosamente en un índigo pálido, que la luz de las estrellas clareaba con un palor de plata bruñida ;

la comba cerúlea, era como una turquesa cóncava

que un artífice supremo hubiese cincelado con primor, haciendo en ella incrustaciones de ágata ;

sobre el jardín, hecho esotérico y umbrío, con negruras insondables, imperaba el Silencio, como en una liturgia de ensoñaciones ;

más allá, las llanuras se extendían en una quietud de estuario ; se dirían hechas de madreperla, con venazones de cristal ;

perfumes enervantes traía el aire, arrancados al corazón vegetal, de las selvas remotas ;

como si intoxicado por ellos, sintiese una fiebre extraña y dolorosa, apoderarse de él, se arrancó a la fascinación imperativa de la Noche, cerró fuertemente la ventana, y, se dirigió a su mesa de trabajo ;

allí, sobre ella, en lugar preferente, y cuidadosamente arreglados, estaban los manuscritos del «*Motín de los Retablos*» ;

se sentó para leer ;

no quiso releer su propia prosa, y, buscó con avidez las líneas trazadas por la mano de su madre ;

las halló ;

no eran muchas, escritas en tinta roja, en una letra clara y enérgica, y, en el mismo diapasón musical de las prosas rimadas de su cuento ;

y, decían :

Los retablos eran justos, los retablos eran santos, cuando aquel día persiguieron a la huyente pecadora...

las mujeres indignadas, persiguiéndola, expulsándola de los muros del hogar, eran justas y eran buenas, porque esa Pecadora ya lo había deshonrado, y, había ya deshonrado el tálamo marital...

el Motín de los Retablos, era justo y era Santo porque iba persiguiendo a la Adúltera...

y, tu madre, era esa Adúltera... ;

esa hembra pecadora, fué tu Madre...

ella se dió a otro hombre, a Gerardo Méndez, vivo aún tu padre, ultrajando sus canas y su hogar;

el fruto de su amor culpable fué esa niña que hoy quieres para esposa.

Cordelia, es tu hermana;
ya sabes la Verdad:
ahora;
perdóname;
o, insúltame;
únete al motín de los retablos y lapídame...
o, perdóname, como el Cristo Salvador...
bésame en la frente deshonrada;
o ultraja con tu anatema mis canas venerables;
tuya es mi Vida.

... ...

Renato acabó de leer...

no veía nada...

¿era que había cegado?...

anduvo en la habitación como a tientas, con los brazos extendidos, hacia adelante, y, los movimientos desconcertados de un felino en la jaula;

su ofuscación no le permitió notar el temblor de las hojas de la puerta, cerrada, tras de la cual parecía gemir alguien;

se detuvo;

se acercó a la mesa;

y, escribió...

«Yo, perdono a mi Madre.
Yo, amo a mi Madre...
Yo bendigo a mi Madre...
Mi Madre es buena.
Mi Madre es pura.
Mi Madre es Santa:
¡Bendita sea mi Madre!»

... ...
... ...

—¡ Gracias, gracias, hijo mío !—iba a decir Marta, que de rodillas ante la puerta, con el rostro casi contra el suelo, mirando por las hendiduras, seguía los movimientos de su hijo, cuando, lo vió empuñar un revólver, llevarlo a la sien y, dispararlo...

lo vió caer y, sintió su cabeza rebotar contra la puerta tras la cual estaba ella de rodillas...

inmovilizada por el horror, no se movió ; no gritó ;

sintió que algo cálido, que corría bajo la puerta, le mojaba los labios y el rostro...

era la sangre de su hijo ;

la masa encefálica de su hijo...

se puso en pie...

y, con el rostro, rojo de sangre, y, los labios llenos de sangre, como los belfos de una leona que acaba de devorar a su cachorro, gritó, con un grito, que hizo temblar de horror los jardines y las selvas :

—¡ Hijo mío ! ¡ Hijo mío ! ¡ Hijo mío !...

y el corazón de la Noche, repitió el grito desolado :

—¡ Hijo mío ! ¡ Hijo mío ! ¡ Hijo mío !...

era la voz de Hécuba gritando en la soledad de la Noche sin entrañas :

—¡ Hijo mío ! ¡ Hijo mío ! ¡ Hijo mío !...

ORFEBRE

ORFEBRE

Procesión de nubes blancas, bajo un cielo de cobalto ;

lentamente se extendían, se esfumaban, se perdían, cual vencidos gonfalones en la calma vesperal ;

una ojiva de oro fúlgido semejaba el Sol cadente, en el muro de la Noche que surgía ;

en la cimbra iluminada de ese pórtico de sombras, parpadeaban las estrellas ;

lises reales del jardín de los espacios, inclinando sus pistilos, como dardos de luz sobre el Abismo ;

otros lises, sus hermanos, se entreabrían en la sombra verdinegra del jardín, que en las afueras del poblado hacía como un rústico vestíbulo de flores y de hojas, a una pequeña casa, que a esa hora parecía hundida en un sueño de Misterio y Soledad ;

el palor de los rosales bajo el casto azul difuso de la Tarde, los hacía aparecer como ostensorios de nácar ofreciendo la hostia pura de sus cálices, en sacrificio a la luz que se moría ;

dormitaban las flores, bajo el vuelo letal de los insectos ;

coleópteros voloteaban sobre ellas, en una embriaguez luminosa de deseos, rumoreando sobre los cálices entreabiertos, esperando la hora de extraer el dulce licor en ellos acendrado ;

fosforecían las cantáridas ;

corpúsculos erráticos que parecían arrancados del corazón del Sol, volaban sobre el verdor espeso de las frondas, llenándolas de un hálito de Voluptuosidad ;

las margaritas, su blancura de cera evanescente, ofrecían como holocausto a la tiniebla vencedora, que se extendía sobre el cielo, como una lluvia de cenizas, escapadas al corazón de una urna volcada ;

solitario estaba el pequeño huerto, sobre el cual lentamente venía la Noche, la hermana de la Soledad, que no se apartaba nunca de él ;

una gran ventana abierta por completo, y, enmarcada en ramajes florecidos, dejaba ver la calma conventual, y, el aspecto cenobítico de un aposento cuasi desamueblado, en el cual sólo se veían un lecho de hierro, hornos portátiles, varias mesas, y, sobre ellas, o pendientes de los muros, instrumentos y útiles de orfebrería ;

sobre el lecho, y una pequeña mesa que le estaba cercana, dispersos, libros a la rústica, revistas y diarios ;

en el centro del aposento, sentado cerca a una mesa, e inclinado sobre un trabajo que tenía entre las manos, se veía un joven operario laborar ;

absorto en su obra, se diría ausente de cuanto le rodeaba ;

dábale de frente la escasa luz mortecina, que envolvía su cabeza en un halo vago de claridades difusas ;

blondas las melenas de un blondo obscuro y meloso, largas y peinadas en bandas, cayéndole so-

bre las mejillas, consuntas como por las maceraciones de un ascetismo ritual;

la palidez del rostro, unida a la magrura de él, daban al joven obrero, el aspecto de uno de aquellos Cristos adolescentes, que los pintores primitivos eran tan dados a esbozar sobre dípticos piadosos y los muros de los claustros, en el incierto albor del arte medioeval;

largo el rostro noble y exangüe de facciones viriles; acentuadas, que se dirían labradas al cincel;

delgados los labios muy pálidos, contraídos en un gesto extraño de Meditación; labios rebeldes a la Elocuencia, como los de todos los grandes solitarios, hechos para aprisionar la Verdad, más que para decirla; nada igual al gesto despectivo de esos labios desafiadores;

duro y pronunciado el mentón que un exceso de líneas, hubiera llevado al prognatismo; mentón voluntarioso; señal de fortaleza espiritual;

rasurado cuidadosamente el rostro o naturalmente sin barba, ninguna sombra de vello obscurecía aquella palidez marfilina que se diría la de un joven penitente;

al azar de su trabajo, alzó los ojos, unos grandes ojos de un azul metálico imperioso, ojos dominadores que abarcaron el paisaje con una mirada dura, llena sin embargo de una extraña melancolía;

volvió a inclinar el rostro, y, continuó en trabajar;

sus manos largas y blancas, de dedos tentaculares, sostenían entre el índice y el pulgar de la izquierda, un objeto que cincelaba cuidadosamente con un instrumento sostenido en la otra;

la luz azulosa del crisol, que se avivaba a veces, daba reflejos de metal a aquel rostro de medalla;

hubo un ruido en el jardín, como de las alas de una paloma, que rozase las frondas al cruzarlas;

atento a aquel ruido que, debía serle habitual, el joven obrero alzó la cabeza, miró hacia el jardín

y, sonrió viendo cruzar por entre las hoiarascas y clemátides, la figura ágil y esbelta de una mujer, que acababa de entrar y se dirigía hacia la casa ;

esperó ;

tocaron suavemente en la puerta ;

se puso en pie y fué a abrir ;

su alta silueta se dibujó en el crepúsculo, envuelta en la larga blusa azul de trabajo, con algo de trágico y fantasmal ;

la puerta se abrió y la mujer que había atravesado por el jardín, entró en la habitación ;

pequeña, delgada, con una pureza de contornos que hacía pensar en ciertas figulinas de terracota, halladas bajo las ruinas de Pompeya y en los exquisitos diseños de aquel amable pintor de intimidades femeninas que fué Frensiet ; la joven avanzó confiada y sonriente, tendiendo su mano al joven obrero que la estrechó en las suyas, y así unidos avanzaron hasta la mitad del aposento ;

allí se detuvieron ;

él, dominaba con su alta estatura su flébil y delicada compañera, que más parecía una niña que una mujer ;

la escasa luz del crepúsculo, mezclándose a la intermitente del horno medio extinto donde se fundían los metales, los bañaba en una claridad difusa, que distendía los contornos y los hacía aparecer en una como zona incierta, de claridades hidratizadas ;

perfecta de líneas en su pequeñez de bibelot la joven era bella, de una belleza que se diría intangible por la exigüedad delicada de sus formas ;

sus cabellos largos y rubios, de un rubio pálido de espigas marchitas, hacían rudo contraste con la negrura de sus ojos, grandes y tristes, temerosos como los de una gacela en huída, y ornados de pestañas tan largas, que hacían sombra sobre sus mejillas rojas, menos rojas aún que los labios frescos y gruesos que se entreabrían en una perpetua son-

risa infantil, dejando ver los dientes blancos y diminutos como si fuesen aljófares ;

continuaban en tenerse asidos de las manos, y se miraban tiernamente :

él, amaba esos largos silencios en los cuales parecían decirse tantas cosas ;

luego la trajo un poco hacia la ventana como si tuviese necesidad de verla en plena luz, de observar su belleza, diluída en los rayos del Sol.

—He tardado — dijo María Rosa, con una voz suave y un ligero tartamudeo de niño consentido — porque tuve necesidad de acompañar a papá a casa del oculista ; cada día está peor de los ojos ; ya no acierta a andar solo... ;

y, como si algo de la tiniebla que cubría los ojos paternos, hubiese caído sobre ella, su frente se ensombreció y sus claros ojos se hicieron tristes y prontos a llorar ;

él, no ensayó consolarla, seguro de la inutilidad de todo consuelo y porque a su corazón leal, repugnaba toda forma de mentira, y se conformó con decir, como si hablase consigo mismo, y, respondiese al eco de un sordo dolor :

—Hay que cuidarlo mucho ; la vejez de un padre es sagrada para aquellos a quienes dió la vida con su nombre ; felices aquellos que tienen un padre a quien consolar, una cabeza blanca sobre la cual depositar un largo beso de amor ; por tener esa ventura diera yo todas las otras ;

y, calló, inmóvil ante la noche surgente, como si toda su vida se hubiese agotado en esas palabras, y su corazón sangrase clavado a la cruz de la Ignominia, que extendía sobre su vida y sobre su rostro, una ola de vergüenza, roja como la púrpura ;

ella lo dejó callar, respetuosa de ese silencio en el cual se envolvía con tanta frecuencia, y que extendía entre los dos uno como impenetrable velo de tinieblas ;

en el gran silencio la alta silueta del joven per-

día sus contornos, y parecía agigantarse, coronada de un nimbo de cosas hostiles, que hacía más visible su palidez intensa de alabastro.

Virgilio Heredia, que tal era el nombre del joven obrero, había cumplido veintitrés años, y, era en su profesión de orfebre, muy estimado como cincelador y creador de objetos de arte, en los cuales revelaba, un gusto refinado y, una maestría insuperable ;

esa aptitud artística, como cierta distinción de maneras que lo hacía notar entre sus compañeros de labor, le venían de la noble raza paterna de la cual era un bastardo ;

su madre, que vivía aún, había nacido y, crecido en el palacio de los marqueses de Almafría, en el cual su padre era lacayo, y su madre fámula de la Marquesa, como sus antecesores, todos viejos en esa servidumbre ;

seducida en muy tierna edad, por uno de los hijos de la casa, que luego fué el heredero del título y mayorazgo, quedó encinta y fué expulsada sin piedad de aquel palacio en que había nacido ;

el fruto de esa falta, había sido él, Virgilio Heredia, al cual la vergüenza de la bastardía, le pesaba como un crimen ;

naturaleza delicada y altanera, no saber o no poder decir quién era su padre, era el dolor y el rencor que envenenaba su vida ;

los ocultaba en su corazón como una lepra, que le vedaba toda noble ambición, todo sueño de gloria ;

mientras la vieja Marquesa, madre del seductor, había vivido, Encarnación Heredia y su hijo, frecuentaban el palacio y recibían pequeños regalos de la noble dama, que parecía amar aquel niño pálido y meditativo, cuyo rostro imperioso de indócil aguilucho, se asemejaba tanto al de los viejos genitores de su raza, cuyos retratos, colgados a los

muros del salón, parecían una colección de cóndores disecados;

muerta ella, Encarnación y su hijo fueron inexorablemente expulsados de la casa por el joven Marqués, que les prohibió poner los pies en ella, tomado de una ciega aversión por ese niño, en el cual se negó siempre a reconocer un hijo suyo.

Encarnación trabajaba como planchadora para vivir ella y su hijo al cual envió primero a la escuela, donde fué un alumno meritísimo, y lo dedicó luego a un oficio, habiendo escogido el de orfebre, por elección de él, y, por no ser un oficio de fuerza, que hubiera acabado la naturaleza delicada del niño;

en los azares de la vida, había conocido un obrero maquinista que la había requerido de amores, y se había casado con él;

al principio, las cosas fueron bien, pero, el carácter violento de Gregorio Sánchez — que así se llamaba el marido—, se reveló bien pronto, así como su incontinente amor a la bebida;

ebrio y brutal, empezó a hacer insoportable la vida a su mujer y al hijo de ésta, a quien había tomado un odio ciego, gozando en perseguirlo y en martirizarlo;

mientras el niño fué pequeño, las escenas se reducían a librarlo de las brutalidades del padrastro, ora ocultándolo en la propia casa, ora teniéndolo en la de los vecinos compasivos, para evitarle martirios;

pero, cuando éste fué ya grande, no toleró las sevicias del ebrio contra su madre, y surgieron escenas de una violencia terrible que pusieron en peligro la vida de los dos hombres;

entonces, y, cediendo a los ruegos de su madre, Virgilio resolvió separarse;

muy hábil ya en su oficio y ganando lo bastante para vivir, fué a habitar solo, en una muy pequeña casa, rodeada de un jardín, y sita en las afueras de

la ciudad, no muy lejos de la de su madre, a quien amaba con delirio, y no podía dejar de ver, imponiéndose el deber de visitarla tres veces por semana, durante las horas de ausencia del padrastro, al cual hacía todo lo posible por no ver nunca ;

éste, furioso con la ausencia del hijastro, a cuyas expensas quería vivir, no pudiendo brutalizarlo, como antaño, brutalizaba a la madre desvalida, que ocultaba a su hijo los malos tratos de que era objeto ;

muy inteligente, muy serio, ajeno a todo vicio aun a aquellos que más imperiosamente dominan la juventud, Virgilio Heredia se abrazó a su soledad como a una querida y, se dió a su arte, con una pasión de asceta ;

bajo las alas de la Tristeza, que dominaba su vida como una divinidad hostil, hizo del arte el centro de su existencia, tratando de ahogar en sus sueños de belleza, los sueños de rencor, que asaltaban su corazón ;

su cultura era rudimentaria, pero, las virtudes atávicas que residían en él, rezagos de una vieja cultura que había sido el alma de su raza paterna, toda de cultores o protectores del Arte, renacían en su cerebro y, fluían de sus manos en una rara floración de esbozos y de obras de una originalidad tan acentuada, que desde un principio llamaron la atención de los conocedores ;

visitó los Museos, permaneciendo largas horas ante las vitrinas que contenían los originales o las copias de obras maestras de grabadores y escultores en metal ; y se complació en estudiar y, aun imitar aquellos que sobresalían por la pureza del dibujo y, el encanto sensitivo de la forma : los orfebres toscanos del cuatrocientos, fueron sus grandes modelos ; y, de ellos aprendió ese dominio de la técnica, esa cuasi diafanidad de líneas que hace como ideales los objetos en su aparente tenuidad ; el relieve de un vaso de Cignano, el ansa de un ánfora, de

Dellarocca, lo sumían en una ensoñación tan grande, como la incisión del broche de una capa pontifical laborado por Benvenuto ;

la cerámica y los camafeos lo atraían con menos fuerza, por mucho que admirara los modelos reaparecidos de la Edad de Acero, las delicadezas de Forgeot y de Gonget en la *Chasses*, y, ciertos decalcos al punzón que en los maneristas del siglo XV llegaron a adquirir casi, la profundidad y, la belleza de los mejores *intáglios* de Derbois ;

pronto ocupó como grabador y como cincelador, el puesto que le correspondía, y, ganó ampliamente su vida ;

su inagotable sed de saber, llevó su imaginación por otros cauces, y lo hizo darse con pasión a la lectura ;

frecuentó las Bibliotecas de los Ateneos Obreros, que entonces empezaban a fundarse, y, las agotó bien pronto ;

los estudios socialistas lo atrajeron por un momento y devoró el caudal de ideas revolucionarias, que llenaban los libros ; éstas llegaron hasta su cerebro, pero no entraron a su corazón ;

no tenía el alma colectiva ; el Dolor Universal, no lo tocaba ;

unido por grandes amistades y, muchos cariños a la masa obrera de su ciudad natal, hubiera podido ejercer grande influencia en ella, y, ser factor y director de hechos colectivos, pero, no tenía el alma revolucionaria ; carecía de Ilusión, que es la fuerza de los jefes de muchedumbres ; además, le faltaba el don de la Elocuencia, era un silencioso, como todos los solitarios ; atento a las músicas interiores de su Inspiración, los grandes rumores exteriores le eran inoportunos y desconcertantes ; como todo artista verdadero, era un sensitivo extraordinario, y el contacto con los hechos, o con los seres violentos, lo lastimaba enormemente ;

por eso, aun conservando una sincera amistad,

por muchos de sus camaradas, se había encerrado en una soledad, que era una claustración;

a esa soledad no llegaba — como el rayo de una estrella al fondo de un abismo — sino María Rosa, su novia, joven obrera empleada en una fábrica de cajas de cartón; y, a la cual conocía desde niña, por ser hija de un viejo maestro alfarero, en cuyo taller había él, aprendido las primeras nociones de vaciaje y modelaje antes de ensayar en metal sus aptitudes de artista;

se amaban desde entonces;

y, ella era bella, era suave, era sencilla, una de esas mujeres, que se dirían abúlicas, a causa de su mansedumbre;

sus amores eran puros, de una pureza querida por él, impuesta por su voluntad a sus pasiones y, a su corazón;

sobre el honor de esa virgen, velaba él, el primero, porque pensaba hacer de ella su esposa;

le habría sido fácil seducirla, pero, ¿la habría entonces amado?...

tenía el alma demasiado orgullosa para eso;

por nada del mundo habría prostituído a aquella de la cual pensaba hacer la madre de sus hijos;

había sufrido y sufría mucho del crimen de la bastardía, para imponer ese crimen a los otros;

si su corazón sangraba de esa llaga impura... ¿cómo dejar la herencia de esa llaga a otros corazones?

era demasiado honrado para ello;

metódico y austero, ahorraba dinero para su matrimonio, que pensaba celebrar muy pronto;

entretanto, trabajaba con ahinco;

en esos días, labraba un ciborio de oro repujado, todo ornado de leyendas cristícolas, y, sorprendente por la pureza de los relieves, que hacían surgir el motivo piadoso con tal delicadeza que se diría, más pintado que esculpido en la epidermis tersa del áureo vaso;

ninguna lucha ruda del artista con el metal, ninguna huella de esfuerzo por vencer la materia, imponiéndole el sello de la creación mental, se adivinaba en aquel dibujo perfecto y en aquel emerger de formas, surgiendo con tal naturalidad, que se diría que el oro era mórbido o el cincel había trabajado en una cera virgen ;

lo gráfico y lo plástico se disputaban por igual la perfección en el dominio de la Obra ;

a pesar de lo pequeño del objeto, la faz del Nazareno, caído bajo la cruz, irradiaba de idealidad ; había un halo, melancólico y fulgente al mismo tiempo bajo su corona de espinas, como si un Pensamiento irradiase allí, con la plenitud de un Sol ; el esfuerzo de sus piernas al intentar levantarse era bien el esfuerzo de un algo muy arduo por cumplir, el gesto heroico y desencantado de los grandes predestinados, que marchan a la Muerte, seguros de la inutilidad de su Martirio.

María Rosa, había posado sus miradas sobre la cinceladura admirable como en una cosa muy bella, que le hacía un gran placer de ver ; pero su emoción era toda religiosa y nada artística ; el cáliz, era para ella un objeto sagrado, y, los preciosos grabados, una especie de Viacrucis, trabajada en metal ;

él, adivinó lo que pasaba en el alma ignara de la joven, y, no quiso interrogarla, seguro de evitarse oír un concepto que por lo rudimentario había de ultrajar la esencia de su Obra ;

y, calló ;

la opacidad de la tarde se había hecho densa y, de las frondosidades tenebrosas del jardín, parecía desprenderse una mayor tiniebla que de los cielos mismos ;

se acercaron a la ventana, como deseosos de sumergirse en la fascinación creciente de esa luz moribunda que se iba, diciéndoles un adiós de estrellas ;

ella se acodó al antepecho de la ventana y quedó soñadora, mirando morir la tarde en la púrpura, y el oro del horizonte lejano ;

él, fué a cambiar de traje, para salir juntos, como solían hacerlo todas las tardes ;

cuando volvió ya con su traje de pana, limpio y bien cortado, y su gorra de seda negra, parecía más alto y, más fuerte, que bajo su blusa de trabajo, que lo ascetizaba, dándole un raro aspecto cenobítico ;

llevaba un pequeño bulto bajo el brazo :

—Y, ¿eso?—dijo ella, con la curiosidad inherente de su sexo.

—Un chal, para mi madre ; no tiene con qué cubrirse para salir ; todo se lo ha empeñado Gregorio.

—Y, éste también lo empeñará—dijo ella, que sabía bien el triste drama de ese matrimonio :

—¿Qué hacer? — dijo él, con una gran amargura, en el gesto y en la voz ;

la tomó por la mano y salieron juntos ;

el pequeño jardín se había hecho obscuro, y los arbustos tenían un tono de bronce, que en las enredaderas cercanas se hacía bituminoso ;

salieron a la calle ;

iban cogidos de las manos, como dos niños, y, no del brazo, como dos amantes, y, el candor de ese gesto los hacía augustos a la Misericordia de la Noche que venía ;

hablaban de cosas suyas, en la intimidad de sus corazones con una simplicidad que se diría radiosa ;

sus voces eran confidenciales, impregnadas de ternuras ;

era la hora en que él descendía de sus altos sueños hacia su corazón, para vivir la vida miserable que vive éste, y, hablar con ese ser débil y cándido, al cual no intentaba nunca elevar hasta su cerebro, sabiendo lo imposible que son ciertas ascensiones para las almas sin alas, y, lo fatal del Icarismo, para los corazones incapaces del vuelo ;

llegados al tranvía que debía llevar a María Rosa a su casa, y hasta el cual, él la acompañaba todas las tardes, la ayudó a subir y, se despidieron estrechándose tiernamente las manos;

el tranvía partió;

y, él, siguió solitario su camino, bajo el encanto de la Noche surgente como bajo el ópalo de una mano hipnotizante;

y, se perdió en el enervamiento de la hora y de sus sueños, cual si lo hubiese devorado el corazón sin ecos del silencio.

*

La llanura árida y fría, más allá de los suburbios de la Urbe, extendía sus paisajes sin belleza de una actitud inhospitalaria de estepa ;

dispersas las viviendas extraurbanas, eran en el llano árido, como jalones de un barrio por construir ;

pequeñas casas de obreros, de construcción uniforme, cuya sola belleza era el jardincillo que precedía a cada vivienda y, en el cual entre las plantas vivaces desafiadoras del hielo, y madreselvas tristes, que ya empezaban a morir, se oían risas de niños, mezcladas al gorjear de pájaros esquivos ;

la vía férrea extendía ante ellas sus tentáculos de acero, proyectando hasta perderse de vista, las líneas de sus rieles que bifurcándose fingían en lontananza dibujos arácnidos ;

la visión azul y rosa del crepúsculo había muerto ;

se encendían los faroles de la luz municipal ; muy escasos, muy distantes unos de otros, produciendo en las tinieblas, con su luz intermitente, desconciertos momentáneos de visión ;

un paisaje de agua fuerte, a tinta china ;

en la puerta de una de esas casas, blanca y lim-

pia, con la reja del jardín enfestonada por tupida enredadera, Encarnación Heredia, atalayaba ;

sus ojos avizores escudriñaban el horizonte y el camino, cuyas tristezas vespertinas se reflejaban en el candor apacible de sus ojos : campo abierto a las ternuras maternales, a esta hora inquietas e impacientes ;

alta y fuerte, de una recia contextura, afligida de prematura obesidad ; morena la color y sonrosadas las mejillas ; carnosa la boca de bondad, pronta a la sonrisa aun en las horas de mayor tristeza ; negros los grandes ojos circasianos, unos ojos humildes y amorosos, repletos de ternuras ; los cabellos que habían sido de un negro luciente, eran ahora casi blancos, y, eso la embellecía sin envejecerla ; frisando en los cuarenta años era aún bella, con la belleza vulgar de las mujeres de su clase, ya algo deformada por la gordura ; y, ése era su orgullo ; los raros domingos, que burlando la vigilancia de su marido, lograba salir de paseo con su hijo, para ir a algún teatro, pasear por la ciudad, o ir a refocilarse en los merenderos aledaños del poblado ; que la gente se volviera para mirarla, hallándola bella, del brazo de mozo tan garrido ;

esa tarde vestía, o mejor dicho, se cubría — tal era lo consunto y averiado de la tela — con una bata de lana burda, en color gris obscuro, remendada y recosida acá y acullá, pero recién planchada y limpia, de una limpieza deslumbrante, como los brazos y, el cuello descubiertos a pesar de la hora tarda ; hacía con frecuencia, para ver mejor, pabellón a sus ojos, con su mano grasa y tosca de hembra de faenas ;

las vecinas que pasaban, sonreían saludándola, porque sabían bien a quién esperaba, y, el tierno amor de esa madre y de ese hijo, y, el drama de hostilidad que lo rodeaba ;

conocían a Virgilio desde niño, muchas lo querían con cariño cuasi maternal, y, algunas cuando

pequeño, lo habían albergado en su casa, para librarlo de las brutalidades del padrastro ;

habían visto crecer bajo sus ojos, ese adolescente extraño y serio, exento de todo vicio, y, el cual citaban a sus hijos como modelo ;

sabían el secreto de su bastardía y, el nombre de su padre verdadero, y, habían sido testigos indignados del mal trato que su padre putativo le había dado hasta obligarlo a abandonar su hogar ;

sabían que él proveía cuidadosamente a la manutención de su madre, a la cual el marido ebrio, quitaba esos dineros, para gastarlos, con el de sus jornales en vicios y francachelas :

por eso, todo el barrio amaba al joven obrero, y, no tenía sino amigos en aquellas casas humildes, diseminadas en el suburbio, que a aquella hora somnoleaba en el Silencio ;

los ojos impacientes de Encarnación, alcanzaron a divisar al otro lado del camino, la alta silueta de su hijo, que atravesaba en ese momento el enrielado de la vía, para venir hacia ella ;

y, avanzó a su encuentro ;

y, le tendió los brazos ;

y, la madre y, el hijo se besaron ;

y, el beso repercutió en la soledad, como un gran cántico de amor ;

y, enlazados de las manos se dirigieron a la casa, y, se detuvieron en la puerta porque el joven no entraba nunca allí, por temor de que lo hallara su padrastro, el cual había prohibido a su madre que lo recibiera ;

se apoyaron contra el muro del jardín, sobre el cual las clemátides abrían, el multiforme encanto de sus hojas ;

viendo a su madre tiritar de frío, Virgilio desdobló el papel en que traía envuelto el chal de lana, y sacando éste, lo puso cariñosamente sobre los hombros de Encarnación, arreglando sus pliegues con coquetería, al mismo tiempo que decíale :

—Ahora, no tendrás frío ;
la madre se arrebujó con fruición bajo la lana, agradeciendo, más que con las palabras, con los ojos húmedos de lágrimas, el obsequio de su hijo, y, luego, murmuró con un temblor de miedo en la voz :

—Este, se lo doy ahora, a guardar a Anacleta, la vecina de al lado, porque si me lo ve Gregorio encima, me lo rompe o me lo quita como todo lo que tú me das.

—No — dijo el joven, imperioso—, quédate con él puesto ; ¿cómo vas a morir de frío por ese bárbaro?...
y, acercándose más a su madre, para fijarle con un alfiler el chal, bajo el mentón, se fijó en una mancha morada, cuasi negra, que tenía bajo un ojo :

—¿Quién te ha hecho eso? — dijo con una mal contenida violencia :

—Nadie — dijo Encarnación, haciendo esfuerzos por sonreír, y añadiendo— : fuí yo misma, con la punta de una mesa, al inclinarme para recoger una aguja.

—No ; yo sé que no ; ha sido ese bárbaro el que te ha herido, ¡ ah, si yo llego en ese momento!... — rugió el joven, tendiendo sus dos brazos desesperados en la Noche, crispando sus dedos tentaculares, como buscando alguien a quien estrangular con ellos.

—No ; te juro que no — dijo Encarnación inquieta y asustada ante la exaltación de su hijo, y para cambiar de tema, suplicó a éste, que no saliera esa noche, ni al día siguiente, que era domingo, pues se proyectaba una huelga de operarios de la industria textil, a cuya cabeza se encontraban los de las tres fábricas del marqués de Almafría ;
al sentir el nombre de aquel que era su padre, Virgilio Heredia, se hizo rojo de cólera, y, como

si sintiese vergüenza ante las estrellas por el crimen de su bastardía ;

se sintió ahogar de coraje, y, no queriendo alarmar a su madre, con ese estado de su ánimo, se despidió de ella, besándola largamente ;

y, se alejó ;

ya era tiempo, porque se oían a poca distancia, los pasos y las blasfemias, de Gregorio Sánchez, que llegaba.

Virgilio tuvo apenas tiempo de doblar la esquina, donde encontró dos obreros amigos suyos, a quienes se unió, y, uno de los cuales, le dijo, mostrándole el ebrio que avanzaba haciendo eses :

—Mira a tu padre, cómo hace más equilibrios que un político.

—Ese no es mi padre...

—¡ Ah !... yo creía...

—No, es mi padrastro.

—Y, ¿hace mucho que murió tu padre?

—Sí... mucho...

y, diciendo así, su voz temblaba y, quedó soñador y rencoroso, como siempre que tocaba esa llaga de su corazón ;

en tanto, el ebrio que había visto al hijastro alejarse y, aunque de lejos lo había reconocido, llegó furioso a la casa, y, encontrando a su mujer en el portal la dijo, con voz avinada y rencorosa :

—¿Qué haces ahí?... ¡ Ah, vieja perra ; esperando al bandido ése, para darle los cuartos que me sisas, y, mientras me matas de hambre, él, hace el señorito !

—¿Qué bandido? — dijo ella con una voz muy suave en que vibraba el dolor de ver insultado a su hijo.

—¿Qué bandido?... Virgilio, el golfo de tu hijo, el *marquesito ;*

y, diciendo esa palabra, que él creía un supremo insulto, rió, con una risa feroz, innoble y, gutural.

—Si él no ha venido — dijo Encarnación, muy paso, creyendo con la piadosa mentira aplacar al ebrio.

—¿Qué no ha venido?... y, ¿no lo he visto yo, que se alejaba guardando los dineros que le has dado?

—¿Los dineros?...

—Sí, y, toma para que no me arruines;

y, así diciendo dió un tan recio bofetón a la mujer, que ésta rodó por tierra;

viéndola caída, el ebrio, exasperado, cayó sobre ella a puntapiés, cubriéndola de golpes y de improperios;

la víctima, intentó levantarse, para huir;

entonces, Gregorio, la tomó por el cuello, y, la tumbó de nuevo en tierra, gritándole, mientras le oprimía la garganta:

—Ahora, te voy a estrangular;

y, cayó sobre ella con todo su peso, porque la embriaguez lo hacía torpe y pesado;

la infeliz mujer, que se sentía ahogar, reaccionó; asió al ebrio por el cuello y, apretó con fuerza;

sintiéndolo debilitarse, crispó aún más los dedos convulsos y, haciendo un supremo esfuerzo, logró levantarse, poniendo al hombre debajo;

éste, al caer dió con la nuca contra el borde de un sardinel;

rebotó;

y, volvió a caer cuanto largo era;

quedó inmóvil;

la mujer, arregló sus ropas descompuestas, y, se alejó a preparar la cena, dejando al hombre en tierra, creyéndolo vencido por el vino, como otras tantas veces.

... ...

... ...

Cuando volvió poco tiempo después, para lla-

marló a cenar, vió que aún estaba allí tendido y, se acercó a él;

lo llamó;
no respondió;
lo tocó;
estaba frío...
no se movía...
no respiraba...
estaba muerto.

*

Cuando al día siguiente, trajeron a Virgilio Heredia la noticia del suceso, quedó estupefacto :

quienes le traían la nueva, eran los agentes de policía, que venían a prenderlo, porque lo creían cómplice de su madre en el asesinato de su padrastro ;

se pasó las manos por los ojos, como para convencerse de que no soñaba ;

terrificado se dejó maniatar ;

le pusieron las esposas, y sintió que le laceraban las carnes ;

no se quejó ;

lo empujaron afuera con brutalidad ;

salió escoltado por sus guardianes, que lo tenían por los brazos, ligados atrás con rudas cuerdas :

así apareció ante gentes extrañas agrupadas frente a la puerta para ver salir al ASESINO ;

era una multitud adventicia, porque los vecinos, asomados a las puertas, o formando grupos, comentaban el suceso y, compadecían al joven orfebre, al cual nadie creía culpable ;

grupos de obreros, tenidos a distancia, lo saludaban con las manos, levantando en alto las gorras ;

por entre ellos, vió avanzar a María Rosa, que se-

guida de su padre, medio ciego, venía jadeante y desolada, queriendo acercársele ;

fué tan brutalmente rechazada por la policía, que estuvo a punto de caer ;

su padre la recibió en sus brazos, y, los obreros la rodearon con respeto ;

mujeres de las casas vecinas vinieron hacia ella para consolarla, y, la alejaron de allí.

Virgilio Heredia creía ser víctima de una pesadilla ;

quiso frotarse los ojos, y, las ligaduras de sus brazos, y, el dolor de sus pulgares amoratados, le recordaron bruscamente la realidad ;

y, miró el paisaje ;

en la frescura de la mañana le parecía que los árboles del camino, danzaban ante sus ojos, una danza macabra ;

todo le parecía inseguro y flotante, y, estuvo a punto de perder el sentido y, caer por tierra ;

los guardias lo sostuvieron ;

poco a poco tomó conciencia de sí mismo y, de los objetos que lo circundaban y, parecían escoltarlo en su marcha ;

y, comprendió que los grandes dolores son como grandes embriagueces que deforman las perspectivas y, hacen perder el sentido real de la vida ;

y, vió que el Dolor es el único soberano digno de ser temido, porque los otros soberanos todos son heridos por el Dolor ; y, tiemblan ante él ;

y, cuando ya en el juzgado, fué sometido a un primer interrogatorio por un juez parsimonioso y, versado en arrancar del corazón de los criminales el secreto de su delincuencia, le pareció ver ante sí, una enorme araña empeñada en envolverlo en sus redes, que no eran otras que las mallas tupidas del Código Penal ;

y, se refugió en la Verdad, y, dijo la Verdad, no pensando sino en su Madre, en salvar a su Madre, y; dar su vida por su Madre, si era preciso ;

y, entró en ese Via-Crucis de un Proceso Criminal, tembloroso de coraje y no de miedo, no esperando nada de la Justicia Humana, esa terrible Justicia de los Hombres, que como trofeo de sus veredictos, alzó sobre un patíbulo el cadáver de su Dios ;

y, cuando ya desmaniatado entró en las sombras de un calabozo, estaba sereno ; había recobrado el dominio de Sí Mismo, y, miró, calmado y fuerte, las ruinas de su vida, tan brutalmente rota por los acontecimientos ;

pero, a pesar de su serenidad recobrada, sus ojos se llenaron de lágrimas, y, tembló de angustia ;

la serenidad de su cerebro no alcanzaba a calmar su corazón ;

la miserable entraña permanecía agitada, reacia a toda consolación ;

y, lloró, lloró mucho, sobre la suerte de su Madre, que era toda la adoración de su vida ;

y, la sombra virginal de María Rosa, apareció ante él, dolorosa y lejana, arrojando la luz de sus ojos sobre las tristezas actuales de su vida, como el resplandor de una estrella sobre una mar en cólera ;

y, con la cabeza erguida, como pronta a soportar todo el peso de injusticia futura, se acercó a la ventana de su celda, y, miró a la Ciudad, dormida a sus pies como un archipiélago funambulesco, y, las torres de las iglesias destacándose como vírgulas erectas de una flora monstruosa sobre las cuales se extendía la débil blancura de una ronda de nubes.

*

Cuando después de su largo *corp a corp*, con la Justicia, y diarios interrogatorios y, careos, los jueces, no pudiendo hallarlo culpable, le volvieron su libertad, Virgilio Heredia, volvió a su taller solitario, en el crepúsculo de una tarde infinitamente triste, como su corazón;

como ebrio del aire libre, que había respirado después de tantos días de encierro, se dejó caer sobre su lecho, cerrando antes herméticamente puertas y ventanas;

ese primer encuentro con la Sociedad armada de la Ley, había hecho nacer en él, extrañas fuerzas ocultas, gérmenes de rebeldías, que hasta entonces eran como yacimientos vírgenes en el fondo de su corazón;

se encontró solo, rodeado de acechanzas, desarmado ante las fuerzas hostiles que lo rodeaban;

¿qué era él, miserable átomo humano, ante la colectividad armada y poderosa, que había podido privarlo de su libertad, a él, que era inocente, y, podía dentro de poco privar de la vida a su madre, que no era sino una víctima infortunada de las brutalidades de un ebrio?;

esa certidumbre de su impotencia, contra la

Omnipotente Máquina Social. que podía romperlo, lo llenaba de un extraño rencor, y de una tristeza tan grande que permaneció largas horas sin moverse, tendido en el lecho, cuan largo era, en una obscuridad completa, insensible a todo, hasta a las voces del hambre que le devoraban las entrañas ;

los gritos de un gran deber lo llamaban a la vida ;

el deber de salvar a su madre ;

hasta entonces no le había sido dado verla, sino en presencia de los jueces, en los diversos careos, celebrado entre los dos, para buscar en el hijo una culpabilidad que no existía ;

durante esos interrogatorios, como en todos los que había sufrido sola, Encarnación, había sido admirable de valor y de ingenuidad ;

había narrado la historia del *crimen*, que ella no había querido cometer, y, lo había hecho con tan candorosa simplicidad, que llegó por momentos a conmover a sus jueces, con la narración desnuda de sus grandes dolores, en el largo calvario matrimonial ;

los vecinos, que ninguno había presenciado la escena, porque se habían encerrado en sus casas, como siempre que los esposos litigaban, para no presenciar las brutalidades repugnantes del ebrio, fueron sin embargo contestes en sus declaraciones, para aseverar la buena conducta de Encarnación, y sus largos martirios como esposa y como madre ;

sólo Petra Sánchez, hermana del interfecto, vendedora de legumbres en el mercado de la ciudad, fué implacable en su declaración, que era más bien una requisitoria contra su cuñada, a la cual acusaba de ser, en unión de su hijo, los verdugos de su hermano, a quien querían suprimir, para fines deshonestos, y calumniando el más noble de los afectos dejó adivinar una suposición que hizo enrojecer los jueces ; la misma que hizo a una madre coronada, apelar «al corazón de todas las madres» para rebatirla ;

habiendo sabido por las declaraciones de Encarnación, que ésta había nacido en el noble palacio de los marqueses de Almafría, y, había vivido allí hasta el alborear de su juventud, su abogado creyó salvador para su defendida, interrogar al posesor de ese título, interesándolo en la suerte de la procesada, ya que ella, como sus padres, habían pertenecido a su servidumbre ;

el Marqués, que por aquellos días, se preparaba a contraer un matrimonio muy ventajoso, se mostró seriamente contrariado de verse mezclado a ese asunto que despertaba viejas y ya enterradas leyendas, y. fué implacable para su antigua fámula, a la cual pintó como intrigante y enredadora, dada a ejercer el *chantage*, y como explotadora de la vieja y cándida marquesa, a la cual había hecho creer las más necias absurdidades ;

e hizo constar, que era por su mala conducta, y, por tentativa de estafa, que Encarnación había sido expulsada de su casa ;

esta declaración, fué abrumadora para la infeliz mujer, que quedó anonadada bajo el peso de ella ;

desde el día en que salió de su prisión Virgilio Heredia, no se había ocupado sino de salvar a su madre ;

como la austeridad de su vida le había permitido hacer algunos ahorros, los empleó, todos, en sostener y alimentar a su madre en la prisión, y, buscarle los mejores defensores ;

sindicatos obreros le ofrecieron sus letrados, pero él, no queriendo mezclar la causa de su madre, a la defensa de causas sociales, a las cuales era poco afecto, rehusó el ofrecimiento, y, buscó el mejor abogado criminalista de la ciudad, el cual se encargó de la defensa, mediante un anticipo en metálico, que el hijo dió, de los ahorros que tenía destinados para su matrimonio, dispuesto a renunciar a éste y, a sacrificarlo todo para salvar a su madre desventurada ;

la declaración del Marqués que agravaba tan cruelmente la suerte de Encarnación, fué un golpe terrible para el hijo, en cuyo corazón, el viejo rencor creció en vastitudes terribles;

pero, calló, esperándolo todo de la Justicia, y, para olvidar se dió por completo a su trabajo;

el Dolor parecía centuplicar su Inspiración;

las creaciones artísticas, brotaban de sus dedos prodigiosos como por un efecto de Magia; y, en efecto, era el Mago del Cincel;

su buril maravilloso animaba los metales de una como vida real y, del hervor de sus crisoles salía el oro licuado para transformarse en Obras Maestras, que hacía el encanto de los conocedores de Arte, y, la admiración de los *amateurs* que se las disputaban;

hasta la soledad en que se había recluído, no llegaba sino María Rosa, suave y, tierna, como el halo de un astro, sobre un bosque de laureles enfermos;

ella había hecho suya la pena de Virgilio, y era sobre su sencillo corazón, que, el obrero había llorado las terribles cóleras y los aciagos dolores de su alma complicada y esquiva;

ambos iban una vez por semana a visitar a Encarnación a la cárcel, y, le llevaban obsequios y, golosinas, y, alimentaban su esperanza en una próxima liberación;

y, todas las tardes venía al taller del artista, y, se sentaba a su lado para verlo trabajar, multiplicando los testimonios de su ternura casta y lenitiva, que eran como una suave caricia misericordiosa sobre aquel corazón ulcerado de dolores una divina limosna para aquella alma hosca necesitada de consuelo y rebelde a mendigarlo;

y, cuando éste le dijo cómo debían aplazar la fecha de su matrimonio, porque el dinero que tenía destinado para eso, lo necesitaba para salvar a su

madre y pagar sus defensores, a ella no se le ocurrió sino añadir:

—Yo, tengo trescientos francos ahorrados para comprar mi equipo de novia; ¿los quieres?; mañana te los traeré;

él, rehusó el noble sacrificio, agradeciéndolo con un largo beso de gratitud sobre la frente calmada, la cual aparecía como ceñida por la orla obsesional de la tristeza;

sus únicas horas de encanto eran cuando terminada la labor cuotidiana, se apoyaban de codos en el antepecho de la ventana que daba sobre el jardín y miraban morir la tarde en una apoteosis de colores, que caía como un manto impalpable sobre la agonía de las rosas vencidas;

y, se decían todas las ternuras de su corazón, mirando el verdor espeso del pequeño jardín, donde como trofeos del sol en huída, las últimas luces morían en una calma lánguida en el adormecimiento gradual de los cielos y de la tierra;

él, le ceñía el brazo al talle, sin que intentara desflorar los labios de María Rosa con un beso, en ese instante propicio y tierno, tan casto como el amor de sus corazones;

y, las músicas de la tarde sonaban en sus almas inquietas y angustiadas, que pensaban así en la madre ausente y prisionera;

y, un mismo dolor los poseía, los envolvía como en un mismo manto invisible, bajo el hálito opiatizante de los serenos cielos, mudos y ciegos para toda voz y toda mirada de Consolación y de Misericordia.

*

Cuando aquel trágico día del proceso, oyó el veredicto que condenaba a su madre a muerte, por el crimen de parricidio, quedó como hebetado, gimió primero con un gemido sin palabras que corrió por la amplia sala como el enorme alarido de un mudo a quien se degüella, en la noche... ;

y, recobrando luego el sentido y la palabra, se le vió ponerse de pie en la barra, y con los ojos feroces, las melenas hirsutas, tender los puños crispados a la gran sala gritando :

—Asesinos... asesinos...

los guardias lo sacaron no sin violencia, pero teniendo piedad de su dolor ;

los magistrados misericordiosos no permitieron que se le aprisionara y lo dejaron en libertad ;

y, quedó libre...

libre para llorar su dolor, para mirar frente a frente la enormidad de su infortunio ;

comprendió que la vida es cruel, no permitiendo

a ciertos dolores, matarnos de un solo golpe, como un rayo ;

y, no pudiendo morir de su dolor, vivió en él ;

y, anduvo en plena tragedia, como en una selva hostil, desgarrado y miserable ;

la visión de la horca alzada en perspectiva y, el cuerpo de su madre pendiente de ella llenó todo su horizonte y, fué la tortura de sus días y la pesadilla de sus noches en medio de las cuales veía el cuerpo de su madre oscilando en el lúgubre andamiaje, y, despertaba aterrado, y, caía de rodillas ante la dolorosa visión, tendiéndole las manos y gimiendo, como si fuese un niño solo en la noche :

—Mamá, mamá...

y, sin otros testigos que la sombra y el silencio se arrastraba, así de rodillas medio desnudo, por la estancia en desorden, gritando tras el fantasma de su madre que huía, arrastrando su mortaja, bajo el siniestro capuchón de los ajusticiados :

—Mamá, mamá...

hasta que caía extenuado sobre el suelo, y, el alba lo encontraba por tierra transido y miserable, como un harapo ;

despertado por la luz violácea del amanecer recobraba la conciencia de la Vida y del Dolor, o mejor dicho de ese gran Dolor que era su Vida, y, se ponía con furor a la lucha, a la lucha de salvar a su madre del patíbulo ;

como todo solitario se encontraba perdido en medio de los hombres ;

no tenía amistades valiosas ;

las muy pocas que tenía eran tan pobres y tan sin influencia que de nada podían servirle ;

los obreros sus amigos, se ofrecieron a él, con el propósito de celebrar grandes mitines para conmover la opinión pública, y, obtener el Indulto ;

se opuso a ello, temiendo comprometer aún más la suerte de su madre, entregándola al vaivén de los tumultos ;

además, él, no tenía el alma revolucionaria, todo movimiento colectivo lo aterraba, porque ponía en fuga la ronda luminosa de sus sueños;

artista delicado y sensitivo, no tenía temperamento anárquico;

le repugnaban todas las formas de la Violencia, porque ellas rompían la armonía de las líneas en el rostro augusto de la Belleza, que era su Idolo;

el gran abogado que había sido el defensor de su madre, consternado de su derrota, esperaba neutralizarla obteniendo el Indulto, y, para eso le dió cartas de recomendación para grandes personajes, y, entidades influyentes;

anduvo de casa en casa, y de puerta en puerta, en una heroica mendicidad de Misericordia, para salvar la vida de su madre;

halló almas buenas que le prestaron todo su concurso y alentaron sus esperanzas;

algunos le indicaron la conveniencia de hacer una Petición de Indulto, firmada por personas influyentes para entregarla a los altos poderes que podían conceder la gracia;

muchos nobles, altos funcionarios y potentados de la Banca y el Comercio, habían firmado la petición, cuando alguien le indicó solicitar la firma del marqués de Almafría, decisiva por su influencia en las altas esferas oficiales.

Virgilio vaciló en hacerlo;

pero ¿qué sacrificio por grande que fuera, no lo haría él, para salvar la vida de su madre?...

además, los días, y, podría decirse que las horas, eran contadas, porque se aproximaba el cumplimiento del terrible fallo;

con la petición de Indulto ya firmada por varios, Virgilio Heredia, fué a ver al marqués de Almafría para obtener su firma;

no lo halló;

volvió;

fué mal recibido por el portero, que le ordenó alejarse ;

resolvió esperar la salida del Marqués ;

al acercarse al coche en que éste iba a montar, fué brutalmente rechazado por los lacayos y aprehendido por dos policías ;

el marqués lo había hecho denunciar como que meditaba un atentado contra él ;

y, aunque no le hallaron encima arma ninguna, fué encerrado en un calabozo, esperando ser interrogado ;

y, las horas pasaban...

las horas en que pudiendo llegar la Petición de Indulto a su destino, podría salvar la vida de su madre...

como una bestia acorralada, tanteando en los muros de su prisión, sintió nacer dentro de Sí, otro Yo, que hasta entonces no conocía ;

y, se abrazó a él, y, lloraron furiosamente.

*

La ley fué inexorablemente cumplida.

Encarnación Heredia, fué ejecutada, una mañana fría, en el patio de la cárcel, ante un número reducido de funcionarios ;

no pudo ver a su hijo, que estaba preso, estrechando contra el corazón la Petición de Indulto, que hubiera podido salvarla ;

murió humildemente, sencillamente, como había vivido ;

y, sólo se le oyó murmurar al bajar sobre ella el capuchón de los ajusticiados :

—Hijo mío, hijo mío...

y, entró en el Silencio Eterno ;

un juez misericordioso y recto, ordenó la liberación del hijo, para que concurriera a los últimos instantes de su madre, y recibiera su bendición ;

pero, era tarde...

cuando Virgilio Heredia, salido de su calabozo y, seguido de un grupo de obreros que lo esperaban y, le ocultaron la terrible verdad, llegó a la vista de la cárcel, vió ondear sobre ella la bandera negra de los ajusticiados ;

lo comprendió todo, y, cayó en tierra, como herido por un rayo ;

los amigos que lo acompañaban lo tomaron en brazos, y, lo llevaron a un café vecino, donde intentaron reanimarlo ;

volvió en sí, lúgubre, silencioso, espectral, como si aquel huracán de angustias lo hubiese convertido en otro hombre y, hubiese hecho un pacto con lo Infinito para no morir de ese dolor, no abatirse, no disminuirse, y, alzarse erecto ante la Vida, ansioso de vivir, resuelto a vivir, comprendiendo que hay horas en que todos los grandes deberes están condensados en esa palabra : vivir ; porque esa palabra encierra en sí, todos los grandes veredictos inapelables ;

y, como si empujase ante él, todas las sombras de su pasado, se dirigió a la cárcel, a reclamar el cadáver de su madre, para darle sepultura ;

no podían negárselo, porque le pertenecía ; y, después de mil trámites inútiles, le fué entregado ;

los obreros sus amigos presididos por el padre y, los hermanos de María-Rosa, habían traído un carro mortuorio, lleno de flores y de coronas ;

pusieron en él el cadáver de la madre y, haciendo cortejo al hijo que presidía el duelo, se dirigieron al cementerio.

María Rosa, y su padre, que había sabido tarde la terrible nueva, que todos querían ocultarles, llegaron en aquel momento ;

abrazaron en silencio al huérfano, y, se unieron a la lúgubre comitiva ;

moría la tarde, bajo un cielo plomizo, anaranjado, cuando llegaron al cementerio ;

la sepultura que debía recibir el cadáver de Encarnación, estaba ya abierta en tierra ;

los sepultureros esperaban, apoyados sobre sus palas ;

el féretro fué bajado del carro, y, puesto cerca a la boca abierta de la fosa.

Virgilio hizo abrir la caja, para besar por última vez a su madre ;

el cadáver apareció a la vista de todos; un cadáver horrible y miserable, espantoso de ver; tumefacto por la asfixia, los ojos casi salidos de las órbitas, y la lengua afuera, a causa de la estrangulación;

unos retrocedieron asustados; otros volvieron la vista con horror.

Virgilio, se acercó a su madre, piadosamente, suavemente, como si estuviese dormida y, temiese despertarla;

se puso de rodillas al lado del féretro, y, metiendo el brazo cautamente, por debajo de la cabeza, intentó levantar el cadáver que empezando a hacerse rígido, se levantó todo, como si no tuviese articulaciones.

Virgilio, se abrazó a él, tiernamente, apasionadamente, y, lo besó con lentitud en la frente, sobre los ojos abiertos, sobre la boca horrible de la cual pendía la lengua como un harapo; y, paseaba sus labios lentamente sobre las mejillas, hacia los oídos, deteniéndose en ellos, como si dijese a la muerta un gran secreto, le prometiese algo, le hiciese un juramento, que sólo habían de oír los oídos inmutables de la Eternidad;

después, colocó cuidadosamente el cadáver en la urna, y trató por todos los medios posibles, de cerrarle los ojos, y, colocar de nuevo la lengua dentro de la boca;

lo logró apenas a medias;

y, puso besos desesperados sobre los ojos y la boca mal cerrados de la madre;

sus amigos lo separaron de ese abrazo, porque era ya tarde y, los sepultureros esperaban el cadáver para enterrarlo;

cerraron el féretro, y, lo bajaron al fondo de la sepultura;

la tierra cayó lentamente sobre la muerta, en presencia de aquel grupo de seres silenciosos, que parecían petrificados;

cuando los sepultureros hubieron cumplido su misión, Virgilio Heredia, volvió a ponerse de rodillas, esta vez sobre el suelo removido, besó la tierra que cubría su madre ; alzó su rostro sin una lágrima hacia el cielo inmenso, como si dialogara con el alma de su madre en vuelo, y, sacando del bolsillo un largo puñal que en el trayecto había pedido a un compañero suyo, lo clavó con fuerza en la tierra, como si lo hubiese clavado en el corazón de la muerta ; cual si fuese la semilla de acero de un árbol misterioso que debía fructificar ;

y, se puso en pie ;

la cruz dorada del puñal, temblaba en el crepúsculo, como si fuese un lis de oro, temblando en un jardín de desolación :

y, el hijo huérfano, y, el grupo de sus amigos se alejaron silenciosos ;

sobre una senda de tumbas...

bajo un cielo obscuro, carente de estrellas tras del cual parecía haber dejado de palpitar el corazón de la Misericordia

*

El taller del Artista era a esa hora como una calmada bahía de silencio, en la cual imperaba una suave penumbra, como de playas lacustres a la hora sensitiva del atardecer;

por la ventana abieta, entraba una luz caudalosa y áurea, que parecía orgullosa de su victoria sobre los ramajes de los árboles y, el follaje tupido de las enredaderas empeñados en disputarle su marcha triunfal hasta las mesas y los hornillos, donde el yeso de los modelajes tenía blancuras cinéreas y, los crisoles extintos, parecían ojos muy tristes llorando la muerte de las llamas azules que los animaron;

había una verdosidad de marisma sobre los suelos y los objetos suavemente acariciados por esa luz tamizada, que parecía de *Acuarium;*

calcos en bronce, estucos y, bajos relieves fragmentarios yacían por el suelo al lado de copias de obras de cerámica italo-griega, apenas esbozadas;

modelos iconográficos reproducidos en cera virgen, se mezclaban a otros de metal, recién vaciados, en ese sabio desorden que reina en los estudios de artistas, en el cual impera sin embargo, una

extraña armonía de líneas y, de colores, que se diría musical ;

en medio de él y, de pie, cerca a su mesa de trabajo, Virgilio Heredia estaba absorto, ensimismado en la contemplación de un objeto que tenía entre las manos ;

era una pequeña copia, hecha en metal, del AQUAIUOLO de Vicenzo Gémito, aquella preciosa miniatura que el genio delirante cinceló, antes de entrar plenamente en los limbos de la demencia ;

la figulina prodigiosa, admirablemente reproducida por él, en metal blanco, fulgía como si fuese de cristal, diseñando la admirable pureza de sus líneas, entre las manos del artista que parecían adheridas a ella, por una luminosa red ;

suspendida así, entre los dedos largos y pálidos la figura se hacía evanescente y, parecía tener el lento encanto de un verso, aprisionado en las formas del metal ;

los juegos de la sombra y de la luz, producían en ciertas curvas esfumaduras de color, que se dirían fugas musicales ;

el precioso objeto era de tal manera armonioso de líneas que podría llamarse una Sinfonía Pictural, aplicándole el decir de Gustavo Klimt ;

pálido, consunto, cadavérico, los ojos hechos enormes por la amplitud desmesurada de las orejas, el orfebre se veía como espectral, en sus negras vestiduras ;

después de la muerte de su madre se había hecho uno como eremita de su dolor, había hecho el gesto de desaparecer de entre los vivos, se había encerrado en el Silencio, como en una tumba y, había apurado el filtro de la Soledad, hasta sentir la embriaguez de él ;

se dió al trabajo con un encarnizamiento lúgubre, como si en todo quisiera esculpir las formas vivas de su Dolor ;

el AQUAIUOLO de Gémito absorbió toda su atención;

había emprendido esa copia días antes de que la muerte de su padrastro y el proceso de su madre viniesen a romper brutalmente su Vida;

la destinaba a un corredor de objetos preciosos que le había pagado muy bien otros trabajos;

después de la tragedia que había roto en él, todo, menos la inspiración, se puso al trabajo de esa copia, con frenesí, corrigiendo por completo los planes y los diseños, haciéndola hueca y no sólida, como si la destinase para envase de algún selecto perfume;

no era la sed de lucro lo que aceleraba su fiebre de creación, porque aunque había gastado todos sus ahorros en el inútil esfuerzo de salvar la vida de su madre, la suya era tan morigerada que cualquier cosa era bastante para proveer a sus necesidades;

era algo extraño y superior que le impulsaba a laborar, y laborar, como si quisiese extraer de las entrañas del metal, alguna trágica virtud que había de transformar su vida;

mientras así trabajaba, quiso la suerte que supiese que con motivo del reciente matrimonio del marqués de Almafría y para agradecerle ciertas liberalidades, los obreros de las tres fábricas que éste poseía buscaban un objeto de arte para obsequiarlo con él;

gestionó y obtuvo que una comisión de obreros, viniera a ver su copia del AQUAIUOLO y, lo tomara;

y, sólo pidió, por lo delicado del objeto, ser él, quien lo llevara, y, se ofreció galantemente a hacer y decir el discurso con que debiera ofrecerse a los ilustres cónyuges el precioso regalo;

encantados, aceptaron los obreros, ora por el respetuoso interés que Virgilio Heredia les inspiraba, ora porque lo sabían inteligente y muy apto para laborar una bella peroración;

y, llegó el día;
y, era la hora en que el artista cerca a su mesa de trabajo y, ya vestido para salir, mostraba a la comisión de obreros, la preciosa figulina, que hecha radiosa por el beso del sol parecía viva, de una vida extraña y trágica, cual si llevase sobre los labios diminutos, el peso abrumador de un inviolable secreto;
alguno quiso tocarla:
—No — dijo Virgilio retrocediendo—, empañarías el brillo del metal, y, el marqués no lo hallaría bello;
preguntóle otro, por qúé tenía la figulina orificios en los pies y, en la cabeza, apenas cubiertos por esas prolongaciones que parecían fulminantes;
díjoles que era para que pudiese servir como sustentáculo de una lámpara eléctrica, si así lo quería su dueño;
y, sin más, se pusieron en marcha, porque la hora de la recepción se avecinaba;
apenas fuera de su casa Virgilio Heredia se sintió como herido de cecidad, por la refracción del sol, dándole tan fuertemente en los ojos que lo obligó a entrecerrarlos;
esto le impidió ver a María Rosa, que avanzaba hacia él, seguida de su padre;
ella caminaba resuelta, presurosa, y, su cabeza blonda lucía al sol, como una rosa de oro, pronta a fundirse sobre el marfil del rostro angustiado y, el mármol erecto de los senos que temblaban con una viva agitación;
el anciano la seguía caminando a tientas, extendiendo a intervalos sus manos hacia adelante cual si quisiese asir con ellas a su hija, temeroso de verla hundirse y perderse en las tinieblas que principiaban a pocos pasos de él;
vuelto de su deslumbramiento Virgilio alcanzó a ver a María Rosa, que se dirigía hacia él, y, vol-

vió el rostro, fingiendo no verla, y, apresuró el paso, con el designio visible de esquivarla;

ésta lo comprendió y, se acercó al orfebre, con enérgica actitud.

—No la dejéis acercar — dijo éste a sus amigos, como si diese una orden a una escolta de honor;

éstos se detuvieron asombrados, no atreviéndose a detener la marcha de la joven cuya belleza maravillosa parecía centuplicarse al poder de la emoción.

—Virgilio, Virgilio — dijo María Rosa, con una voz de tan humilde reclamo que parecía más bien una imploración;

el orfebre fingió no oírla, y, avanzó para mezclarse al grupo de sus amigos, como si buscase una protección entre ellos;

entonces, María Rosa, lo cogió por un brazo.

—No me toques, no me toques — gimió éste, pálido, inmutado, como si fuese a ser triturado por aquellas divinas manos.

—Oyeme, Virgilio—dijo ella, con una voz baja y cariñosa que tenía el temblor de un hilo de agua;

los obreros presintiendo un diálogo entre enamorados, se apartaron discretamente de ellos, para no estorbarlos.

—Vamos a la casa, que tengo que hablarte — continuó en decir María Rosa, con tremores en la voz, y, un principio de llanto en las pupilas, que la tristeza hacía opacas, como dos gemas carbonizadas.

—Imposible; tengo que ir con estos señores; volveré pronto; espérame en casa — dijo Virgilio con una voz inquieta y, sombría en que parecían temblar por igual la cólera y el amor;

e hizo el gesto de retirarse, para reunirse con sus compañeros.

—No te irás — dijo María Rosa, con voz resuelta, interponiéndose en su marcha—; tú no irás, tú no harás lo que vas a hacer; dame eso;

y, extendió violentamente las manos, hacia la miniatura de metal, que Virgilio tenía en su mano derecha, apretándola contra la axila de su brazo izquierdo, como para protegerla;

éste retrocedió, espantado y, colérico:

—No me toques... no me toques — gimió con una voz de angustia, como si fuesen a arrancarle las entrañas.

—Dámelo—gritó la joven, ya sin ternuras en la voz;

y, puso su mano sobre el precioso objeto;

forcejearon los dos;

en la lucha la cabellera de María Rosa, se desanudó, rodándole por la espalda como un río de oro, fulgiendo al sol, como una lava incendiada;

los obreros se miraron inquietos, como preguntándose si debían intervenir;

no tuvieron tiempo;

la pequeña estatua disputada, rodó de las manos de María Rosa, al suelo...

una detonación muy pequeña, apenas perceptible, como el ruido del aspa de acero de un volívolo que se rompe...

una pequeña llama nitrácea que se alzó del suelo, con un verde de óxido en fusión;

el vacío se hizo en varios metros a la redonda;

temblaron los objetos circunvecinos;

se desramaron los árboles cercanos;

los obreros fueron arrojados por tierra, a una gran distancia.

... ...

Cuando pasado el primer estupor los transeuntes, se acercaron al lugar del siniestro, pudieron ver, entre los despojos de árboles y bancos de la avenida, los cadáveres de Virgilio y, María Rosa, proyectados a una gran distancia;

el de Virgilio Heredia, yacía contra el muro de una casa, con el cráneo fracasado, las mandíbulas desarticuladas, un ojo fuera de su órbita, y, en el otro parecía brillar un siniestro resplandor de orgullo, en la pupila hecha glauca.

María Rosa, tendida en tierra, apoyada la cabeza, sobre uno de sus brazos, plegado bajo ella, parecía dormir ; su cabellera destrenzada la cubría como un áureo peplo inmóvil, y sus ojos, entrecerrados parecían dos violetas evaporadas bajo el candor de los cielos ; se diría la estatua de una Victoria, volcada por un rayo.

FIN

Lector:

Si este libro te agrada, no lo prestes. Porque restándome compradores, agradecerías el deleite que me debes, devolviendo mal por bien.

Si este libro no te agrada, no lo prestes. Porque obra insensatamente quien propaga lo malo

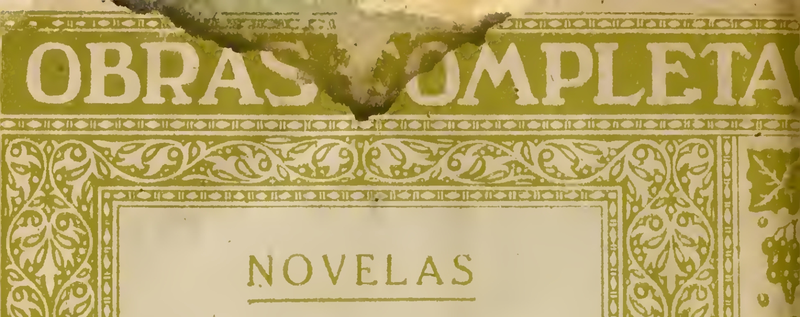
Prestar un libro es un gran perjuicio para el autor que cobra derechos por ejemplar vendido.

Obras de VARGAS VILA

Publicadas por la CASA EDITORIAL SOPENA

(EDICIÓN DEFINITIVA)

1.—La Simiente.
2.—Ibis.
3.—Sobre las viñas muertas.
4.—Alba roja.
5.—María Magdalena.
6.—Aura o las violetas.
7.—Los discípulos de Emaüs.
8.—Vuelo de cisnes.
9.—Sombras de águilas.
10.—El camino del triunfo.
11.—La conquista de Bizancio.
12.—El minotauro.
13.—Las rosas de la tarde...
14.—Flor del fango.
15.—La demencia de Job.
16.—Los Parias.
17.—De sus lises y de sus rosas.
18.—La voz de las horas.
19.—Archipiélago sonoro.
20.—Lirio blanco.
21.—Huerto agnóstico.
22.—Lirio rojo.
23.—Lirio negro.
24.—Salomé.
25.—De los viñedos de la eternidad.
26.—Horario reflexivo.
27.—El final de un sueño.
28.—La ubre de la loba.
29.—Los divinos y los humanos.
30.—Cachorro de león.



NOVELAS

Aura. Flor del tango.
Ibis. Rosa mística.
Rosas de la tarde.
Salomé. Alba roja.
La simiente.
Delia (Lirio blanco).
Eleonora (Lirio rojo).
Germania (Lirio negro).
El camino del triunfo.
La conquista de Bizancio.
María Magdalena.
La demencia de Job.
El minotauro.
Los discípulos de Emaüs.
Los parias.
Las viñas muertas.
Los estetas de Teópolis.
El final de un sueño.
La ubre de la loba.
Cachorro de león.



LITERATURA

De sus lises y de sus rosas.
Libre estetica.
Sombras de águilas.
Horario reflexivo
Archipiélago sonoro.
Rubén Dario

FILOSOFÍA

El ritmo de la vida.
Huerto agnóstico
La voz de las horas.
Del rosal pensante.
De los viñedos de la eternidad.

HISTORIA

Los Césares de la decadencia.
Los divinos y los humanos
La muerte del condor.

